Elizabeth Rimmel

Miguel de Unamuno

TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO

Decimoquinta edición

COLECCIÓN AUSTRAL

ESPASA-CALPE, S. A.

MIGUEL DE UNAMUNO

El genial poeta y pensador español Miguel de Unamuno nació en Bilbao el 29 de septiembre de 1864 y murió en Salamanca el 31 de diciembre de 1936. Fue rector de la famosísima Universidad salmantina. Figura señera de la España de su tiempo, Unamuno vivió en perpetua vigilia intelectual, extendiéndose su influencia más allá de las fronteras de su patria y siendo innumerables sus discípulos y admiradores en el área de la lengua hispánica. Filósofo, novelista, ensayista, dramaturgo, poeta de voz universal, conferenciante, periodista, sentidor por encima de todo, su vasta producción viene siendo publicada en COLECCIÓN AUSTRAL, donde ya han aparecido: **Del sentimiento trágico de la vida, Vida de Don Quijote y Sancho, Niebla, Abel Sánchez, La tía Tula, Amor y pedagogía, Andanzas y visiones españolas, Paz en la guerra, El espejo de la muerte, Por tierras de Portugal y de España, Contra esto y aquello, San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más, Soliloquios y conversaciones, Mi religión y otros ensayos breves, La agonía del Cristianismo, Recuerdos de niñez y de mocedad, De mi país, En torno al casticismo, El caballero de la Triste Figura, La dignidad humana, Viejos y jóvenes, Almas de jóvenes, Soledad, Antología poética, El otro - El hermano Juan, Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana, El Cristo de Velázquez, Visiones y comentarios** y **Monodiálogos. TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO** (1920), que añade a su catálogo COLECCIÓN AUSTRAL es una muestra esplendente del mejor Unamuno: fantasía, tensión pensante, intuiciones poéticas, palabra encendida. *Nada menos que todo un hombre* —llevada al teatro con gran fortuna—, *Dos amores* y *El marqués de Lumbría* son las tres novelas cortas y *ejemplares* —recuerdo cervantino— que integran este volumen, enriquecido con uno de los prólogos polémicos, ahondadores y luminosos de don Miguel, el donquijotesco vasco por quien España sigue teniendo proceridad en el mundo como vio otro claro varón: Antonio Machado

TRES NOVELAS EJEMPLARES
Y UN PRÓLOGO

COLECCIÓN AUSTRAL
N.º 70

MIGUEL DE UNAMUNO

TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO

DECIMOQUINTA EDICIÓN

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID

Ediciones especialmente autorizadas por los herederos del autor para la

COLECCIÓN AUSTRAL

Primera edición, Buenos Aires:	*12 - IV - 1939*
Primera edición, Madrid:	*21 - I - 1941*
Segunda edición, Buenos Aires:	*25 - VI - 1941*
Segunda edición, Madrid:	*27 - I - 1943*
Tercera edición:	*30 - I - 1943*
Cuarta edición:	*4 - XII - 1943*
Quinta edición:	*20 - VIII - 1945*
Sexta edición:	*12 - XI - 1946*
Séptima edición:	*10 - VI - 1950*
Octava edición:	*9 - III - 1955*
Novena edición:	*26 - III - 1958*
Décima edición:	*12 - VI - 1961*
Undécima edición:	*9 - V - 1964*
Duodécima edición:	*19 - XI - 1968*
Decimotercera edición:	*9 - IX - 1972*
Decimocuarta edición:	*10 - VI - 1977*
Decimoquinta edición:	*28 - VI - 1979*

© Herederos de Miguel de Unamuno, 1920

Espasa-Calpe, S. A., Madrid

—

Depósito legal: M. 20.524–1979

ISBN 84–239–0070–3

Impreso en España
Printed in Spain

Acabado de imprimir el día 28 de junio de 1979

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. Madrid-34

ÍNDICE

Páginas

Prólogo..... 9
Dos madres..... 29
El marqués de Lumbría..... 73
Nada menos que todo un hombre..... 91

PRÓLOGO

mas importante p.r el examen

I

¡TRES NOVELAS EJEMPLARES Y UN PRÓLOGO! Lo mismo pude haber puesto en la portada de este libro *Cuatro novelas ejemplares*. ¿Cuatro? ¿Por qué? Porque este prólogo es también una novela. Una novela, entendámonos, y no una *nívola;* una novela.

Eso de *nívola,* como bauticé a mi novela —¡y tan novela!— *Niebla,* y en ella misma, página 158, lo explico, fue una salida que encontré para mis... —¿críticos? Bueno; pase— críticos. Y lo han sabido aprovechar porque ello favorecía su pereza mental. La pereza mental, el no saber juzgar sino conforme a precedentes, es lo más propio de los que se consagran a críticos.

Hemos de volver aquí en este prólogo —novela o nívola— más de una vez sobre la nivolería. Y digo hemos de volver así en episcopal primera persona del plural, porque hemos de ser tú, lector, y yo, es decir, nosotros, los que volvamos sobre ellos. Ahora, pues, a lo de *ejemplares.*

¿Ejemplares? ¿Por qué?

Miguel de Cervantes llamó ejemplares a las novelas que publicó después de su *Quijote* porque, según en el prólogo a ellas nos dice, «no hay ninguna de quien no

se pueda sacar algún ejemplo provechoso». Y luego añade: «Mi intento ha sido poner en la gloria de nuestra república una mesa de trucos, donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras, digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.» Y en seguida: «Sí; que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean; horas hay de recreación donde el afligido espíritu descanse; para este efecto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestiones y se cultivan con curiosidad los jardines.» Y agrega: «Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyere a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público; mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.»

De lo que se colige: primero, que Cervantes más buscó la ejemplaridad que hoy llamaríamos estética que no la moral en sus novelas, buscando dar con ellas horas de recreación donde el afligido espíritu descanse, y segundo, que lo de llamarlas ejemplares fue ocurrencia posterior a haberlas escrito. Lo que es mi caso.

Este prólogo es posterior a las novelas a que precede y prologa como una gramática es posterior a la lengua que trata de regular y una doctrina moral posterior a los actos de virtud o de vicio que con ella tratan de explicarse. Y este prólogo es, en cierto modo, otra novela; la novela de mis novelas. Y a la vez la explicación de mi novelería. O si se quiere, *nivolería*.

Y llamo ejemplares a estas novelas porque las doy como ejemplo —así, como suena—, ejemplo de vida y de realidad.

¡De realidad! ¡De realidad, sí!

Sus agonistas, es decir, luchadores —o si queréis los llamaremos personajes—, son reales, realísimos, y con la realidad más íntima, con la que se dan ellos mismos, en puro querer ser o en puro querer no ser, y no con la que le den los lectores.

II

No hay más ambiguo que eso que se llama realismo en el arte literario. Porque, ¿qué realidad es la de ese realismo?

Verdad es que el llamado realismo, cosa puramente externa, aparencial, cortical y anecdótica, se refiere al arte literario y no al poético o creativo. En un poema —y las mejores novelas son poemas—, en una creación, la realidad no es la del que llaman los críticos realismo. En una creación la realidad es una realidad íntima, creativa y de voluntad. Un poeta no saca sus criaturas —criaturas vivas— por los modos del llamado realismo. Las figuras de los realistas suelen ser maniquíes vestidos, que se mueven por cuerda y que llevan en el pecho un fonógrafo que repite las frases que su Maese Pedro recogió por calles y plazuelas y cafés y apuntó en su cartera.

¿Cuál es la realidad íntima, la realidad real, la realidad eterna, la realidad poética o creativa de un hombre? Sea hombre de carne y hueso o sea de los que llamamos ficción, que es igual. Porque Don Quijote es tan real como Cervantes; Hamlet o Macbeth tanto como Shakespeare, y mi Augusto Pérez tenía acaso sus razones al

decirme, como me dijo —véase mi novela (¡y tan novela!) *Niebla*, páginas 280 a 281— que tal vez no fuese yo sino un pretexto para que su historia y las de otros, incluso la mía misma, lleguen al mundo.

¿Qué es lo más íntimo, lo más creativo, lo más real de un hombre?

Aquí tengo que referirme, una vez más, a aquella ingeniosísima teoría de Oliver Wendell Holmes —en su *The autocrat of the brea fast table, III*— sobre los tres Juanes y los tres Tomases. Y es que nos dice que cuando conversan dos, Juan y Tomás, hay seis en conversación, que son:

Tres Juanes.....	1. El Juan real; conocido sólo para su Hacedor. 2. El Juan ideal de Juan; nunca el real, y a menudo muy desemejante de él. 3. El Juan ideal de Tomás; nunca el Juan real ni el Juan de Juan, sino a menudo muy desemejante de ambos.
Tres Tomases.....	1. El Tomás real. 2. El Tomás ideal de Tomás. 3. El Tomás ideal de Juan.

Es decir, el que uno es, el que se cree ser y el que le cree otro. Y Oliver Wendell Holmes pasa a disertar sobre el valor de cada uno de ellos.

Pero yo tengo que tomarlo por otro camino que el intelectualista yanqui Wendell Holmes. Y digo que, además del que uno es para Dios —si para Dios es uno alguien— y del que es para los otros y del que se cree ser, hay el que quisiera ser. Y que éste, el que uno quiere ser, es en él, en su seno, el creador, y es el real de verdad. Y por el que hayamos querido ser, no por el que hayamos sido, nos salvaremos o perderemos. Dios le premiará

o castigará a uno a que sea por toda la eternidad lo que quiso ser.

Ahora que hay quien quiere ser y quien quiere no ser, y lo mismo en hombres reales encarnados en carne y hueso que en hombres reales encarnados en ficción novelesca o nivolesca. Hay héroes del querer no ser, de la *noluntad*.

Mas antes de pasar más adelante cúmpleme explicar que no es lo mismo querer no ser que no querer ser.

Hay, en efecto, cuatro posiciones, que son dos positivas: *a*) querer ser; *b*) querer no ser; y dos negativas: *c*) no querer ser; *d*) no querer no ser. Como se puede: creer que hay Dios, creer que no hay Dios, no creer que hay Dios, y no creer que no hay Dios. Y ni creer que no hay Dios es lo mismo que no creer que hay Dios, ni querer no ser es no querer ser. De uno que no quiere ser difícilmente se saca una criatura poética, de novela; pero de uno que quiere no ser, sí. Y el que quiere no ser, no es, ¡claro!, un suicida.

El que quiere no ser lo quiere siendo.

¿Qué? ¿Os parece un lío? Pues si esto os parece un lío y no sois capaces, no ya sólo de comprenderlo, más de sentirlo y de sentirlo apasionada y trágicamente, no llegaréis nunca a crear criaturas reales y, por tanto, no llegaréis a gozar de ninguna novela ni de la de vuestra vida. Porque sabido es que el que goza de una obra de arte es porque la crea en sí, la re-crea y se recrea con ella. Y por eso Cervantes en el prólogo a sus *Novelas ejemplares* habla de «horas de recreación». Y yo me he recreado con su Licenciado Vidriera, recreándolo en mí al re-crearme. Y el Licenciado Vidriera era yo mismo.

III

Quedamos, pues —digo, me parece que hemos quedado en ello...—, en que el hombre más real, *realis*, más *res*, más cosa, es decir, más causa —sólo existe lo que obra—, es el que quiere ser o el que quiere no ser, el creador. Sólo que este hombre que podríamos llamar, al modo kantiano, numénico, este hombre volitivo e ideal —de idea-voluntad o fuerza— tiene que vivir en un mundo fenoménico, aparencial, racional, en el mundo de los llamados realistas. Y tiene que soñar la vida que es sueño. Y de aquí, del choque de esos hombres reales, unos con otros, surgen la tragedia y la comedia y la novela y la nívola. Pero la realidad es la íntima. La realidad no la constituyen las bambalinas, ni las decoraciones, ni el traje, ni el paisaje, ni el mobiliario, ni las acotaciones, ni...

Comparad a Segismundo con Don Quijote, dos soñadores de la vida. La realidad en la vida de Don Quijote no fueron los molinos de viento, sino los gigantes. Los molinos eran fenoménicos, aparenciales; los gigantes eran numénicos, sustanciales. El sueño es el que es vida, realidad, creación. La fe misma no es, según San Pablo, sino la sustancia de las cosas que se esperan, y lo que se

espera es sueño. Y la fe es la fuente de la realidad, porque es la vida. Creer es crear.

¿O es que la *Odisea*, esa epopeya que es una novela, y una novela real, muy real, no es menos real cuando nos cuenta prodigios de ensueño que un realista excluiría de su arte?

IV

Sí, ya sé la canción de los críticos que se han agarrado a lo de la *nívola;* novelas de tesis, filosóficas, símbolos, conceptos personificados, ensayos en forma dialogada... y lo demás.

Pues bien; un hombre, y un hombre real, que quiere ser o que quiera no ser, es un símbolo, y un símbolo puede hacerse hombre. Y hasta un concepto. Un concepto puede llegar a hacerse persona. Yo creo que la rama de una hipérbola quiere —¡así, quiere!— llegar a tocar a su asíntota y no lo logra, y que el geómetra que sintiera ese querer desesperado de la unión de la hipérbola con su asíntota nos crearía a esa hipérbola como a una persona, y persona trágica. Y creo que la elipse quiere tener dos focos. Y creo en la tragedia o en la novela del binomio de Newton. Lo que no sé es si Newton la sintió.

¡A cualquier cosa llaman puros conceptos o entes de ficción los críticos!

Te aseguro, lector, que si Gustavo Flaubert sintió, como dicen, señales de envenenamiento cuando estaba escribiendo, es decir, creando, el de Ema Bovary, en aquella novela que pasa por ejemplar de novelas, y de novelas realistas, cuando mi Augusto Pérez gemía de-

lante de mí —dentro de mí más bien—: «Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...» —*Niebla*, página 287— sentía yo morirme.

«¡Es que Augusto Pérez eres tú mismo!...» —se me dirá—. ¡Pero no! Una cosa es que todos mis personajes novelescos, que todos los agonistas que he creado los haya sacado de mi alma, de mi realidad íntima —que es todo un pueblo—, y otra cosa es que sean yo mismo. Porque, ¿quién soy yo mismo? ¿Quién es el que se firma Miguel de Unamuno? Pues... uno de mis personajes, una de mis criaturas, uno de mis agonistas. Y ese yo último e íntimo y supremo, ese yo trascendente —o inmanente—, ¿quién es? Dios lo sabe... Acaso Dios mismo...

Y ahora os digo que esos personajes crepusculares —no de mediodía ni de medianoche— que ni quieren ser ni quieren no ser, sino que se dejan llevar y traer, que todos esos personajes de que están llenas nuestras novelas contemporáneas españolas no son, con todos los pelos y señales que les distinguen, con sus muletillas y sus tics y sus gestos, no son en su mayoría personas, y que no tienen realidad íntima.. No hay un momento en que se vacien, en que desnuden su alma.

A un hombre de verdad se le descubre, se le crea, en un momento, en una frase, en un grito. Tal en Shakespeare. Y luego que le hayáis así descubierto, creado, lo conocéis mejor que él se conoce a sí mismo acaso.

Si quieres crear, lector, por el arte, personas, agonistas-trágicos, cómicos o novelescos, no acumules detalles, no te dediques a observar exterioridades de los que contigo conviven, sino trátalos, excítalos si puedes, quiérelos sobre todo y espera a que un día —acaso nunca— saquen a luz y desnuda el alma de su alma, el que quieren ser,

en un grito, en un acto, en una frase, y entonces toma ese momento, mételo en ti y deja que como un germen se te desarrolle en el personaje de verdad, en el que es de veras real. Acaso tú llegues a saber mejor que tu amigo Juan o que tu amigo Tomás quién es el que quiere ser Juan o el que quiere ser Tomás o quién es el que cada uno de ellos quiere no ser.

Balzac no era un hombre que hacía vida de mundo ni se pasaba el tiempo tomando notas de lo que veía en los demás o de lo que les oía. Llevaba el mundo dentro de sí.

V

Y es que todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes y sus siete opuestos vicios capitales: es orgulloso y humilde, glotón y sobrio, rijoso y casto, envidioso y caritativo, avaro y liberal, perezoso y diligente, iracundo y sufrido. Y saca de sí mismo lo mismo al tirano que al esclavo, al criminal que al santo, a Caín que a Abel.

No digo que Don Quijote y Sancho brotaron de la misma fuente porque no se oponen entre sí, y Don Quijote era Sancho pancesco y Sancho Panza era quijotesco, como creo haber probado en mi *Vida de Don Quijote y Sancho*. Aunque no falte acaso quien me salte diciendo que el Don Quijote y el Sancho de esa mi obra no son los de Cervantes. Lo cual es muy cierto. Porque ni Don Quijote ni Sancho son de Cervantes ni míos, sino que son de todos los que los crean y re-crean. O mejor, son de sí mismos, y nosotros cuando los contemplamos y creamos, somos de ellos.

Y yo no sé si mi Don Quijote es otro que el de Cervantes o si, siendo el mismo, he descubierto en su alma honduras que el primero que nos le descubrió, que fue Cervantes, no las descubrió. Porque estoy seguro, entre

otras cosas, de que Cervantes no apreció todo lo que en el sueño de la vida del Caballero significó aquel amor vergonzoso y callado que sintió por Aldonza Lorenzo. Ni cervantes caló todo el quijotismo de Sancho Panza.

Resumiendo: todo hombre humano lleva dentro de sí las siete virtudes capitales y sus siete vicios opuestos, y con ellos es capaz de crear agonistas de todas clases.

Los pobres sujetos que temen la tragedia, esas sombras de hombres que leen para no enterarse o para matar el tiempo —tendrán que matar la eternidad—, al encontrarse en una tragedia, o en una comedia, o en una novela, o en una nívola si queréis, con un hombre, con nada menos que todo un hombre, o con una mujer, con nada menos que una mujer, se preguntan: «¿Pero de dónde habrá sacado este autor esto?» A lo que no cabe si no una respuesta, y es: «¡de ti, no!» Y como no la ha sacado uno de él, del hombre cotidiano y crepuscular, es inútil presentárselo, porque no lo reconoce por hombre. Y es capaz de llamarle símbolo o alegoría.

Y ese sujeto cotidiano y aparencial, ese que huye de la tragedia, no es mi sueño de una sombra, que es como Píndaro llamó al hombre. A la sumo será sombra de un sueño, que dijo el Tasso. Porque el que siendo sueño de una sombra y teniendo la conciencia de serlo sufra con ello y quiera serlo o quiera no serlo, será un personaje trágico y capaz de crear y de re-crear en sí mismo personajes trágicos —o cómicos—, capaz de ser novelista; esto es: poeta y capaz de gustar de una novela, es decir, de un poema.

VI

¿Está claro?

La lucha, por dar claridad a nuestras creaciones, es otra tragedia.

Y este prólogo es otra novela. Es la novela de mis novelas, desde *Paz en la Guerra* y *Amor y Pedagogía* y mis cuentos —que novelas son— y *Niebla* y *Abel Sánchez* —ésta acaso la más trágica de todas—, hasta las TRES NOVELAS EJEMPLARES que vas a leer, lector. Si este prólogo no te ha quitado la gana de leerlas.

¿Ves, lector, por qué las llamo ejemplares a estas novelas? ¡Y ojalá sirvan de ejemplo!

Sé que en España, hoy, el consumo de novelas lo hacen principalmente mujeres. ¡Es decir, mujeres, no!, sino señoras y señoritas. Y sé que estas señoras y señoritas se aficionan principalmente a leer aquellas novelas que les dan sus confesores o aquellas otras que se las prohíben; o sensiblerías que destilan mangla o pornografías que chorrean pus. Y no es que huyan de lo que les haga pensar; huyen de lo que les haga conmoverse. Con conmoción que no sea la que acaba en... ¡Bueno, más vale callarlo!

Esas señoras y señoritas se extasían, o ante un traje montado sobre un maniquí, si el traje es de moda, o ante el desvestido o semi-desnudo; pero el desnudo franco y noble les repugna. Sobre todo el desnudo del alma.

¡Y así anda nuestra literatura novelesca!

Literatura... sí, literatura. Y nada más que literatura. Lo cual es un género de subsistencia, sujeta a la ley de la oferta y la demanda, y a exportación e importación, y a registro de aduana y a tasa.

Allá van, en fin, lectores y lectoras, señores, señoras y señoritas, estas tres novelas ejemplares, que aunque sus agonistas tengan que vivir aislados y desconocidos, yo sé que vivirán. Tan seguro estoy de esto como de que viviré yo.

¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Dios sólo lo sabe...

DOS MADRES

I

¡Cómo le pesaba Raquel al pobre don Juan! La viuda aquella, con la tormenta de no tener hijos en el corazón del alma, se le había agarrado y le retenía en la vida que queda, no en lo que pasa. Y en don Juan había muerto, con el deseo, la voluntad. Los ojos y las manos de Raquel apaciguaban y adormecían todos sus apetitos, aquel hogar solitario, constituido fuera de la ley, era como en un monasterio la celda de una pareja enamorada.

¿Enamorada? ¿Estaba él, don Juan, enamorado de Raquel? No, sino absorto por ella, sumergido en ella, perdido en la mujer y en su viudez. Porque Raquel era, pensaba don Juan, ante todo y sobre todo, la viuda y la viuda sin hijos; Raquel parecía haber nacido viuda. Su amor era un amor furioso, con sabor a muerte, que buscaba dentro de su hombre, tan dentro de él que de él se salía, algo de más allá de la vida. Y don Juan se sentía arrastrado por ella a más dentro de la tierra. «¡Esta mujer me matará!» —solía decirse—, y al decírselo pensaba en lo dulce que sería el descanso inacabable, arropado en tierra, después de haber sido muerto por una viuda como aquella.

Hacía tiempo que Raquel venía empujando a su don

Juan al matrimonio, a que se casase; pero no con ella, como habría querido hacerlo el pobre hombre.

RAQUEL.—¿Casarte conmigo? ¡Pero eso, mi gatito, no tiene sentido!... ¿Para qué? ¿A qué conduce que nos casemos según la Iglesia y el Derecho Civil? El matrimonio se instituyó, según nos enseñaron en el Catecismo, para casar, dar garcias a los casados y que críen hijos para el cielo. ¿Casarnos? ¡Bien casados estamos! ¿Darnos gracias? ¡Ay, michino! —y al decirlo le pasaba por sobre la nariz los cinco finísimos y ahusados dedos de su diestra—, ni a ti ni a mí nos dan ya gracia con bendiciones. ¡Criar hijos para el cielo..., criar hijos para el cielo!

Al decir esto se le quebraba la voz y temblaban en sus pestañas líquidas perlas en que se reflejaba la negrura insondable de las niñas de sus ojos.

DON JUAN.—Pero ya te he dicho, Quelina, que nos queda un recurso, y es casarnos como Dios y los hombres mandan...

RAQUEL.—¿Tú invocando a Dios, michino?

DON JUAN.—Casarnos así, según la ley, y adoptar un hijo...

RAQUEL.—¡Adoptar un hijo...! ¡Adoptar un hijo...! Sólo te faltaba decir que del Hospicio

DON JUAN.—¡Oh, no! Aquel sobrinillo tuyo, por ejemplo...

RAQUEL.—Ya te he dicho, Juan, que no hables de eso..., que no vuelvas a hablar de eso... Mi hermana, visto que tenemos fortuna...

DON JUAN.—Dices bien, tenemos...

RAQUEL.—¡Claro que digo bien! ¿O es que crees que yo no sé que tu fortuna, como tú todo, no es sino mía, enteramente mía?

DON JUAN.—¡Enteramente tuyos, Quelina!

RAQUEL.—Mi hermana nos entregaría cualquiera de sus hijos, lo sé, nos lo entregaría de grado. Y como nada me costaría obtenerlo, nunca podría tenerlo por propio. ¡Oh, no poder parir! ¡No poder parir! ¡Y morirse en el parto!

DON JUAN.—Pero no te pongas así, querida.

RAQUEL.—Eres tú, Juan, eres tú el que no debes seguir así... Un hijo adoptado, adoptivo, es siempre un hospiciano. Hazte padre, Juan, hazte padre, ya que no has podido hacerme madre. Si me hubieras hecho madre, nos habríamos casado, entonces sí... ¿Por qué bajas así la cabeza? ¿De qué te avergüenzas?

DON JUAN.—Me vas a hacer llorar, Raquel y yo...

RAQUEL.—Sí, ya sé que tú no tienes la culpa, como no la tuvo mi marido, aquel...

DON JUAN.—Ahora eso...

RAQUEL.—¡Bien! Pero tú puedes darme un hijo. ¿Cómo? Engendrándolo en otra mujer, hijo tuyo, y entregándomelo luego. ¡Y quiéralo ella o no lo quiera, que lo quiero yo y basta!

DON JUAN.—Pero cómo quieres que yo quiera a otra mujer...

RAQUEL.—¿Quererla? ¿Qué es eso de quererla? ¿Quién te ha hablado de querer a otra mujer? Harto sé que hoy ya tú no puedes, aunque quieras, querer a otra mujer. ¡Ni yo lo consentiría! ¡Pero no se trata de quererla; se trata de empreñarla! ¿Lo quieres más claro? Se trata de hacerla madre. Hazla madre y luego dame el hijo, quiéralo ella o no.

DON JUAN.—La que se prestara a eso sería una...

RAQUEL.—¿Con *nuestra* fortuna?

DON JUAN.—¿Y aqué mujer le propongo eso?

RAQUEL.—¿Proponerle qué?

DON JUAN.—Eso...

RAQUEL.—Lo que has de proponerle es el matrimonio...

DON JUAN.—¡Raquel!

RAQUEL.—¡Sí, Juan, sí; el matrimonio! Tienes que casarte y yo te buscaré la mujer; una mujer que ofrezca probabilidades de éxito... Y que sea bien parecida, ¿eh?

Al decir esto se reía con una risa que sonaba a llanto.

RAQUEL.—Será tu mujer, y de tu mujer, ¡Claro está!, no podré tener celos...

DON JUAN.—Pero ella los tendrá de ti...

RAQUEL.—¡Natural! Y ello ayudará a nuestra obra. Os casaréis, os darán gracia, mucha gracia, muchísima gracia, y criaréis por lo menos un hijo... para mí. Y yo le llevaré al cielo.

DON JUAN.—No blasfemes...

RAQUEL.—¿Sabes tú lo que es el cielo? ¿Sabes lo que es el infierno? ¿Sabes dónde está el infierno?

DON JUAN.—En el centro de la tierra, dicen.

RAQUEL.—O en el centro de un vientre estéril acaso...

DON JUAN.—¡Raquel...! ¡Raquel...!

RAQUEL.—Y ven, ven acá...

Le hizo sentarse sobre las firmes piernas de ella, se lo apechugó como a un niño y, acercándole al oído los labios resecos, le dijo como en un susurro:

RAQUEL.—Te tengo ya buscada mujer... Tengo ya buscada la que ha de ser madre de nuestro hijo... Nadie buscó con más cuidado una nodriza que yo esa madre...

DON JUAN.—¿Y quién es...?

RAQUEL.—La señorita Berta Lapeira... Pero, ¿por qué tiemblas? ¡Si hasta creía que te gustaría! ¿Qué? ¿No

te gusta? ¿Por qué palideces? ¿Por qué lloras así? Anda, llora, llora, hijo mío... ¡Pobre don Juan!

DON JUAN.—Pero Berta...

RAQUEL.—¡Berta, encantada! Y no por *nuestra* fortuna, no! ¡Berta está enamorada de ti, perdidamente enamorada de ti...! Y Berta, que tiene un heroico corazón de virgen enamorada, aceptará el papel de redimirte, de redimirte de mí, que soy, según ella, tu condenación y tu infierno. ¡Lo sé! ¡Lo sé! Sé cuánto te compadece Berta... Sé el horror que le inspiro... Sé lo que dice de mí...

DON JUAN.—Pero y sus padres...

RAQUEL.—¡Oh! Sus padres, sus cristianísimos padres, son unos padres muy razonables... Y conocen la importancia de *tu* fortuna.

DON JUAN.—Nuestra fortuna...

RAQUEL.—Ellos, como todos los demás, creen que es tuya... ¿Y no es acaso legalmente tuya?

DON JUAN.—Sí; pero...

RAQUEL.—Sí, hasta eso lo tenemos que arreglar bien. Ellos no saben cómo tú eres mío, michino, y cómo es mío, mío sólo, todo lo tuyo. Y no saben cómo será mío el hijo que tengas de su hija... Porque lo tendrás, ¿eh, michino? ¿Lo tendrás?

Y aquí las palabras le cosquilleaban en el fondo del oído, al pobre don Juan, produciéndole casi vértigo.

RAQUEL.—¿Lo tendrás, Juan, lo tendrás?

DON JUAN.—Me vas a matar, Raquel...

RAQUEL.—Quién sabe... Pero antes dame el hijo... ¿Lo oyes? Ahí está la angelical Berta Lapeira. ¡Angelical! Ja... ja... ja...

DON JUAN.—¡Y tú, demoniaca! —gritó el hombre poniéndose en pie y costándole tenerse así.

RAQUEL.—El demonio también es un ángel, michino...

DON JUAN.—Pero un ángel caído...

RAQUEL.—Haz, pues, caer a Berta; ¡hazla caer...!

DON JUAN.—Me matas, Quelina, me matas...

RAQUEL.—¿Y no estoy yo peor que muerta...?

Terminado esto, Raquel tuvo que acostarse. Y cuando más tarde, al ir don Juan a hacerlo junto a ella, a juntar sus labios con los de su dueña y señora, los encontró secos y ardientes como arena de desierto.

RAQUEL.—Ahora sueña con Berta y no conmigo. ¡O no, no! ¡Sueña con nuestro hijo!

El pobre don Juan no pudo soñar.

II

¿Cómo se le había ocurrido a Raquel proponerle para esposa legítima a Berta Lapeira? ¿Cómo había descubierto, no que Berta estuviese enamorada de él, de don Juan, sino que él, en sueños, estando dormido, cuando perdía aquella voluntad que no era suya, sino de Raquel, soñaba en que la angelical criatura viniese en su ayuda a redimirle? Y si en esto había un germen de amor futuro, ¿buscaba Raquel extinguirlo haciéndole que se casase con ella para hacer madre a la viuda estéril?

Don Juan conocía a Berta desde la infancia. Eran relaciones de familia. Los padres de don Juan, huérfano y solo desde muy joven, habían sido grandes amigos de don Pedro Lapeira y de su señora. Estos se habían siempre interesado por aquél y habíanse dolido como nadie de sus devaneos y de sus enredos con aventureras de ocasión. De tal modo, que cuando el pobre náufrago de los amores —que no del amor— recaló en el puerto de la viuda estéril, alegráronse como de una ventura del hijo de sus amigos, sin sospechar que aquel puerto era un puerto de tormentas.

Porque, contra lo que creía don Juan, el sesudo matrimonio Lapeira estimaba que aquella relación era ya a

modo de un matrimonio; que don Juan necesitaba de una voluntad que supliera a la que le faltaba, y que si llegaban a tener hijos, el de sus amigos estaba salvado. Y de esto hablaban con frecuencia en sus comentarios domésticos, en la mesa, a la tragicomedia de la ciudad, sin recatarse delante de su hija, de la angelical Berta, que de tal modo fue interesándose por don Juan.

Pero Berta, cuando oía a sus padres lamentarse de que Raquel no fuese hecha madre por don Juan y que luego se anudase para siempre y ante toda ley divina y humana —o mejor teocrática y democrática— aquel enlace de aventura, sentía dentro de sí el deseo de que no fuera eso, y soñaba luego, a solas, con poder llegar a ser el ángel redentor de aquel náufrago de los amores y el que le sacase del puerto de las tormentas.

¿Cómo es que don Juan y Berta habían tenido el mismo sueño? Alguna vez, al encontrarse sus miradas, al darse las manos, en las no raras visitas que don Juan hacía a casa de los señores Lapeira, había nacido aquel sueño. Y hasta había sucedido tal vez, no hacía mucho, que fue Berta quien recibió al compañero de juegos de su infancia y que los padres tardaron algo en llegar.

Don Juan previó el peligro, y dominado por la voluntad de Raquel, que era la suya, fue espaciando cada vez más sus visitas a aquella casa. Cuyos dueños adivinaron la causa de aquella abstención. «¡Como le tiene dominado! ¡Le aísla de todo el mundo!» —se dijeron los padres. Y a la hija, a la angelical Berta, un angelito caído le susurró en el silencio de la noche y del sueño, al oído del corazón: «Te teme...»

Y ahora era Raquel, Raquel misma, la que le empujaba al regazo de Berta. ¿Al regazo?

El pobre don Juan echaba de menos el piélago encrespado de sus pasados amores de paso, presintiendo que Raquel le llevaba a la muerte. ¡Pero si él no tenía ningún apetito de paternidad...! ¿Para qué iba a dejar en el mundo otro como él?

¡Mas, qué iba a hacer...!

Y volvió, empujado y guiado por Raquel, a frecuentar la casa Lapeira. Con lo que se les ensanchó el alma a la hija y a sus padres. Y más cuando adivinaron sus intenciones. Empezando a compadecerse como nunca de la fascinación bajo que vivía. Y lo comentaban don Pedro y doña Marta.

DON PEDRO.—¡Pobre chico! Cómo se ve que sufre...

DOÑA MARTA.—Y no es para menos, Pedro, no es para menos...

DON PEDRO.— Nuestra Tomasa, ¿te recuerdas?, hablaría de un bebedizo...

DOÑA MARTA.—Sí, tenía gracia lo del bebedizo... Si la pobre se hubiese mirado a un espejo...

DON PEDRO.—Y si hubiese visto cómo le habían dejado sus nueve partos y el tener que trabajar tan duro... Y si hubiese sido capaz de ver bien a la otra...

DOÑA MARTA.—Así sois los hombres... Unos puercos todos...

DON PEDRO.—¿Todos?

DOÑA MARTA.—Perdona, Pedro, ¡Tú... no! Tú...

DON PEDRO.—Pero, después de todo, se comprende el bebedizo de la viudita esa...

DOÑA MARTA.—¡Ah, picarón!, con que...

DON PEDRO.—Tengo ojos en la cara, Marta, y los ojos siempre son jóvenes...

DOÑA MARTA.—Más que nosotros...

DON PEDRO.—¿Y qué será de este chico ahora?

DOÑA MARTA.—Dejémosle venir, Pedro... Porque yo le veo venir...

DON PEDRO.—¡Y yo! ¿Y ella?

DOÑA MARTA.—A ella ya iré preparándola yo por si acaso...

DON PEDRO.—Y esa relación...

DOÑA MARTA.—¿Pero no ves, hombre de Dios, que lo que busca es romperla? ¿No lo conoces?

DON PEDRO.—Sin duda. Pero esa ruptura tendrá que costarle algún sacrificio...

DOÑA MARTA.—Y aunque así sea... Tiene mucho, mucho, y aunque sacrifique algo...

DON PEDRO.—Es verdad...

DOÑA MARTA.—Tenemos que redimirle, Pedro; nos lo piden sus padres...

DON PEDRO.—Y hay que hacer que nos lo pida también nuestra hija.

La cual estaba, por su parte, ansiando la redención de don Juan. ¿La de don Juan, o la suya propia? Y se decía: «Arrancarle ese hombre y ver cómo es el hombre de ella, el hombre que ha hecho ella, el que se le ha rendido en cuerpo y alma... ¡Lo que le habrá enseñado...! ¡Lo que sabrá mi pobre Juan...! Y él me hará como ella...»

De quien estaba Berta perdidamente enamorada era de Raquel, Raquel era su ídolo.

III

El pobre Juan, ya sin don, temblaba entre las dos mujeres, entre su ángel y su demonio redentores. Detrás de sí tenía a Raquel, y delante, a Berta, y ambas le empujaban. ¿Hacia dónde? Él presentía que hacia su perdición. Habíase de perder en ellas. Entre una y otra le estaban desgarrando. Sentíase como aquel niño que ante Salomón se disputaban las dos madres, sólo que no sabía cuál de ellas, si Raquel o Berta, le quería entero para la otra y cuál quería partirlo a muerte. Los ojos azules y claros de Berta, la doncella, como un mar sin fondo y sin orillas, le llamaban al abismo, y detrás de él, o mejor en torno de él, envolviéndole, los ojos negros y tenebrosos de Raquel, la viuda, como una noche sin fondo y sin estrellas, empujábanle al mismo abismo.

BERTA.—¿Pero qué te pasa, Juan? Desahógate de una vez conmigo. ¿No soy tu amiga de la niñez, casi tu hermana...?

DON JUAN.—Hermana... Hermana...

BERTA.—¿Qué? No te gusta eso de hermana...

DON JUAN.—No la tuve; apenas si conocí a mi madre... No puedo decir que he conocido mujer...

BERTA.—Que no, ¿eh? Vamos...

DON JUAN.—¡Mujeres... sí! ¡Pero mujer, lo que se dice mujer, no!

BERTA.—¿Y la viuda esa, Raquel?

Berta se sorprendió de que le hubiese salido esto sin violencia alguna, sin que le tambaleara la voz, y de que Juan se lo oyera con absoluta tranquilidad.

DON JUAN.—Esa mujer, Berta, me ha salvado; me ha salvado de las mujeres.

BERTA.—Te creo. Pero ahora...

DON JUAN.—Ahora sí, ahora necesito salvarme de ella.

Y al decir esto sintió Juan que la mirada de los tenebrosos ojos viudos le empujaban con más violencia.

BERTA.—¿Y puedo yo servirte de algo en eso...?

DON JUAN.—¡Oh, Berta, Berta...!

BERTA.—Vamos, sí; tú, por lo visto, quieres que sea yo quien me declare...

DON JUAN.—Pero Berta...

BERTA.—¿Cuándo te vas a sentir hombre, Juan? ¿Cuándo has de tener voluntad propia?

DON JUAN.—Pues bien, sí, ¿quieres salvarme?

BERTA.—¿Cómo?

DON JUAN.—¡Casándote conmigo!

BERTA.— ¡Acabáramos! ¿Quieres, pues, casarte conmigo?

DON JUAN.—¡Claro!

BERTA.—¿Claro? ¡Oscuro! ¿Quieres casarte conmigo?

DON JUAN.—¡Sí!

BERTA.—¿De propia voluntad?

Juan tembló al percatar tinieblas en el fondo de los ojos azules y claros de la doncella. «¿Habrá adivinado la verdad?», se dijo, y estuvo por arredrarse, pero los ojos negros de la viuda le empujaron diciéndole: «Digas lo que dijeres, tú no puedes mentir.»

DON JUAN.—¡De propia voluntad!

BERTA.—¿Pero la tienes, Juan?

DON JUAN.—Es para tenerla para lo que quiero hacerte mi mujer...

BERTA.—Y entonces...

DON JUAN.—Entonces, ¿qué?

BERTA.—¿Vas a dejar antes a esa otra?

DON JUAN.—Berta... Berta...

BERTA.—Bien, no hablemos más de ello, si quieres. Porque todo esto quiere decir que, sintiéndote impotente para desprenderte de esa mujer, quieres que sea yo quien te desprenda de ella. ¿No es así?

DON JUAN.—Sí, así es —y bajó la cabeza.

BERTA.—Y que te dé una voluntad de que careces...

DON JUAN.—Así es...

BERTA.—Y que luche con la voluntad de ella...

DON JUAN.— Así es...

BERTA.—¡Pues así será!

DON JUAN.—¡Oh Berta..., Berta...!

BERTA.—Estate quieto. Mírame y no me toques. Pueden de un momento a otro aparecer mis padres.

DON JUAN.—¿Y ellos, Berta?

BERTA.—¿Pero eres tan simple, Juan, como para no ver que esto lo teníamos previsto y tratado de ello...?

DON JUAN.—Entonces...

BERTA.—Que acudiremos todos a salvarte.

IV

El arreglo de la boda con Berta emponzoñó los cimientos todos del alma del pobre Juan. Los padres de Berta, los señores Lapeira, ponían un gran empeño en dejar bien asegurado y a cubierto de toda contingencia el porvenir económico de su hija. y acaso pensaban en el suyo propio. No era, como algunos creían, hija única, sino que tenían un hijo que de muy joven se había ido a América y del que no se volvió a hablar, y menos en su casa. Los señores Lapeira pretendían que Juan dotase a Berta antes de tomarla por mujer, y resistíanse, por su parte, a darle a su futuro yerno cuenta del estado de su fortuna. Y Juan se resistía, a su vez, a ese dotamiento, alegando que luego de casado haría un testamento en que dejase heredera universal de sus bienes a su mujer, después de haber entregado un pequeño caudal —y en esto sus futuros suegros estaban de acuerdo— a Raquel.

No era Raquel un obstáculo ni para los señores Lapeira ni para su hija. Aveníanse a vivir en buenas relaciones con ella, como con una amiga inteligente y que había sido en cierto modo una salvadora de Juan, seguros padres e hija de que ésta sabría ganar con suavidad y maña el corazón de su marido por entero, y que al cabo Raquel

misma contribuiría a la felicidad del nuevo matrimonio. ¡Con tal que se le asegurase la vida y la consideración de las gentes decentes y de bien! No era, después de todo, ni una aventurera vulgar ni una que se hubiese nunca vendido al mejor postor. Su enredo con Juan fue obra de pura pasión, de compasión acaso —pensaban y querían pensar los señores Lapeira.

Pero lo grave del conflicto, lo que ni los padres de la angelical Berta ni nadie en la ciudad —¡y eso que se pretendía conocer a la viuda!— podía presumir era que Raquel había hecho firmar a Juan una escritura por la cual los bienes inmuebles todos de éste aparecían comprados por aquélla, y todos los otros valores que poseía estaban a nombre de ella. El pobre Juan no aparecía ya sino como su administrador y apoderado. Y esto supo la astuta mujer mantenerlo secreto. Y a la vez conocía mejor que nadie el estado de la fortuna de los señores Lapeira.

RAQUEL.—Mira, Juan, dentro de poco, tal vez antes de que os caséis, y en todo caso poco después de vuestra boda, la pequeña fortuna de los padres de Berta, la de tu futura esposa..., esposa, ¿eh?, no mujer, ¡esposa...!, la de tu futura esposa, será mía..., es decir nuestra...

DON JUAN.—¿Nuestra?

RAQUEL.—Sí, será para el hijo que tengamos, si es que tu esposa nos lo da... Y si no...

DON JUAN.—Me estás matando, Quelina...

RAQUEL.—Cállate, michino. Ya le tengo echada la garra a esa fortuna. Voy a comprar créditos e hipotecas... ¡Oh, sí; después de todo, esa Raquel es una buena persona, toda una señora, y ha salvado al que ha de ser el marido de nuestra hija y el salvador de nuestra situa-

ción y el amparo de nuestra vejez! ¡Y lo será, vaya si lo será! ¿Por qué no?

DON JUAN.—¡Raquel! ¡Raquel!

RAQUEL.—No gimas así, Juan, que pareces un cordero al que están degollando...

DON JUAN.—Y así es...

RAQUEL.—¡No, no es así! ¡Yo voy a hacerte hombre; yo voy a hacerte padre!

DON JUAN.—¿Tú?

RAQUEL.—¡Sí, yo, Juan; yo, Raquel!

Juan se sintió como en agonía.

DON JUAN.—Pero dime, Quelina, dime —y al decirlo le lloraba la voz—, ¿por qué te enamoraste de mí? ¿Por qué me arrebataste? ¿Por qué me has sorbido el tuétano de la voluntad? ¿Por qué me has dejado como un pelele? ¿Por qué no me dejaste en la vida que llevaba...?

RAQUEL.—¡A estas horas estarías, después de arruinado, muerto de miseria y de podredumbre!

DON JUAN.—¡Mejor, Raquel, mejor! Muerto, sí; muerto de miseria y de podredumbre. ¿No es esto miseria? ¿No es podredumbre? ¿Es que soy mío? ¿Es que soy yo? ¿Por qué me has robado el cuerpo y el alma?

El pobre don Juan se ahogaba en sollozos.

Volvió a cogerle Raquel como otras veces maternalmente, le sentó sobre sus piernas, le abrazó, le apechugó a su seno estéril, contra sus pechos, henchidos de roja sangre que no logró hacer blanca leche, y hundiendo su cabeza sobre la cabeza del hombre, cubriéndole los oídos con su desgreñada cabellera suelta, lloró, entre hipos, sobre él. Y le decía:

RAQUEL.—¡Hijo mío, hijo mío, hijo mío...! No te robé yo; me robaste tú el alma, tú, tú. Y me robaste el cuerpo... ¡Hijo mío..., hijo mío..., hijo mío...! Te vi

perdido, perdido, perdido... Te vi buscando lo que no se encuentra... Y yo buscaba un hijo... Y creí encontrarlo en ti. Y creía que me darías el hijo por el que me muero... Y ahora quiero que me lo des...

DON JUAN.—Pero, Quelina, no será tuyo...

RAQUEL.—Sí, será mío, mío, mío... Como lo eres tú... ¿No soy tu mujer?

DON JUAN.—Sí, tú eres mi mujer...

RAQUEL.—Y ella será tu esposa. ¡Esposa!, así dicen los zapateros: «¡Mi esposa!» Y yo seré tu madre y la madre de vuestro hijo..., de mi hijo...

DON JUAN.—¿Y si no le tenemos?

RAQUEL.—¡Calla, Juan, calla! ¿Si no le tenéis? ¿Si no nos lo da...? Soy capaz de...

DON JUAN.—¡Calla, Raquel, que la ronquera de tu voz me da miedo!

RAQUEL.—¡Sí, y de casarte luego con otra!

DON JUAN.—¿Y si consiste en mí...?

Raquel le echó de sí con gesto brusco, se puso en pie como herida, miró a Juan con una mirada de taladro; pero al punto, pasado el sablazo de hielo de su pecho, abrió los brazos a su hombre gritándole:

RAQUEL.—¡No, ven; ven, Juan, ven! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¿Para qué quiero más hijo que tú? ¿No eres mi hijo?

Y tuvo que acostarle, calenturiento y desvanecido.

V

No, Raquel no consintió en asistir a la boda, como Berta y sus padres habían querido, ni tuvo que fingir enfermedad para ello, pues de veras estaba enferma.

RAQUEL.—No creí, Juan, que llegaras a tanto. Conocía su fatuidad y su presunción, la de la niña y la de sus papás; pero no los creía capaces de disponerse a afrontar así las conveniencias sociales. Cierto es que nuestras relaciones no han sido nunca escandalosas, que no nos hemos presentado en público haciendo alarde de ellas; pero son algo bien conocido de la ciudad toda. Y al empeñarse en que me convidaras a la boda no pretendían sino hacer más patente el triunfo de su hija. ¡Imbéciles! ¿Y ella? ¿Tu esposa?

DON JUAN.—Por Dios, Raquel, mira que...

RAQUEL.—¿Qué? ¿Qué tal? ¿Qué tal sus abrazos? ¿Le has enseñado algo de lo que aprendiste de aquellas mujeres? ¡Porque de lo que yo te he enseñado no puedes enseñarle nada! ¿Qué tal *tu* esposa? Tú... tú no eres de ella...

DON JUAN.—No, ni soy mío...

RAQUEL.—Tú eres mío, mío, mío, michino, mío...

Y ahora ya sabes vuestra obligación. A tener juicio, pues. Y ven lo menos que puedas por esta nuestra casa.

DON JUAN.—Pero, Raquel...

RAQUEL.—No hay Raquel que valga. Ahora te debes a tu esposa. ¡Atiéndela!

DON JUAN.—Pero si es ella la que me aconseja que venga de vez en cuando a verte...

RAQUEL.—Lo sabía. ¡Mentecata! Y hasta se pone a imitarme, ¿no es eso?

DON JUAN.—Sí, te imita en cuanto puede; en el vestir, en el peinado, en los ademanes, en el aire...

RAQUEL.—Sí; cuando vinisteis a verme la primera vez, en aquella visita de ceremonia casi, observé que me estudiaba...

DON JUAN.—Y dice que debemos intimar más, ya que vivimos tan cerca, tan cerquita, casi al lado...

RAQUEL.—Es su táctica para sustituirme. Quiere que nos veas a menudo juntas, que compares...

DON JUAN.—Yo creo otra cosa...

RAQUEL.—¿Qué?

DON JUAN.—Que está prendada de ti, que la subyugas...

Raquel dobló al suelo la cara, que se le puso de repente intensamente pálida, y se llevó las manos al pecho, atravesado por una estocada de ahogo. Y dijo:

RAQUEL.—Lo que hace falta es que todo ello fructifique...

Como Juan se le acercara en busca del beso de despedida —beso húmedo y largo y de toda la boca otras veces—, la viuda le rechazó, diciéndole:

RAQUEL.—No, ¡ahora, ya no! Ni quiero que se lo lleves a ella ni quiero quitárselo.

DON JUAN.—¿Celos?

RAQUEL.—¿Celos? ¡Mentecato! ¿Pero crees, michino, que puedo sentir celos de tu esposa...? ¿De tu esposa? Y yo, ¿tu mujer...? ¡Para casar y dar gracias a los casados y que críen hijos para el cielo! ¡Para el cielo y para mí!

DON JUAN.—Que eres mi cielo.

RAQUEL.—Otras veces dices que tu infierno...

DON JUAN.—Es verdad.

RAQUEL.—Pero ven, ven acá, hijo mío, toma...

Le cogió la cabeza entre las manos, le dio un beso seco y ardiente sobre la frente y le dijo en despedida:

RAQUEL.—Ahora vete y cumple bien con ella. Y cumplid bien los dos conmigo. Si no, ya lo sabes, soy capaz...

VI

Y era verdad que Berta estudiaba en Raquel la manera de ganarse a su marido, y a la vez la manera de ganarse a sí misma, de ser ella, de ser mujer. Y así se dejaba absorber por la dueña de Juan y se iba descubriendo a sí misma al través de la otra. Al fin, un día no pudo resistir, y en ocasión en que las dos, Raquel y Berta, le habían mandado a su Juan a una partida de caza con los amigos, fue la esposa a ver a la viuda.

BERTA.—Le chocará verme por aquí, así, sola...

RAQUEL.—No, no me choca... Y hasta esperaba su visita...

BERTA.—¿Esperarla?

RAQUEL.—La esperaba, sí. Después de todo, algo me parece haber hecho por su esposo, por nuestro buen Juan, y acaso el matrimonio...

BERTA.—Sí, yo sé que si usted, con su amistad, no le hubiese salvado de las mujeres...

RAQUEL.—¡Bah! De las mujeres...

BERTA.—Y he sabido apreciar también su generosidad...

RAQUEL.—¿Generosidad? ¿Por qué? ¡Ah, sí, ya caigo!

¡Pues no, no! ¿Cómo iba a ligarle a mi suerte? Porque, en efecto, él quiso casarse conmigo...

BERTA.—Lo suponía...

RAQUEL.—Pero como estábamos a prueba y la bendición del párroco, aunque nos hubiese casado y dado la gracia de casados, no habría hecho que criásemos hijos para el cielo... ¿Por qué se ruboriza así, Berta? ¿No ha venido a que hablemos con el corazón desnudo en la mano...?

BERTA.—¡Sí, sí, Raquel, sí; hábleme así!

RAQUEL.—No podía sacrificarle así a mi egoísmo. ¡Lo que yo no he logrado, que lo logre él!

BERTA.—¡Oh, gracias, gracias!

RAQUEL.—¿Gracias? ¡Gracias, no! ¡Lo he hecho por él!

BERTA.—Pues por haberlo hecho por él... ¡gracias!

RAQUEL.—¡Ah!

BERTA.—¿Le choca?

RAQUEL.—No, no me choca; pero ya irá usted aprendiendo...

BERTA.—¿A qué? ¿A fingir?

RAQUEL.—¡No; a ser sincera!

BERTA.—¿Cree que no lo soy?

RAQUEL.—Hay fingimientos muy sinceros. Y el matrimonio es una escuela de ellos.

BERTA.—¿Y cómo...?

RAQUEL.—¡Fui casada!

BERTA.—¡Ah, sí; es cierto que es usted viuda!

RAQUEL.—Viuda... Viuda... Siempre lo fui. Creo que nací viuda... Mi verdadero marido se me murió antes de yo nacer... ¡Pero dejémonos de locuras y desvaríos! ¿Y cómo lleva a Juan?

BERTA.—Los hombres...

RAQUEL.—¡No, el hombre, el hombre! Cuando me

dijo que yo le había salvado a nuestro Juan de las mujeres me encogí de hombros. Y ahora le digo, Berta, que tiene que atender al hombre, a su hombre. Y buscar al hombre en él...

BERTA.—De eso trato; pero...

RAQUEL.—¿Pero qué?

BERTA.—Que no le encuentro la voluntad...

RAQUEL.—¿Y viene usted a buscarla aquí acaso?

BERTA.—¡Oh, no, no! Pero...

RAQUEL.—Con esos peros no irá usted a ninguna parte...

BERTA.—¿Y adónde he de ir?

RAQUEL.—¿Adónde? ¿Quiere usted que le diga adónde?

Berta, intensamente pálida, vaciló, mientras los ojos de Raquel, acerados, hendían el silencio. Y al cabo:

BERTA.—Sí. ¿Adónde?

RAQUEL.—¡A ser madre! Ésa es su obligación. ¡Ya que yo no he podido serlo, séalo usted!

Hubo otro silencio opresor, que rompió Berta exclamando:

BERTA.—¡Y lo seré!

RAQUEL.—¡Gracias a Dios! ¿No le pregunté si venía acá a buscar la voluntad de Juan? ¡Pues la voluntad de Juan, de nuestro hombre, es ésa, es hacerse padre!

BERTA.—¿La suya?

RAQUEL.—Sí, la suya. ¡La suya, porque es la mía!

BERTA.—Ahora más que nunca admiro su generosidad.

RAQUEL.—¿Generosidad? No, no... Y cuenten siempre con mi firme amistad, que aun puede serles útil...

BERTA.—No lo dudo...

Y al despedirla, acompañándola hasta la puerta, le dijo:

RAQUEL.—¡Ah! Diga usted a sus padres que tengo que ir a verlos...

BERTA.—¿A mis padres?

RAQUEL.—Sí, cuestión de negocios... Para consolarme de mi viudez me dedico a negocios, a empresas financieras...

Y después de cerrar la puerta, murmuró: «¡Pobre esposa!»

VII

Cuando, por fin, una mañana de otoño, le anunció Berta a su marido que iba a hacerle padre, sintió éste sobre la carne de su alma torturada el doloroso roce de las dos cadenas que le tenían preso. Y empezó a sentir la pesadumbre de su voluntad muerta. Llegaba el gran combate. ¿Iba a ser suyo, de verdad, aquel hijo? ¿Iba a ser él padre? ¿Qué es ser padre?

Berta, por su parte, sentíase como transportada. ¡Había vencido a Raquel! Pero a la vez sentía que tal victoria era un vencimiento. Recordaba palabras de la viuda y su mirada de esfinge al pronunciarlas.

Cuando Juan llevó la buena nueva a Raquel palideció ésta intensísimamente, le faltó el respiro, encendiósele luego el rostro, se le oyó anhelar, le brotaron gotas de sudor, tuvo que sentarse y, al cabo, con voz de ensueño, murmuró:

RAQUEL.—¡Al fin te tengo, Juan!

Y le cogió y le apretó a su cuerpo, palpitante, frenéticamente, y le besó en los ojos y en la boca, y le apartaba de sí para tenerle a corto trecho, con las palmas de las manos en las mejillas de él, mirándole a los ojos, mirándose en las niñas de ellos, pequeñita, y luego volvía

a besarle. Miraba con ahínco su propio retrato, minúsculo, en los ojos de él, y luego, como loca, murmurando con voz ronca: «¡Déjame que me bese!», le cubría los ojos de besos. Y Juan creía enloquecer.

RAQUEL.—Y ahora, ahora ya puedes venir más que antes... Ahora ya no la necesitas tanto...

DON JUAN.—Pues, sin embargo, es ahora cuando más me quiere junto así...

RAQUEL.—Es posible... Sí, sí, ahora se está haciendo... Es verdad... Tienes que envolver en cariño al pobrecito... Pero pronto se cansará ella de ti..., le estorbarás...

Y así fue. En los primeros meses, Berta le quería junto a sí y sentirse mimada. Pasábase las horas muertas con su mano sobre la mano de su Juan, mirándole a los ojos. Y sin querer, le hablaba de Raquel.

BERTA.—¿Qué dice de esto?

DON JUAN.—Tuvo un gran alegrón al saberlo...

BERTA.—¿Lo crees?

DON JUAN.—¡Pues no he de creerlo...!

BERTA.—¡Yo no! Esa mujer es un demonio... un demonio que te tiene fascinado.

DON JUAN.—¿Y a ti no?

BERTA.—¿Qué bebedizo te ha dado, Juan?

DON JUAN.—Ya salió aquello...

BERTA.—Pero ahora serás mío, sólo mío...

«¡Mío!, ¡mío! —pensó Juan—. ¡Así dicen las dos!»

BERTA.—¡Tenemos que ir a verla!

DON JUAN.—¿Ahora?

BERTA.—Ahora, sí, ahora. ¿Por qué no?

DON JUAN.—¿A verla o a que te vea?

BERTA.—¡A verla que me vea! ¡A ver cómo me ve!

Y Berta hacía que Juan la pasease, e íbase colgada de

su brazo, buscando las miradas de las gentes. Pero meses después, cuando le costaba ya moverse con soltura, ocurrió lo que Raquel había anticipado, y fue que ya su marido le estomagaba y que buscaba la soledad. Entró en el período de mareos, bascas y vómitos, y alguna vez le decía a su Juan: «¿Qué haces, hombre; qué haces ahí? Anda, vete a tomar el fresco y déjame en paz... ¡Qué lástima que no paséis estas cosas vosotros los hombres...! Quítate de ahí, hombre; quítate de ahí, que me mareas... ¿No te estarás quieto? ¿No dejarás en paz esa silla...? ¡Y no, no, no me sobes! ¡Vete, vete y tarda en volver, que voy a acostarme! Anda, vete, vete a verla y comentad mi pasión... Ya sé, ya sé que quisiste casarte con ella, y sé que no te quiso por marido...»

DON JUAN.—Qué cosas estás diciendo, Berta...

BERTA.—Pero si me lo ha dicho ella, ella misma, que al fin es una mujer, una mujer como yo...

DON JUAN.—¡Como tú..., no!

BERTA.—¡No, como yo, no! Ella no ha pasado por lo que estoy pasando... Y los hombres sois todos unos cochinos... Anda, vete, vete a verla... Vete a ver a tu viuda...

Y cuando Juan iba de su casa a casa de Raquel y le contaba todo lo que la esposa le había dicho, la viuda casi enloquecía de placer. Y repetíase lo de los besos en los ojos. Y le retenía consigo. Alguna vez le retuvo toda la noche, y al amanecer, abriéndole la puerta para que se deslizase afuera, le decía tras del último beso: «Ahora que no te espera, vete, vete y consuélala con buenas palabras... Y dile que no la olvido y que espero...»

VIII

Juan se paseaba por la habitación como enajenado. Sentía pesar el vacío sobre su cabeza y su corazón. Los gemidos y quejumbres de Berta le llegaban como de otro mundo. No veía al señor Lapeira, a su suegro, sentado en un rincón oscuro a la espera del nieto. Y como el pobre Juan creía soñar, no se sorprendió al ver que la puerta se habría y entraba por ella... ¡Raquel!

—¿Usted? —exclamó don Pedro, poniéndose en pie.

Raquel.—¡Yo, si, yo! Vengo por si puedo servir de algo...

Don Pedro.—¿Usted, servir usted? ¿Y en este trance?

Raquel.—Sí, para ir a buscar algo o a alguien... Qué sé yo... No olvide, don Pedro, que soy viuda...

Don Pedro.—Viuda, sí; pero...

Raquel.—¡No hay pero! ¡Y aquí estoy!

Don Pedro.—Bueno; voy a decírselo a mi mujer...

Y luego se oyó la conversación de Raquel y doña Marta.

Doña Marta.—Pero, por Dios, señora...

Raquel.—¿Qué, no soy una buena amiga de la casa?

Doña Marta.—Sí, sí; pero que no lo sepa..., que no le oiga...

RAQUEL.—Y si me oye, ¿qué?

DOÑA MARTA.—Por Dios, señora, más bajo..., que no le oiga..., más bajo...

En aquel momento se oyó un grito desgarrador. Doña Marta corrió al lado de su hija y Raquel se quedó escuchando al silencio que siguió al grito. Luego se sentó. Y al sentir, al poco, que pasaba Juan a su lado, le detuvo cogiéndole de un brazo y le interrogó con un «¿qué?» de ansia.

DON JUAN.—Una niña...

RAQUEL.—¡Se llamará Raquel!

Y desapareció la viuda.

IX

En la entrevista que Juan tuvo con sus suegros, los abuelos de la nueva mujercita que llagaba al mundo, le sorprendió el que al insinuar él, lleno de temores y con los ojos de la viuda taladrándole desde la espalda el corazón, que se la llamara Raquel a su hija, los señores Lapeira no opusieron abjeción alguna. Parecían abrumados. ¿Qué había pasado allí?

DOÑA MARTA.—Sí, sí, le debemos tanto a esa señora, tanto..., y después de todo, para ti ha sido como una madre...

DON JUAN.—Sí, es verdad...

DOÑA MARTA.—Y aun creo más, y es que debe pedírsele que sea madrina de la niña.

DON PEDRO.—Tanto más cuanto que eso saldrá al paso a odiosas habladurías de las gentes...

DON JUAN.—No dirán más, bien...

DON PEDRO.—No; hay que afrontar la murmuración pública. Y más cuando va extraviada. ¿O es que en esto no puedes presentarte en la calle con la cabeza alta?

DON JUAN.—¡Sin duda!

DON PEDRO.—Bástele, pues, a cada cual su conciencia.

Y miró don Pedro a su mujer como quien ha dicho una cosa profunda que le realza a los ojos de la que mejor le debe conocer.

Y más grande fue la sorpresa —que se le elevó a terror del pobre Juan— cuando oyó que, al proponerle todo aquello, lo del nombre y lo del madrinazgo, a la madre de la niña, a Berta, ésta contestó tristemente: «¡Sea como queráis!» Verdad es que la pobre, a consecuencia de grandes pérdidas de sangre, estaba como transportada a un mundo de ensueño, con incesante zumbido de cabeza y viéndolo todo como envuelto en niebla.

Al poco, Raquel, la madrina, se instalaba casi en la casa y empezaba a disponerlo todo. La vio la nueva madre acercársele y la vio como a un fantasma del otro mundo. Brillándole los ojos a la viuda con un nuevo fulgor. Se arrimó a la recién parida y le dio un beso, que, aunque casi silencioso, llenó con su rumor toda la estancia. Berta sentía agonizar en sueños un sueño de agonía. Y oyó la voz de la viuda, firme y segura, como de ama, que decía:

RAQUEL.—Y ahora, Berta, hay que buscar nodriza. Porque no me parece que en el estado en que se queda sea prudente querer criar a la niña. Correrían peligro las dos vidas...

Los ojos de Berta se llenaron de lágrimas.

RAQUEL.—Sí, lo comprendo, es muy natural. Sé lo que es una madre; pero la prudencia ante todo... Hay que guardarse para otras ocasiones...

BERTA.—Pero, Raquel, aunque muriese...

RAQUEL.—¿Quién? ¿La niña? ¿Mi Quelina? No, no...

Y fue tomó a la criatura y empezó a fajarla, y luego la besaba con un frenesí tal que la pobre nueva madre

sentía derretírsele el corazón en el pecho. Y no pudiendo resistir la pesadilla, gimió:

BERTA.—Basta, basta, Raquel, basta. No vaya a molestarle. Lo que la pobrecita necesita es sueño..., dormir...

Y entonces Raquel se puso a mecer y a abrazar a la criatura, cantándole extrañas canciones en una lengua desconocida de Berta y de los suyos, así como de Juan. ¿Qué le cantaba? Y se hizo un silencio espeso en torno de aquellas canciones de cuna que parecían venir de un mundo lejano, muy lejano, perdido en la bruma de los ensueños. Y Juan, oyéndolas, sentía sueño, pero sueño de morir, y un terror loco le llenaba el corazón vacío. ¿Qué era todo aquello? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué significaba su vida?

X

Más adelante, cuando Berta fue reponiéndose y empezó a despertarse del doloroso sueño del parto y se vio separada de su hijita, de su Quelina, por Raquel y por su nodriza que Raquel buscó y que la obedecía en todo, apercibióse a la lucha. Al fin vio claro en la sima en que cayera; al fin vio a quién y a qué había sido sacrificada. Es decir, no vio todo, no podía ver todo. Había en la viuda abismos a que ella, Berta, no lograba llegar. Ni lo intentaba, pues sólo el asomarse a ellos le daba vértigos. Y luego aquellas canciones de cuna en lengua extraña.

BERTA.—¿Pero qué es eso que le canta?

RAQUEL.—¡Oh, recuerdos de mi infancia...!

BERTA.—¿Cómo?

RAQUEL.—No quiera saber más, Berta. ¿Para qué?

¡No; ella, Berta, no podía querer saber más! ¡Sabía ya demasiado! ¡Ojalá no supiera tanto! ¡Ojalá no se hubiera dejado tentar de la serpiente a probar de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal! Y sus padres, sus buenos padres, parecían como huidos de la casa. Había que llevarles la nietecita a que la vieran. ¡Y era la nodriza quien se la llevaba...!

Lo que sintió entonces Berta fue encendérsele en el pecho una devoradora compasión de su hombre, de su pobre Juan. Tomábale en sus brazos flacos como para ampararle de algún enemigo oculto, de algún terrible peligro, y apoyando su cabeza sudorosa y desgreñada sobre el hombro de su marido, lloraba, lloraba, lloraba, mientras su pecho, agitado por convulsos sollozos, latía sobre el pecho acongojado del pobre don Juan. Y como una de estas veces la esposa madre gimiese «¡Hijo mío! ¡Hijo mío!... ¡Hijo mío!...», quedóse luego como muerta de terror al ver la congoja de muerte que crispó, enjalbegándola, la cara de su Juan.

BERTA.—¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Qué tienes?

DON JUAN.—Calla, Quelina, calla, que me estás matando...

BERTA.—Pero si estás conmigo, Juan, conmigo, con tu Berta...

DON JUAN.—No sé dónde estoy...

BERTA.—¿Pero qué tienes, hijo...?

DON JUAN.—No digas eso..., no digas eso..., no digas eso...

Berta adivinó todo el tormento de su hombre. Y se propuso irlo ganando, ahijándolo, rescatándoselo. Aunque para ello hubiese que abandonar y que entregar a la hija. Quería su hombre. ¡Su hombre!

Y él, el hombre, Juan, iba sintiéndose por su parte hombre, hombre más que padre. Sentía que para Raquel no fue más que un instrumento, un medio. ¿Un medio de qué? ¿De satisfacer un furioso hambre de maternidad? ¿O no más bien una extraña venganza, una venganza de otros mundos? Aquellas extrañas canciones de cuna que en lengua desconocida cantaba Raquel a Quelina, no a su ahijada, sino a su hija —su hija, sí, la de la

viuda—, ¿hablaban de una dulce venganza, de una venganza suave y adormecedora como un veneno que hace dormirse? ¡Y cómo le miraba ahora Raquel a él, a su Juan! Y le buscaba menos que antes.

Pero cuando le buscaba y le encontraba eran los antiguos encuentros, sólo que más sombríos y más frenéticos.

RAQUEL.—Y ahora —le dijo una vez— dedícate más a tu Berta, a tu esposa, entrégate más a ella. Es menester que le des un hijo, que ella lo merece, porque ésta, mi Quelina, ésta es mía, mía, mía. Y tú lo sabes. Ésta se debe a mí, me la debo a mí misma. Poco me faltó para hacerle a tu Berta, a nuestra Berta, parir sobre mis rodillas, como nos contaban en la Historia Sagrada. ¡Entrégate ahora a ella, hijo mío!

DON JUAN.—Que me matas, Raquel.

RAQUEL.—Mira, Juan, son ya muchas las veces que me vas saliendo con esa cantilena, y estoy segura de que se la habrás colocado también a ella, a tu esposa, alguna vez. Si quieres, pues, matarte, mátate; pero no nos vengas a culparnos de ello. Pero yo creo que debes vivir, porque le haces todavía mucha falta a tu Berta en el mundo.

Y como Juan forcejease entonces por desprenderse de los brazos recios de Raquel, ésta le dijo abrazándole:

RAQUEL.—Sí, ya lo he visto...; ¡que nos vea!

Entró Berta.

RAQUEL.—*Te* he visto, Berta —y recalcó el *te*—; *te* he visto que venías.

Y poniendo su mano, como un yugo, sobre el cuello de Juan, de quien se apartó un poco entonces, prosiguió:

RAQUEL.—Pero te equivocas. Estaba ganándote a tu marido, ganándolo para ti. Estaba diciéndole que se te

entregue y que se te entregue sin reservas. Te lo cedo. Pues que a mí me ha hecho ya madre, que te haga madre a ti. Y que puedas llamarle a boca llena ¡hijo! Si es que con esto de llamarle hijo no le estamos matando, como él dice. Ya sabrás la historia de las dos madres que se presentaron a Salomón reclamando un mismo niño. Aquí está el niño, el... ¡don Juan de antaño! No quiero que lo partamos en dos, que sería matarle como él dice. Tómalo todo entero.

BERTA.—Es decir, que tú...

RAQUEL.—¡Yo soy aquí la madre de verdad, yo!

Entonces Berta, fuera de sí, cogió a su marido, que se dejaba hacer, del brazo, arrancándole de bajo el yugo de Raquel, se lo presentó a ésta y le gritó:

BERTA.—¡Pues bien, no! La madre soy yo, yo, yo... Y le quiero entero, le quiero más entero que tú. Tómalo y acaba de matarlo. ¡Pero dame a mi hija, devuélveme a mi hija!

RAQUEL.—¿Qué hija?

BERTA.—A... a... a...

Le quemaba los labios el nombre.

RAQUEL.—¿A mi Quelina? ¡Que es yo misma, yo...! ¿Que me entregue yo? ¿Que te entregue mi Quelina, mi Raquel, para que hagas de ella otra como tú, otra Berta Lapeira, otra como vosotras las honradas esposas? ¡Ah!, también yo fui esposa; sí, esposa; también yo sé...

BERTA.—¿Y qué culpa tengo yo de que ni tu marido ni luego Juan pudiesen contigo lo que éste conmigo ha podido, lo que he podido yo con él?

RAQUEL.—¿Y tú, Juan, tú, *hi-jo mí-o*, te vas a repartir? ¿O estás para tu esposa entero?

Juan huyó de las dos.

XI

Juan huyó de las dos, y algo más. ¿Cómo fue ello? Sólo se supo que, habiendo salido en excursión hacia la sierra, en automóvil, lo volvieron a su casa moribundo y se murió en ella sin recobrar el conocimiento. Ni el *chauffeur*, ni el amigo que le acompañaba supieron explicar bien lo ocurrido. Al bordear un barranco le vieron desaparecer del carruaje —no sabían decir si porque cayó o porque se tirara—, le vieron rodar por el precipicio, y cuando luego le recogieron estaba destrozado. Tenía partida la cabeza y el cuerpo todo magullado.

¡Qué mirada la que Raquel y Berta se cruzaron sobre el cuerpo blanco y quieto de su Juan!

BERTA.—Ahora lo de la niña, lo de mi hija, está claro...

RAQUEL.—Claro. ¿Y de qué va a vivir? ¿Quién la va a mantener? ¿Quién la va a educar? ¿Y cómo? Y tú, ¿de qué vas a vivir? ¿Y de qué van a vivir tus padres?

BERTA.—¿Y la fortuna de Juan?

RAQUEL.—¡Juan no deja fortuna alguna...! ¡Todo lo que hay aquí es mío! ¡Y si no lo sabías, ya lo sabes!

BERTA.—¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Ladrona!

RAQUEL.—Esas son palabras, y no sabes quién le ha robado a quién. Acaso la ladrona eres tú...; las ladronas sois vosotras, las de tu condición. Y no quiero que hagáis de mi Quelina, de mi hija, una ladrona como vosotras... Y ahora piénsalo bien con tus padres. Piensa si os conviene vivir como mendigos o en paz con la ladrona.

BERTA.—¿En paz?

RAQUEL.—¡A los ojos del mundo en paz!

*

Berta tuvo largas conversaciones con sus padres, los señores Lapeira, y los tres, con un abogado de mucha nota y reputación, informáronse del testamento de don Juan, en que aparecía no tener nada propio; del estado de su fortuna, toda ella en poder de Raquel, y al cabo aceptaron el compromiso. Los sostendría Raquel, a la que había, a cambio, que ceder la niña.

El único consuelo era que Berta volvería a ser madre y que Raquel consignaría un capitalito a nombre del hijo o hija póstuma del pobre don Juan. Pero ¿cómo se criaría esta desdichada criatura?

RAQUEL.—Si te vuelves a casar —le dijo Raquel a Berta— te dotaré. Piénsalo. No se está bien de viuda.

EL MARQUÉS DE LUMBRÍA

La casona solariega de los marqueses de Lumbría, el palacio, que es como se le llamaba en la adusta ciudad de Lorenza, parecía un arca de silenciosos recuerdos del misterio. A pesar de hallarse habitada, casi siempre permanecía con las ventanas y los balcones que daban al mundo cerrados. Su fachada, en la que se destacaba el gran escudo de armas del linaje de Lumbría, daba al Mediodía, a la gran plaza de la Catedral, y frente a la ponderosa y barroca fábrica de ésta; pero como el sol la bañaba casi todo el día, y en Lorenza apenas hay días nublados, todos sus huecos permanecían cerrados. Y ello porque el excelentísimo señor marqués de Lumbría, don Rodrigo Suárez de Tejada, tenía horror a la luz del sol y al aire libre. «El polvo de la calle y la luz del sol —solía decir— no hacen más que deslustrar los muebles y echar a perder las habitaciones, y luego, las moscas...» El marqués tenía verdadero horror a las moscas, que podían venir de un andrajoso mendigo, acaso de un tiñoso. El marqués temblaba ante posibles contagios de enfermedades plebeyas. Eran tan sucios los de Lorenza y su comarca...

Por la trasera daba la casona al enorme tajo escarpado que dominaba al río. Una manta de yedra cubría por aquella parte grandes lienzos del palacio. Y aunque la

yedra era abrigo de ratones y otras alimañas, el marqués la respetaba. Era una tradición de familia. Y en un balcón puesto allí, a la umbría, libre del sol y de sus moscas, solía el marqués ponerse a leer mientras le arrullaba el rumor del río, que gruñía en el congosto de su cauce, forcejeando con espumarajos por abrirse paso entre las rocas del tajo.

El excelentísimo señor marqués de Lumbría vivía con dos hijas, Carolina, la mayor, y Luisa, y con su segunda mujer, doña Vicenta, señora de brumoso seso, que cuando no estaba durmiendo estaba quejándose de todo, y en especial del ruido. Porque así como el marqués temía al sol, la marquesa temía al ruido, y mientras aquél se iba en las tardes de estío a leer en el balcón en sombra, entre yedra, al son del canto secular del río, la señora se quedaba en el salón delantero a echar la siesta sobre una vieja butaca de raso, a la que no había tocado el sol, y al arrullo del silencio de la plaza de la Catedral.

El marqués de Lumbría no tenía hijos varones, y ésta era la espina dolorosísima de su vida. Como que para tenerlos se había casado, a poco de enviudar con su mujer, con doña Vicenta, su señora, y la señora le había resultado estéril.

La vida del marqués transcurría tan monótona y cotidiana, tan consuetudinaria y ritual, como el gruñir del río en lo hondo del tajo o como los oficios litúrgicos del cabildo de la Catedral. Administraba sus fincas y dehesas, a las que iba en visita, siempre corta, de vez en cuando, y por la noche tenía su partida de tresillo con el penitenciario, consejero íntimo de la familia, un beneficiado y el registrador de la Propiedad. Llegaban a la misma hora, cruzaban la gran puerta, sobre la que se ostentaba la placa del Sagrado Corazón de Jesús con su

«Reinaré en España y con más veneración que en otras partes», sentábanse en derredor de la mesita —en invierno una camilla—, dispuesta ya, y al dar las diez, como por máquina de reloj, se iban alejando, aunque hubiera puestas, para el siguiente día. Entretanto, la marquesa dormitaba y las hijas del marqués hacían labores, leían libros de edificación —acaso otros obtenidos a hurtadillas— o reñían una con otra.

Porque como para matar el tedio que se corría desde el salón cerrado al sol y a las moscas, hasta los muros vestidos de yedra, Carolina y Luisa tenían que reñir. La mayor, Carolina, odiaba al sol, como su padre, y se mantenía rígida y observante de las tradiciones de la casa; mientras Luisa gustaba de cantar, de asomarse a las ventanas y los balcones y hasta de criar en éstos flores de tiesto, costumbre plebeya, según el marqués. «¿No tienes el jardín?», le decía éste a su hija, refiriéndose a un jardincillo anejo al palacio, pero al que rara vez bajaban sus habitantes. Pero ella, Luisa, quería tener tiestos en el balcón de su dormitorio, que daba a una calleja de la plaza de la Catedral, y regarlos, y con este pretexto asomarse a ver quién pasaba. «Qué mal gusto de atisbar lo que no nos importa...», decía el padre; y la hermana mayor, Carolina, añadía: «¡No, sino de andar a caza!» Y ya la tenían armada.

Y los asomos al balcón del dormitorio y el riego de las flores de tiestos dieron su fruto. Tristán Ibáñez del Gamonal, de una familia linajuda también y de las más tradicionales de la ciudad de Lorenza, se fijó en la hija segunda del marqués de Lumbría, a la que vio sonreír, con ojos como de violeta y boca como de geranio, por entre las flores del balcón de su dormitorio. Y ello fue que, al pasar un día Tristán por la calleja, se le vino

encima el agua del riego que rebosaba de los tiestos, y al exclamar Luisa: «¡Oh, perdone, Tristán!», éste sintió como si la voz doliente de una princesa presa en un castillo encantado le llamara a su socorro.

—Esas cosas, hija —le dijo su padre—, se hacen en forma y seriamente. ¡Chiquilladas, no!

—Pero ¿a qué viene eso, padre? —exclamó Luisa.

—Carolina te lo dirá.

Luisa se quedó mirando a su hermana mayor, y ésta dijo:

—No me parece, hermana, que nosotras, las hijas de los marqueses de Lumbría, hemos de andar haciendo las osas en cortejos y pelando la pava desde el balcón como las artesanas. ¿Para eso eran las flores?

—Que pida entrada ese joven —sentenció el padre—, y pues que, por mi parte, nada tengo que oponerle, todo se arreglará. ¿Y tú, Carolina?

—Yo —dijo ésta— tampoco me opongo.

Y se le hizo a Tristán entrar en la casa como pretendiente formal a la mano de Luisa. La señora tardó en enterarse de ello.

Y mientras transcurría la sesión de tresillo, la señora dormitaba en un rincón de la sala, y, junto a ella, Carolina y Luisa, haciendo labores de punto o de bolillos, cuchicheaban con Tristán, al cual procuraban no dejarle nunca solo con Luisa, sino siempre con las dos hermanas. En esto era vigilantísimo el padre. No le importaba, en cambio, que alguna vez recibiera a solas Carolina al que había de ser su cuñado, pues así le instruiría mejor en las tradiciones y costumbres de la casa.

*

Los contertulios tresillistas, la servidumbre de la casa y hasta los del pueblo, a quienes intrigaba el misterio de la casona, notaron que a poco de la admisión en ésta de Tristán como novio de la segundona del marqués, el ámbito espiritual de la hierática familia pareció espesarse y ensombrecerse. La taciturnidad del marqués se hizo mayor, la señora se quejaba más que nunca del ruido, y el ruido era menor que nunca. Porque las riñas y querellas entre las dos hermanas eran mayores y más enconadas que antes, pero más silenciosas. Cuando, al cruzarse en un pasillo, la una insultaba a la otra, o acaso la pellizcaba, hacíanlo como en susurro y ahogaban las quejas. Sólo una vez oyó Mariana, la vieja doncella, que Luisa gritaba: «Pues lo sabrá toda la ciudad, ¡sí, lo sabrá la ciudad toda! ¡Saldré al balcón de la plaza de la Catedral a gritárselo a todo el mundo!» «¡Calla!», gimió la voz del marqués, y luego una expresión tal, tan inaudita allí, que Mariana huyó despavorida de junto a la puerta donde escuchaba.

A los pocos días de esto, el marqués se fue de Lorenza, llevándose consigo a su hija mayor, Carolina. Y en los días que permaneció ausente, Tristán no pareció por la casa. Cuando regresó el marqués, solo, una noche se creyó obligado a dar alguna explicación a la tertulia del tresillo. «La pobre no está bien de salud —dijo mirando fijamente al penitenciario—; ello la lleva, ¡cosa de nervios!, a constantes disensiones, sin importancia, por supuesto, con su hermana, a quien, por lo demás, adora, y la he llevado a que se reponga.» Nadie le contestó nada.

Pocos días después, en familia, muy en familia, se celebraba el matrimonio entre Tristán Ibáñez del Gamonal y la hija segunda del excelentísimo señor marqués

de Lumbría. De fuera no asistieron más que la madre del novio y los tresillistas.

Tristán fue a vivir con su suegro, y el ámbito de la casona se espesó y entenebreció más aún. Las flores del balcón del dormitorio de la recién casada se ajaron por falta de cuidado; la señora se dormía más que antes, y el señor vagaba como un espectro, taciturno y cabizbajo, por el salón cerrado a la luz del sol de la calle. Sentía que se le iba la vida, y se agarraba a ella. Renunció al tresillo, lo que pareció su despedida del mundo, si es que en el mundo vivió. «No tengo ya la cabeza para el juego —le dijo a su confidente el penitenciario—; me distraigo a cada momento y el tresillo no me distrae ya; sólo me queda prepararme a bien morir.»

Un día, amaneció con un ataque de perlesía. Apenas si recordaba nada. Mas en cuanto fue recobrándose, parecía agarrarse con más desesperado tesón a la vida. «No, no puedo morir hasta ver cómo queda la cosa.» Y a su hija, que le llevaba la comida a la cama, le preguntaba ansioso: «¿Cómo va eso? ¿Tardará?» «Ya no mucho, padre.» «Pues no me voy, no debo irme, hasta recibir al nuevo marqués; porque tiene que ser varón, ¡un varón!; hace aquí falta un hombre, y si no es un Suárez de Tejada, será un Rodrigo y un marqués de Lumbría.» «Eso no depende de mí, padre...» «Pues eso más faltaba, hija —y le temblaba la voz al decirlo—, que después de habérsenos metido en casa ese... botarate, no nos diera un marqués... Era capaz de...» La pobre Luisa lloraba. Y Tristán parecía un reo y a la vez un sirviente.

La excitación del pobre señor llegó al colmo cuando supo que su hija estaba para librar. Temblaba todo él

con fiebre de expectativa. «Necesitaba más cuidado que la parturienta», dijo el médico.

—Cuando dé a luz Luisa —le dijo el marqués a su yerno—, si es hijo, si es marqués, tráemelo en seguida, que lo vea, para que pueda morir tranquilo; tráemelo tú mismo.

Al oír el marqués aquel grito, incorporóse en la cama y quedó mirando hacia la puerta del cuarto, acechando. Poco después entraba Tristán, compugido, trayendo bien arropado al niño. «¡Marqués!», gritó el anciano. «¡Sí!» Echó un poco el cuerpo hacia adelante a examinar al recién nacido, le dió un beso balbuciente y tembloroso, un beso de muerte, y sin mirar siquiera a su yerno se dejó caer pesadamente sobre la almohada y sin sentido. Y sin haberlo recobrado murióse dos días después.

Vistieron de luto, con un lienzo negro, el escudo de la fachada de la casona, y el negro del lienzo empezó desde luego a ajarse con el sol, que le daba de lleno durante casi todo el día. Y un aire de luto pareció caer sobre la casa toda, a la que no llevó alegría ninguna el niño.

La pobre Luisa, la madre, salió extenuada del parto. Empeñóse en un principio en criar a la criatura, pero tuvo que desistir de ello. «Pecho mercenario..., pecho mercenario...» Suspiraba. «¡Ahora, Tristán, a criar al marqués!», le repetía a su marido.

Tristán había caído en una tristeza indefinible y se sentía envejecer. «Soy como una dependencia de la casa, casi un mueble», se decía. Y desde la calleja solía contemplar el balcón del que fue dormitorio de Luisa, balcón ya sin tiestos de flores.

—Si volviésemos a poner flores en tu balcón, Luisa... —se atrevió a decirle una vez a su mujer.

—Aquí no hay más flor que el marqués —le contestó ella.

El pobre sufría con que a su hijo no se le llamase sino el marqués. Y huyendo de casa, dio en refugiarse en la Catedral. Otras veces salía, yéndose no se sabía adónde. Y lo que más le irritaba era que su mujer ni intentaba averiguarlo.

Luisa sentíase morir, que se le derretía gota a gota la vida. «Se me va la vida como un hilito de agua —decía—; siento que se me adelgaza la sangre; me zumba la cabeza, y si aún vivo, es porque me voy muriendo muy despacio... Y si lo siento, es por él, por mi marquesito, sólo por él... ¡Qué triste vida la de esta casa sin sol!... Yo creí que tú, Tristán, me hubieses traído sol, y libertad, y alegría; pero no, tú no me has traído más que al marquesito... ¡Tráemelo!» Y le cubría de besos lentos, temblorosos y febriles. Y a pesar de que se hablaran, entre marido y mujer se interponía una cortina de helado silencio. Nada decían de lo que más les atormentaba las mentes y los pechos.

Cuando Luisa sintió que el hilito de su vida iba a romperse, poniendo su mano fría sobre la frente del niño, de Rodriguín, le dijo al padre: «Cuida del marqués. ¡Sacrifícate al marqués! ¡Ah, y a ella dile que la perdono!» «¿Y a mí?», gimió Tristán. «¿A ti? ¡Tú no necesitas ser perdonado!» Palabras que cayeron como una terrible sentencia sobre el pobre hombre. Y poco después de oírlas se quedó viudo.

*

Viudo, joven, dueño de una considerable fortuna, la de su hijo el marqués, y preso en aquel lúgubre caserón

cerrado al sol, con recuerdos que siendo de muy pocos años le parecían ya viejísimos. Pasábase las horas muertas en un balcón de la trasera de la casona, entre la yedra, oyendo el zumbido del río. Poco después reanudaba las sesiones de tresillo. Y se pasaba largos ratos encerrado con el penitenciario, revisando, se decía, los papeles del difunto marqués y arreglando su testamentaría.

Pero lo que dio un día que hablar en toda la ciudad de Lorenza fue que, después de una ausencia de unos días, volvió Tristán a la casona con Carolina, su cuñada, y ahora su nueva mujer. ¿Pues no se decía que había entrado monja? ¿Dónde, y cómo vivió durante aquellos cuatro años?

Carolina volvió arrogante y con un aire de insólito desafío en la mirada. Lo primero que hizo al volver fue mandar quitar el lienzo de luto que cubría el escudo de la casa. «Que le da el sol —exclamó—, que le da el sol, y soy capaz de mandar embadurnarlo de miel para que se llene de moscas.» Luego mandó quitar la yedra. «Pero Carolina —suplicaba Tristán—, déjate de antiguallas!»

El niño, el marquesito, sintió, desde luego, en su nueva madre al enemigo. No se avino a llamarla mamá, y pesar de los ruegos de su padre; la llamó siempre tía. «¿Pero quién le ha dicho que soy su tía? —preguntó ella—. ¿Acaso Mariana?» «No lo sé, mujer, no lo sé —contestaba Tristán—; pero aquí, sin saber cómo, todo se sabe.» «¿Todo?» «Sí, todo; esta casa parece que lo dice todo...» «Pues callemos nosotros.»

La vida pareció adquirir dentro de la casona una recogida intensidad acerba. El matrimonio salía muy poco de su cuarto, en el que retenía Carolina a Tristán. Y en

tanto, el marquesito quedaba a merced de los criados y de un preceptor que iba a diario a enseñarle las primeras letras, y del penitenciario, que se cuidaba de educarle en religión.

Reanudóse la partida de tresillo; pero durante ella, Carolina, sentada junto a su marido, seguía las jugadas de éste y le guiaba en ellas. Y todos notaban que no hacía sino buscar ocasión de ponerle la mano sobre la mano, y que de continuo estaba apoyándose en su brazo.

Y al ir a dar las diez, le decía: «¡Tristán, ya es hora!» Y de casa no salía él sino con ella, que se le dejaba casi colgar del brazo y que iba barriendo la calle con una mirada de desafío.

*

El embarazo de Carolina fue penosísimo. Y parecía no desear al que iba a venir. Cuando hubo nacido, ni quiso verlo. Y al decirle que era una niña, que nació desmedrada y enteca, se limitó a contestar secamente: «¡Sí, nuestro castigo!» Y cuando poco después la pobre criatura empezó a morir, dijo la madre: «Para la vida que hubiese llevado...»

—Tú estás así muy solo —le dijo años después un día Carolina a su sobrino, el marquesito—; necesitas compañía y quien te estimule a estudiar, y así, tu padre y yo hemos decidido traer a casa a un sobrino, a uno que se ha quedado solo...

El niño, que ya a la sazón tenía diez años, y que era de una precocidad enfermiza y triste, quedóse pensativo.

Cuando vino el otro, el intruso, el huérfano, el marquesito se puso en guardia, y la ciudad toda de Lorenza no hizo sino comentar el extraordinario suceso. Todos creyeron que como Carolina no había logrado tener hi-

jos suyos, propios, traía el adoptivo, el intruso, para molestar y oprimir al otro, al de su hermana.

Los dos niños se miraron, desde luego, como enemigos, porque si imperioso era el uno, no lo era menos el otro. «Pues tú qué te crees —le decía Pedrito a Rodriguín, ¿que porque eres marqués vas a mandarme...? Y si me fastidias mucho, me voy y te dejo solo.» «Déjame solo, que es como quiero estar, y tú vuélvete adonde los tuyos.» Pero llegaba Carolina, y con un «¡niños!» los hacía mirarse en silencio.

—Tío —(que así le llamaba), fue diciéndole una vez Pedrito a Tristán—, yo me voy, yo me quiero ir, yo quiero volverme con mis tías; no le puedo resistir a Rodriguín; siempre me está echando en cara que yo estoy aquí para servirle y como de limosna.

—Ten paciencia, Pedrín, ten paciencia; ¿no la tengo yo? —y cogiéndole al niño la cabecita se la apretó a la boca y lloró sobre ella, lloró copiosa, lenta y silenciosamente.

Aquellas lágrimas las sentía el niño como un riego de piedad. Y sintió una profunda pena por el pobre hombre, por el pobre padre del marquesito.

La que no lloraba era Carolina.

*

Y sucedió que un día, estando marido y mujer muy arrimados en un sofá, cogidos de las manos y mirando al vacío penumbroso de la estancia, sintieron ruido de pendencia, y al punto entraron los niños, sudorosos y agitados. «¡Yo me voy! ¡Yo me voy!», gritaba Pedrito. «¡Vete, vete y no vuelvas a mi casa!», le contestaba Rodriguín. Pero cuando Carolina vio sangre en las narices

de Pedrito, saltó como una leona hacia él, gritando: «¡Hijo mío! ¡Hijo mío!» Y luego, volviéndose al marquesito, le escupió esta palabra: «¡Caín!»

—¿Caín? ¿Es acaso mi hermano? —preguntó abriendo cuanto pudo los ojos el marquesito.

Carolina vaciló un momento. Y luego, como apuñándose el corazón, dijo con voz ronca: «¡Pero es mi hijo!»

—¡Carolina! —gimió su marido.

—Sí —prosiguió el marquesito—, ya presumía yo que era su hijo, y por ahí lo dicen... Pero lo que no sabemos es quién sea su padre, ni si lo tiene.

Carolina se irguió de pronto. Sus ojos centelleaban y le temblaban los labios. Cogió a Pedrillo, a su hijo, lo apretó entre sus rodillas y, mirando duramente a su marido, exclamó:

—¿Su padre? Dile tú, el padre del marquesito, dile tú al hijo de Luisa, de mi hermana, dile tú al nieto de don Rodrigo Suárez de Tejada, marqués de Lumbría, dile quién es su padre. ¡Díselo! ¡Díselo!, que si no, se lo diré yo. ¡Díselo!

—¡Carolina! —suplicó llorando Tristán.

—¡Díselo! ¡Dile quién es el verdadero marqués de Lumbría!

—No hace falta que me lo diga —dijo el niño.

—Pues bien, sí: el marqués es éste, éste y no tú; éste, que nació antes que tú, y de mí, que era la mayorazga, y de tu padre, sí, de tu padre. Y el mío, por eso del escudo... Pero yo haré quitar el escudo, y abriré todos los balcones al sol, y haré que se le reconozca a mi hijo como quien es: como el marqués.

Luego, empezó a dar voces llamando a la servidumbre, y a la señora, que dormitaba, ya casi en la imbecilidad de la segunda infancia. Y cuando tuvo a todos de-

lante, mandó abrir los balcones de par en par, y a grandes voces se puso a decir con calma:

—Éste, éste es el marqués, éste es el verdadero marqués de Lumbría; éste es el mayorazgo. Éste es el que yo tuve de Tristán, de este mismo Tristán que ahora se esconde y llora, cuando él acababa de casarse con mi hermana, al mes de haberse ellos casado. Mi padre, el excelentísimo señor marqués de Lumbría, me sacrificó a sus principios, y acaso también mi hermana estaba comprometida como yo...

—¡Carolina! —gimió el marido.

—Cállate, hombre, que hoy hay que revelarlo todo. Tu hijo, vuestro hijo, ha arrancado sangre, ¡sangre azul! no, sino roja, y muy roja, de nuestro hijo, de mi hijo, del marqués...

—¡Qué ruido, por Dios! —se quejó la señora, acurrucándose en una butaca de un rincón.

—Y ahora —prosiguió Carolina dirigiéndose a los criados—, id y propalad el caso por toda la ciudad; decid en las plazuelas y en los patios y en las fuentes lo que me habéis oído; que lo sepan todos, que conozcan todos la mancha del escudo.

—Pero si toda la ciudad lo sabía ya... —susurró Mariana.

—¿Cómo? —gritó Carolina.

—Sí, señorita, sí; lo decían todos...

—Y para guardar un secreto que lo era a voces, para ocultar un enigma que no lo era para nadie, para cubrir unas apariencias falsas, ¿hemos vivido así, Tristán? ¡Miseria y nada más! Abrid esos balcones, que entre la luz, toda la luz y el polvo de la calle y las moscas, y mañana mismo se quitará el escudo. Y se pondrán tiestos de flores en todos los balcones, y se dará una fiesta invitan-

do al pueblo de la ciudad, al verdadero pueblo. Pero no; la fiesta se dará el día en que éste, mi hijo, vuestro hijo, el que el penitenciario llama hijo del pecado, cuando el verdadero pecado es el que hizo hijo al otro, el día en que éste sea reconocido como quien es y marqués de Lumbría.

Al pobre Rodriguín tuvieron que recogerle de un rincón de la sala. Estaba pálido y febril. Y negóse luego a ver ni a su padre ni a su hermano.

—Le meteremos en un colegio —sentenció Carolina.

*

En toda la ciudad de Lorenza no se hablaba luego sino de la entereza varonil con que Carolina llevaba adelante sus planes. Salía a diario, llevando del brazo y como a un prisionero a su marido, y de la mano al hijo de su mocedad. Mantenía abiertos de par en par los balcones todos de la casona, y el sol ajaba el raso de los sillones y hasta daba en los retratos de los antepasados. Recibía todas las noches a los tertulianos del tresillo, que no se atrevieron a negarse a sus invitaciones, y era ella misma la que, teniendo al lado a su Tristán, jugaba con las cartas de éste. Y le acariciaba delante de los tertulianos, y dándole golpecitos en la mejilla, le decía: «¡Pero qué pobre hombre eres, Tristán!» Y luego a los otros: «¡Mi pobre maridito no sabe jugar solo!» Y cuando se habían ellos ido, le decía a él: «¡La lástima es, Tristán, que no tengamos más hijos... después de aquella pobre niña... aquélla sí que era hija del pecado, aquélla y no nuestro Pedrín...; pero ahora, a criar a éste, al marqués!»

Hizo que su marido lo reconociera como suyo, engendrado antes de él, su padre, haberse casado, y empezó a

gestionar para su hijo, para su Pedrín, la sucesión del título. El otro, en tanto, Rodriguín, se consumía de rabia y de tristeza en un colegio.

—Lo mejor sería —decía Carolina— que le entre la vocación religiosa; ¿no la has sentido tú nunca, Tristán? Porque me parece que más naciste tú para fraile que para otra cosa...

—Y que lo digas tú, Carolina... —se atrevió a insinuar suplicante su marido.

—¡Sí, yo; lo digo yo, Tristán! Y no quieras envanecerte de lo que pasó, y que el penitenciario llama nuestro pecado, y mi padre, el marqués, la mancha de nuestro escudo. ¿Nuestro pecado? ¡El tuyo, no, Tristán; el tuyo, no! ¡Fui yo quien te seduje, yo! Ella, la de los geranios, la que te regó el sombrero, el sombrero, y no la cabeza, con el agua de sus tiestos, ella le trajo acá, a la casona; pero quien te ganó fui yo. ¡Recuérdalo! Yo quise ser la madre del marqués. Sólo que no contaba con el otro. Y el otro era fuerte, más fuerte que yo. Quise que te rebelaras, y tú no supiste, no pudiste rebelarte...

—Pero Carolina...

—Sí, sí, sé bien todo lo que hubo; lo sé. Tu carne ha sido siempre muy flaca. Y tu pecado fue el dejarte casar con ella; ése fue tu pecado. ¡Y lo que me hicisteis sufrir! Pero yo sabía que mi hermana, que Luisa, no podría resistir a su traición y a tu ignominia. Y esperé. Esperé pacientemente y criando a mi hijo. Y ¡lo que es criarlo cuando media entre los dos un terrible secreto! ¡Le he criado para la venganza! Y a ti, a su padre...

—Sí, que me despreciará...

—¡No, despreciarte, no! ¿Te desprecio yo acaso?

—¿Pues qué otra cosa?

—¡Te compadezco! Tú despertaste mi carne y con ella

mi orgullo de mayorazga. Como nadie se podría dirigir a mí sino en forma y por medio de mi padre..., como yo no iba a asomarme como mi hermana al balcón, a sonreír a la calle..., como aquí no entraban más hombres que patanes de campo o esos del tresillo, patanes también de coro... Y cuando entraste aquí te hice sentir que la mujer era yo, yo, y no mi hermana... ¿Quieres que te recuerde la caída?

—¡No, por Dios, Carolina, no!

—Sí, mejor es que no te la recuerde. Y eres el hombre caído. ¿Ves cómo te decía que naciste para fraile? Pero no, no, tú naciste para que yo fuese la madre del marqués de Lumbría, de don Pedro Ibáñez del Gamonal y Suárez de Tejada. De quien haré un hombre. Y le mandaré labrar un escudo nuevo, de bronce, y no de piedra. Porque he hecho quitar el de piedra para poner en su lugar otro de bronce. Y en él una mancha roja, de rojo de sangre, de sangre roja, de sangre roja como la que su hermano, su medio hermano, tu otro hijo, el hijo de la traición y del pecado le arrancó de la cara, roja como mi sangre, como la sangre que también me hiciste sangrar tú... No te aflijas —y al decir esto le puso la mano sobre la cabeza—, no te acongojes, Tristán, mi hombre... Y mira ahí, mira el retrato de mi padre, y dime tú, que le viste morir, qué diría si viese a su otro nieto, al marqués... ¡Con que te hizo que le llevaras a tu hijo, al hijo de Luisa! Pondré en el escudo de bronce un rubí, y el rubí chispeará al sol. ¿Pues qué creíais, que no había sangre, sangre roja, roja y no azul, en esta casa? Y ahora, Tristán, en cuanto dejemos dormido a nuestro hijo, el marqués de sangre roja, vamos a acostarnos.

Tristán inclinó la cabeza bajo un peso de siglos.

NADA MENOS QUE TODO UN HOMBRE

La fama de la hermosura de Julia estaba esparcida por toda la comarca que ceñía a la vieja ciudad de Renada; era Julia algo así como su belleza oficial, o como un monumento más, pero viviente y fresco, entre los tesoros arquitectónicos de la capital. «Voy a Renada —decían algunos— a ver la Catedral y a ver a Julia Yáñez.» Había en los ojos de la hermosa como un agüero de tragedia. Su porte inquietaba a cuantos la miraban. Los viejos se entristecían al verla pasar, arrastrando tras sí las miradas de todos, y los mozos se dormían aquella noche más tarde. Y ella, consciente de su poder, sentía sobre sí la pesadumbre de un porvenir fatal. Una voz muy recóndita, escapada de lo más profundo de su conciencia, parecía decirle: «¡Tu hermosura te perderá!» Y se distraía para no oírla.

El padre de la hermosura regional, don Victorino Yáñez, sujeto de muy brumosos antecedentes morales, tenía puestas en la hija todas sus últimas y definitivas esperanzas de redención económica. Era agente de negocios, y éstos le iban de mal en peor. Su último y supremo negocio, la última carta que le quedaba por jugar, era la hija. Tenía también un hijo; pero era cosa perdida, y hacía tiempo que ignoraba su paredero.

—Ya no nos queda más que Julia —solía decirle a su mujer—; todo depende de cómo se nos case o de cómo la casemos. Si hace una tontería, y me temo que la haga, estamos perdidos.

¿Y a qué le llamas hacer una tontería?

—Ya saliste tú con otra. Cuando digo que apenas si tienes sentido común, Anacleta...

—¡Y qué le voy a hacer, Victorino! Ilústrame tú, que eres aquí el único de algún talento...

—Pues lo que aquí hace falta, ya te lo he dicho cien veces, es que vigiles a Julia y le impidas que ande con esos noviazgos estúpidos, en que pierden el tiempo, las proporciones y hasta la salud las renatenses todas. No quiero nada de reja, nada de pelar la pava; nada de novios estudiantillos.

—¿Y qué le voy a hacer?

—¿Qué le vas a hacer? Hacerla comprender que el porvenir y el bienestar de todos nosotros, de ti y mío, y la honra, acaso, ¿lo entiendes...?

—Sí, lo entiendo.

—¡No, no lo entiendes! La honra, ¿lo oyes?, la honra de la familia depende de su casamiento. Es menester que se haga valer.

—¡Pobrecilla!

—¿Pobrecilla? Lo que hace falta es que no empiece a echarse novios absurdos, y que no lea esas novelas disparatadas que lee y que no hacen sino levantarle los cascos y llenarle la cabeza de humo.

—¡Pero y qué quieres que haga...!

—Pensar con juicio, y darse cuenta de lo que tiene con su hermosura, y saber aprovecharla.

—Pues yo, a su edad...

—¡Vamos, Anacleta, no digas más necedades! No

abres la boca más que para decir majaderías. Tú, a su edad... Tú, a su edad... Mira que te conocí entonces...

—Sí, por desgracia...

Y separábanse los padres de la hermosura para recomenzar al siguiente día una conversación parecida.

Y la pobre Julia sufría, comprendiendo toda la hórrida hondura de los cálculos de su padre. «Me quiere vender —se decía—, para salvar sus negocios comprometidos; para salvarse acaso del presidio.» Y así era.

Y por instinto de rebelión, aceptó Julia al primer novio.

—Mira, por Dios, hija mía —le dijo su madre—, que ya sé lo que hay, y le he visto rondando la casa y hacerte señas, y sé que recibiste una carta suya, y que le contestaste...

—¿Y qué voy a hacer, mamá? ¿Vivir como una esclava, prisionera, hasta que venga el sultán a quien papá me venda?

—No digas esas cosas, hija mía...

—¿No he de poder tener un novio, como le tienen las demás?

—Sí, pero un novio formal.

—¿Y cómo se va a saber si es formal o no? Lo primero es empezar. Para llegar a quererse, hay que tratarse antes.

—Quererse..., quererse...

—Vamos, sí, que debo esperar al comprador.

—Ni contigo ni con tu padre se puede. Así sois los Yáñez. ¡Ay, el día que me casé!

—Es lo que yo no quiero tener que decir un día.

Y la madre, entonces, la dejaba. Y ella, Julia, se atrevió, afrontando todo, a bajar a hablar con el primer novio a una ventana del piso bajo, en una especie de lonja.

«Si mi padre nos sorprende así —pensaba—, es capaz de cualquier barbaridad conmigo. Pero, mejor, así se sabrá que soy una víctima, que quiere especular con mi hermosura.» Bajó a la ventana, y en aquella primera entrevista le contó a Enrique, un incipiente tenorio renatense, todas las lóbregas miserias morales de su hogar. Venía a salvarla, a redimirla. Y Enrique sintió, a pesar de su embobecimiento por la hermosa, que le abatían los bríos. «A esta mocita —se dijo él— le da por lo trágico; lee novelas sentimentales.» Y una vez que logró que se supiera en todo Renada cómo la consagrada hermosura regional le había admitido a su ventana, buscó el medio de desentenderse del compromiso. Bien pronto lo encontró. Porque una mañana bajó Julia descompuesta, con los espléndidos ojos enrojecidos, y le dijo:

—¡Ay, Enrique!; esto no se puede ya tolerar; esto no es casa ni familia: esto es un infierno. Mi padre se ha enterado de nuestras relaciones, y está furioso. ¡Figúrate que anoche, porque me defendí, llegó a pegarme!

—¡Qué bárbaro!

—No lo sabes bien. Y dijo que te ibas a ver con él...

—¡A ver, que venga! Pues no faltaba más.

Mas por lo bajo se dijo: «Hay que acabar con esto, porque ese ogro es capaz de cualquier atrocidad si ve que le van a quitar su tesoro; y como yo no puedo sacarle de trampas...»

—Di, Enrique, ¿tú me quieres?

—¡Vaya una pregunta ahora...!

—Contesta, ¿me quieres?

—¡Con toda el alma y con todo el cuerpo, nena!

—¿Pero de veras?

—¡Y tan de veras!

—¿Estás dispuesto a todo por mí?

—¡A todo, sí!

—Pues bien, róbame, llévame. Tenemos que escaparnos; pero muy lejos, muy lejos, adonde no pueda llegar mi padre.

—¡Repórtate, chiquillà!

—¡No, no, róbame; si me quieres, róbame! ¡Róbale a mi padre su tesoro, y que no pueda venderlo! ¡No quiero ser vendida: quiero ser robada! ¡Róbame!

Y se pusieron a concertar la huida.

Pero al siguiente día, el fijado para la fuga, y cuando Julia tenía preparado su hatito de ropa, y hasta avisado secretamente el coche, Enrique no compareció. «¡Cobarde, más que cobarde! ¡Vil, más que vil! —se decía la pobre Julia, echada sobre la cama y mordiendo de rabia la almohada—. ¡Y decía quererme! No, no me quería a mí; quería mi hermosura. ¡Y ni esto! Lo que quería es jactarse ante toda Renada de que yo, Julia Yáñez, ¡nada menos que yo!, le había aceptado por novio. Y ahora irá diciendo cómo le propuse la fuga. ¡Vil, vil, vil! ¡Vil como mi padre; vil como hombre!» Y cayó en mayor desesperación.

—Ya veo, hija mía —le dijo su madre—, que eso ha acabado, y doy gracias a Dios por ello. Pero mira, tiene razón tu padre: si sigues así, no harás más que desacreditarte.

—¿Si sigo cómo?

—Así, admitiendo al primero que te solicite. Adquirirás fama de coqueta y...

—Y mejor, madre, mejor. Así acudirán más. Sobre todo, mientras no pierda lo que Dios me ha dado.

—¡Ay, ay! De la casta de tu padre, hija.

Y, en efecto, poco después admitía a otro pretendiente a novio. Al cual le hizo las mismas confidencias, y le

alarmó lo mismo que a Enrique. Sólo que Pedro era de más recio corazón. Y por los mismos pasos contados llegó a proponerle lo de la fuga.

—Mira, Julia —le dijo Pedro—, yo no me opongo a que nos fuguemos; es más, estoy encantado con ello, ¡figúrate tú! Pero y después que nos hayamos fugado, ¿adónde vamos, qué hacemos?

—¡Eso se verá!

—¡No, eso se verá, no! Hay que verlo ahora. Yo, hoy por hoy, y durante algún tiempo, no tengo de qué mantenerte; en mi casa sé que no nos admitirían; ¡y en cuanto a tu padre...! De modo que, dime, ¿qué hacemos después de la fuga?

—¿Qué? ¿No vas a volverte atrás?

—¿Qué hacemos?

—¿No vas a acobardarte?

—¿Qué hacemos, di?

—Pues... ¡suicidarnos!

—¡Tú estás loca, Julia!

—Loca, sí; loca de desesperación, loca de asco, loca de horror a este padre que me quiere vender... Y si tú estuvieses loco, loco de amor por mí, te sucidarías conmigo.

—Pero advierte, Julia, que tú quieres que esté loco de amor por ti para suicidarme contigo, y no dices que te suicidarás conmigo por estar loca de amor por mí, sino loca de asco a tu padre y a tu casa. ¡No es lo mismo!

—¡Ah! ¡Qué bien discurres! ¡El amor no discurre!

Y rompieron también sus relaciones. Y Julia se decía: «Tampoco éste me quería a mí, tampoco éste. Se enamoran de mi hermosura, no de mí. ¡Yo doy cartel!» Y lloraba amargamente.

—¿Ves, hija mía —le dijo su madre—: no lo decía? ¡Ya va otro!

—E irán cien, mamá; ciento, sí, hasta que encuentre el mío, el que me liberte de vosotros. ¡Querer venderme!

—Eso díselo a tu padre.

Y se fue doña Anacleta a llorar a su cuarto, a solas.

—Mira, hija mía —le dijo, al fin, a Julia su padre—, he dejado pasar eso de tus dos novios, y no he tomado las medidas que debiera; pero te advierto que no voy a tolerar más tonterías de esas. Conque ya lo sabes.

—¡Pues hay más! —exclamó la hija con amarga sorna y mirando a los ojos de su padre en son de desafío.

—¿Y qué hay? —preguntó éste, amenazador.

—Hay... ¡que me ha salido otro novio!

—¿Otro? ¿Quién?

—¿Quién? ¿A que no aciertas quién?

—Vamos, no te burles, y acaba, que me estás haciendo perder la paciencia.

—Pues nada menos que don Alberto Menéndez de Cabuérniga.

—¡Qué barbaridad! —exclamó la madre. Don Victorino palideció, sin decir nada. Don Alberto Menéndez de Cabuérniga era un riquísimo hacendado, disoluto, caprichoso en punto a mujeres, de quien se decía que no reparaba en gastos para conseguirlas; casado, y separado de su mujer. Había casado ya a dos, dotándolas espléndidamente.

—¿Y qué dices a eso, padre? ¿Te callas?

—¡Que estás loca!

—No, no estoy loca ni veo visiones. Pasea la calle, ronda la casa. ¿Le digo que se entienda contigo?

—Me voy, porque si no, esto acaba mal.

Y levantándose, el padre se fue de casa.

—¡Pero, hija mía, hija mía!

—Te digo madre, que esto ya no le parece mal; te digo que era capaz de venderme a don Alberto.

La voluntad de la pobre muchacha se iba quebrantando. Comprendía que hasta una venta sería una redención. Lo esencial era salir de casa, huir de su padre, fuese como fuese.

*

Por entonces compró una dehesa en las cercanías de Renada —una de las más ricas y espaciosas dehesas— un indiano, Alejandro Gómez. Nadie sabía bien de su origen, nadie de sus antecedentes, nadie le oyó hablar nunca ni de sus padres, ni de sus parientes, ni de su pueblo, ni de su niñez. Sabíase sólo que, siendo muy niño, había sido llevado por sus padres a Cuba, primero, y a Méjico, después, y que allí ignorábase cómo había fraguado una enorme fortuna, una fortuna fabulosa —hablábase de varios millones de duros—, antes de cumplir los treinta y cuatro años, en que volvió a España, resuelto a afincarse en ella. Decíase que era viudo y sin hijos, que corrían respecto a él las más fantásticas leyendas. Los que le trataban teníanle por hombre ambicioso y de vastos proyectos, muy voluntarioso, y muy tozudo, y muy reconcentrado. Alardeaba de plebeyo.

—Con dinero se va a todas partes —solía decir.

—No siempre, ni todos —le replicaban.

—¡Todos, no; pero los que han sabido hacerlo, sí! Un señoritingo de esos que lo han heredado, un condesito o duquesín de alfeñique, no, no va a ninguna parte, por muchos millones que tenga; ¿pero yo? ¿Yo? ¿Yo, que he sabido hacerlo por mí mismo, a puño? ¿Yo?

¡Y había que oír cómo pronunciaba «yo»! En esta afirmación personal se ponía el hombre todo.

—Nada que de veras me haya propuesto he dejado de conseguir. ¡Y si quiero, llegaré a ministro! Lo que hay es que yo no lo quiero.

*

A Alejandro le hablaron de Julia, la hermosura monumental de Renada. «¡Hay que ver eso!» —se dijo—. Y luego que la vio: «¡Hay que conseguirla!»

—¿Sabes, padre —le dijo un día al suyo Julia—, que ese fabuloso Alejandro, ya sabes, no se habla más que de él hace algún tiempo... el que ha comprado Carbajedo...?

—¡Sí, sí, sé quién es! ¿Y qué?

—¿Sabes que también ése me ronda?

—¿Es que quieres burlate de mí, Julia?

—No, no me burlo, va en serio; me ronda.

—¡Te digo que no te burles...!

—¡Ahí tienes su carta!

Y sacó del seno una, que echó a la cara de su padre.

—¿Y qué piensas hacer? —le dijo éste.

—¡Pues qué he de hacer...! ¡Decirle que se vea contigo y que convengáis el precio!

Don Victorino atravesó con una mirada a su hija y se salió sin decirle palabra. Y hubo unos días de lóbrego silencio y de calladas cóleras en la casa. Julia había escrito a su nuevo pretendiente una carta contestación henchida de sarcasmos y de desdenes, y poco después recibía otra con estas palabras, trazadas por mano ruda y en letras grandes, angulosas y claras: «Usted acabará siendo mía. Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se

propone.» Y al leerlo, se dijo Julia: «¡Éste es un hombre! ¿Será mi redentor? ¿Seré yo su redentora?» A los pocos días de esta segunda carta llamó don Victorino a su hija, se encerró con ella y casi de rodillas y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Mira, hija mía, todo depende ahora de tu resolución: nuestro porvenir y mi honra. Si no aceptas a Alejandro, dentro de poco no podré ya encubrir mi ruina y mis trampas, y hasta mis...

—No lo digas.

—No, no podré encubrirlo. Se acaban los plazos. Y me echarán a presidio. Hasta hoy he logrado parar el golpe... ¡por ti! ¡Invocando tu nombre! Tu hermosura ha sido mi escudo. «Pobre chica», se decían.

—¿Y si le acepto?

—Pues bien; voy a decirte la verdad toda. Ha sabido mi situación, se ha enterado de todo, y ahora estoy ya libre y respiro, gracias a él. Ha pagado todas mis trampas; ha liberado mis...

—Sí, lo sé, no lo digas. ¿Y ahora?

—Que dependo de él, que dependemos de él, que vivo a sus expensas, que vives tú misma a sus expensas.

—Es decir, ¿que me has vendido ya?

—No, nos ha comprado.

—¿De modo que, quieras que no, soy ya suya?

—¡No, no exige eso; no pide nada, no exige nada!

—¡Qué generoso!

—¡Julia!

—Sí, sí, lo he comprendido todo. Dile que, por mí, puede venir cuando quiera.

Y tembló después de decirlo. ¿Quién había dicho esto? ¿Era ella? No; era más bien otra que llevaba dentro y la tiranizaba.

—¡Gracias, hija mía, gracias!

El padre se levantó para ir a besar a su hija; pero ésta, rechazándole, exclamó:

—¡No, no me manches!

—Pero hija.

—¡Vete a besar tus papeles! O mejor, las cenizas de aquellos que te hubiesen echado a presidio.

*

—¿No le dije yo a usted, Julia, que Alejandro Gómez sabe conseguir todo lo que se propone? ¿Venirme con aquellas cosas a mí? ¿A mí?

Tales fueron las primeras palabras con que el joven indiano potentado se presentó a la hija de don Victorino, en la casa de ésta. Y la muchacha tembló ante aquellas palabras, sintiéndose, por primera vez en su vida, ante un hombre. Y el hombre se le ofreció más rendido y menos grosero que ella esperaba.

A la tercera visita, los padres los dejaron solos. Julia temblaba. Alejandro callaba. Temblor y silencio se prolongaron un rato.

—Parece que está usted mala, Julia —dijo él.

—¡No, no; estoy bien!

—Entonces, ¿por qué tiembla así?

—Algo de frío acaso...

—No, sino miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué?

—¡Miedo... a mí!

—¿Y por qué he de tenerle miedo?

—¡Sí, me tiene miedo!

Y el miedo reventó deshaciéndose en llanto. Julia llo-

raba desde lo más hondo de las entrañas, lloraba con el corazón. Los sollozos le agarrotaban, faltábale el respiro.

—¿Es que soy algún ogro? —susurró Alejandro.

—¡Me han vendido! ¡Me han vendido! ¡Han traficado con mi hermosura! ¡Me han vendido!

—¿Y quién dice eso?

—¡Yo, lo digo yo! ¡Pero no, no seré de usted... sino muerta!

—Serás mía, Julia, serás mía... ¡Y me querrás! ¿Vas a no quererme a mí? ¿A mí? ¡Pues no faltaba más!

Y hubo en aquel *a mí* un acento tal, que se le cortó a Julia la fuente de las lágrimas, y cómo que se le paró el corazón. Miró entonces a aquel hombre, mientras una voz le decía: «¡Éste es un hombre!»

—¡Puede usted hacer de mí lo que quiera!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, insistiendo en seguir tuteándola.

—No sé... No sé lo que me digo...

—¿Qué es eso de que puedo hacer de ti lo que quiera?

—Sí, que puede...

—Pero es que lo que yo —y este *yo* resonaba triunfador y pleno— quiero es hacerte mi mujer.

A Julia se le escapó un grito, y con los grandes ojos hermosísimos irradiando asombro, se quedó mirando al hombre, que sonreía y se decía: «Voy a tener la mujer más hermosa de España.»

—¿Pues qué creías...?

—Yo creí..., yo creí...

Y volvió a romper el pecho en lágrimas ahogantes. Sintió luego unos labios sobre sus labios y una voz que le decía:

—Sí, mi mujer, la mía..., mía..., mía... ¡Mi mujer

legítima, claro está! ¡La ley sancionará mi voluntad! ¡O mi voluntad la ley!

—¡Sí... tuya!

Estaba rendida. Y se concertó la boda.

*

—¿Qué tenía aquel hombre rudo y hermético que, a la vez que le daba miedo, se le imponía? Y, lo que era más terrible, le imponía una especie de extraño amor. Porque ella, Julia, no quería querer a aquel aventurero, que se había propuesto tener por mujer a una de las más hermosas y hacer que luciera sus millones; pero, sin querer quererle, sentíase rendida a una sumisión que era una forma de enamoramiento. Era algo así como el amor que debe encenderse en el pecho de una cautiva para con un arrogante conquistador. ¡No la había comprado, no! Habíala conquistado.

«Pero él —se decía Julia—, ¿me quiere de veras? ¿Me quiere a mí? ¿A mí?, como suele decir él. ¡Y cómo lo dice! ¡Cómo pronuncia *yo!* ¿Me quiere a mí, o es que no busca sino lucir mi hermosura? ¿Seré para él algo más que un mueble costosísimo y rarísimo? ¿Estará de veras enamorado de mí? ¿No se saciará pronto de mi encanto? De todos modos, va a ser mi marido, y voy a verme libre de este maldito hogar, libre de mi padre. ¡Porque no vivirá con nosotros, no! Le pasaremos una pensión, y que siga insultando a mi pobre madre, y que se enrede con las criadas. Evitaremos que vuelva a entramparse. ¡Y seré rica, muy rica, inmensamente rica!»

Mas esto no la satisfacía del todo. Sabíase envidiada por las renatenses, y que hablaban de su suerte loca, y de que su hermosura le había producido cuanto podía

producirla. Pero, ¿la quería aquel hombre? ¿La quería de veras? «Yo he de conquistar su amor —decíase—. Necesito que me quiera de veras; no puedo ser su mujer sin que me quiera, pues eso sería la peor forma de venderse. ¿Pero es que yo le quiero?» Y ante él sentíase sobrecogida, mientras una voz misteriosa, brotada de lo más hondo de sus entrañas le decía: «¡Éste es un hombre!» Cada vez que Alejandro decía *yo*, ella temblaba. Y temblaba de amor, aunque creyese otra cosa o lo ignorase.

*

Se casaron y fuéronse a vivir a la corte. Las relaciones y amistades de Alejandro eran merced a su fortuna, muchas, pero algo extrañas. Los más de los que frecuentaban su casa, aristócratas de blasón no pocos, antojábasele a Julia que debían ser deudores de su marido, que daba dinero a préstamos con sólidas hipotecas. Pero nada sabía de los negocios de él ni éste le hablaba nunca de ellos. A ella no le faltaba nada; podía satisfacer hasta sus menores caprichos; pero le faltaba lo que más podía faltarle. No ya el amor de aquel hombre a quien se sentía subyugada y como por él hechizada, sino la certidumbre de aquel amor. «¿Me quiere, o no me quiere? —se preguntaba—. Me colma de atenciones, me trata con el mayor respeto, aunque algo como a una criatura voluntariosa; hasta me mima; ¿pero me quiere?» Y era inútil querer hablar de amor, de cariño, con aquel hombre.

—Solamente los tontos hablan esas cosas —solía decir Alejandro—. «Encanto..., rica..., hermosa..., querida...» ¿Yo? ¿Yo esas cosas? ¿Con esas cosas a mí?

¿A mí? Ésas son cosas de novelas. Y ya sé que a ti te gustaba leerlas.

—Y me gusta todavía.

—Pues lee cuantas quieras. Mira, si te empeñas, hago construir en ese solar que hay ahí al lado un gran pabellón para biblioteca y te la lleno de todas las novelas que se han escrito desde Adán acá.

—¡Qué cosas dices...!

Vestía Alejandro de la manera más humilde y más borrosa posible. No era tan sólo que buscase pasar, por el traje, inadvertido: era que afectaba cierta ordinariez plebeya. Le costaba cambiar de vestidos, encariñándose con los que llevaba. Diríase que el día mismo en que estrenaba un traje se frotaba con él en las paredes para que pareciese viejo. En cambio, insistía en que ella, su mujer, se vistiese con la mayor elegancia posible y del modo que más hiciese resaltar su natural hermosura. No era nada tacaño en pagar; pero lo que mejor y más a gusto pagaba, eran las cuentas de modistos y modistas, eran los trapos para su Julia.

Complacíase en llevarla a su lado y que resaltara la diferencia de vestido y porte entre uno y otra. Recreábase en que las gentes se quedasen mirando a su mujer, y si ella, a su vez, coqueteando, provocaba esas miradas, o no lo advertía él, o más bien fingía no advertirlo. Parecía ir diciendo a aquellos que la miraban con codicia de la carne: «¿Os gusta, eh? Pues me alegro; pero es mía, y sólo mía; conque... ¡rabiad!» Y ella, adivinando este sentimiento, se decía: «¿Pero me quiere o no me quiere este hombre?» Porque siempre pensaba en él como en *este hombre* como en su *hombre*. O mejor, el hombre de quien era ella, el amo. Y poco a poco se le iba for-

mando alma de esclava de harén, de esclava favorita, de única esclava; pero de esclava al fin.

Intimidad entre ellos, ninguna. No se percataba de qué era lo que pudiese interesar a su señor marido. Alguna vez se atrevió ella a preguntarle por su familia.

—¿Familia? —dijo Alejandro—. Yo no tengo hoy más familia que tú, ni me importa. Mi familia soy yo, yo y tú, que eres mía.

—¿Pero y tus padres?

—Haz cuenta de que no los he tenido. Mi familia empieza en mí. Yo me he hecho solo.

—Otra cosa querría preguntarte, Alejandro, pero no me atrevo...

—¿Que no te atreves? ¿Es que te voy a comer? ¿Es que me he ofendido nunca de nada de lo que hayas dicho?

—No, nunca, no tengo queja...

—¡Pues no faltaba más!

—No, no tengo queja; pero...

—Bueno pregunta y acabemos.

—No, no te lo pregunto.

—¡Pregúntamelo!

Y de tal modo lo dijo, con tan redondo egoísmo, que ella, temblando de aquel modo, que era, a la vez que miedo, amor, amor rendido de esclava favorita, le dijo:

—Pues bueno, dime: ¿tú eres viudo...?

Pasó como una sombra un leve fruncimiento de entrecejo por la frente de Alejandro, que respondió:

—Sí, soy viudo.

—¿Y tu primera mujer?

—A ti te han contado algo...

—No; pero...

—A ti han contado algo, di.

—Pues sí, he oído algo...

—¿Y lo has creído?

—No..., no lo he creído.

—Claro, no podrías, no debías creerlo.

—No, no lo he creído.

—Es natural. Quien me quiere como me quieres tú, quien es tan mía como tú lo eres, no puede creer esas patrañas.

—Claro que te quiero... —y al decirlo esperaba a provocar una confesión recíproca de cariño.

—Bueno, ya te he dicho que no me gustan frases de novelas sentimentales. Cuanto menos se diga que se le quiere a uno, mejor.

Y, después de una breve pausa, continuó:

—A ti te han dicho que me casé en Méjico, siendo yo un mozo, con una mujer inmensamente rica y mucho mayor que yo, con una vieja millonaria, y que la obligué a que me hiciese su heredero y la maté luego. ¿No te han dicho eso?

—Sí, eso me han dicho.

—¿Y lo creíste?

—No, no lo creí. No pude creer que matases a tu mujer.

—Veo que tienes aún mejor juicio que yo creía. ¿Cómo iba a matar a mi mujer, a una cosa mía?

¿Qué es lo que hizo temblar a la pobre Julia al oír esto? Ella no se dio cuenta del origen de su temblor; pero fue la palabra *cosa* aplicada por su marido a su primera mujer.

—Habría sido una absoluta necedad —prosiguió Alejandro—. ¿Para qué? ¿Para heredarla? ¡Pero si yo disfrutaba de su fortuna lo mismo que disfruto hoy de ella!

¡Matar a la propia mujer! ¡No hay razón ninguna para matar a la propia mujer!

—Ha habido maridos, sin embargo, que han matado a sus mujeres se atrevió a decir Julia.

—¿Por qué?

—Por celos, o porque les faltaron ellas...

—¡Bah, bah, bah! Los celos son cosas de estúpidos. Sólo los estúpidos pueden ser celosos, porque sólo a ellos les puede faltar su mujer. ¿Pero a mí? ¿A mí? A mí no me puede faltar mi mujer. ¡No pudo faltarme aquélla, no me puedes faltar tú!

—No digas esas cosas. Hablemos de otras.

—¿Por qué?

—Me duele oírte hablar así. ¡Como si me hubiese pasado por la imaginación, ni en sueños, faltarte...!

—Lo sé, lo sé sin que me lo digas; sé que no me faltarás nunca.

—¡Claro!

—Que no puedes faltarme. ¿A mí? ¿Mi mujer? ¡Imposible! Y en cuanto a la otra, a la primera, se murió ella sin que yo la matara.

Fue una de las veces en que Alejandro habló más a su mujer. Y ésta quedóse pensativa y temblorosa. ¿La quería, sí o no, aquel hombre?

*

¡Pobre Julia! Era terrible aquel su nuevo hogar; tan terrible como el de su padre. Era libre, absolutamente libre; podía hacer en él lo que se le antojase, salir y entrar, recibir a las amigas y aun amigos que prefiriera. ¿Pero la quería, o no, su amo y señor? La incertidum-

bre del amor del hombre la tenía como presa en aquel dorado y espléndido calabozo de puerta abierta.

Un rayo de sol naciente entró en las tempestuosas tinieblas de su alma esclava cuando se supo encinta de aquel su señor marido. «Ahora sabré si me quiere o no», se dijo.

Cuando le anunció la buena nueva, exclamó aquél:

Lo esperaba. Ya tengo un heredero y a quien hacer un hombre, otro hombre como yo. Le esperaba.

—¿Y si no hubiera venido? —preguntó ella.

—¡Imposible! Tenía que venir. ¡Tenía que tener un hijo yo, yo!

—Pues hay muchos que se casan y no lo tienen...

—Otros, sí. ¡Pero yo no! Yo tenía que tener un hijo.

—¿Y por qué?

—Porque tú no podías no habérmelo dado.

Y vino el hijo; pero el padre continuó tan hermético. Sólo se opuso a que la madre criara al niño.

—No, yo no dudo de que tengas salud y fuerzas para ello; pero las madres que crían se estropean mucho, y yo no quiero que te estropees: yo quiero que te conserves joven el mayor tiempo posible.

Y sólo cedió cuando el médico le aseguró que, lejos de estropearse, ganaría Julia con criar al hijo, adquiriendo una mayor plenitud su hermosura.

El padre rehusaba besar al hijo. «Con eso de los besuqueos no se hace más que molestarlos», decía. Alguna vez lo tomaba en brazos y se le quedaba mirando.

—¿No me preguntabas una vez por mi familia? —dijo un día Alejandro a su mujer—. Pues aquí la tienes. Ahora tengo ya familia y quien me herede y continúe mi obra.

Julia pensó preguntar a su marido cuál era su obra;

pero no se atrevió a ello. «¡Mi obra! ¿Cuál sería la obra de aquel hombre?» Ya otra vez le oyó la misma expresión.

*

De las personas que más frecuentaban la casa eran los condes de Bordaviella, sobre todo él, el conde, que tenía negocios con Alejandro, quien le había dado a préstamo usurario cuantiosos caudales. El conde solía ir a hacerle la partida de ajedrez a Julia, aficionada a ese juego, y a desahogar en el seno de la confianza de su amiga, la mujer de su prestamista, sus infortunios domésticos. Porque el hogar condal de los Bordaviella era un pequeño infierno, aunque de pocas llamas. El conde y la condesa ni se entendían ni se querían. Cada uno de ellos campaba por su cuenta, y ella, la condesa, daba cebo a la maledicencia escandalosa. Corría siempre una adivinanza a ella atañedera: «¿Cuál es el cirineo de tanda del conde de Bordaviella?»; y el pobre conde iba a casa de la hermosa Julia a hacerle la partida de ajedrez y a consolarse de su desgracia buscando la ajena.

—¿Qué, habrá estado también hoy el conde ese? —preguntaba Alejandro a su mujer.

—El conde ese..., el conde ese...; ¿qué conde?

—¡Ese! No hay más que un conde, y un marqués, y un duque. O para mí todos son iguales y como si fuesen uno mismo.

—Pues sí, ha estado!

—Me alegro, si eso te divierte. Es para lo que sirve el pobre mentecato.

—Pues a mí me parece un hombre inteligente y culto, y muy bien educado y muy simpático...

—Sí, de los que leen novelas. Pero, en fin, si eso te distrae...

—Y muy desgraciado.

—¡Bah; él se tiene la culpa!

—¿Y por qué?

—Por ser tan majadero. Es natural lo que le pasa. A un mequetrefe como el conde ese es muy natural que le engañe su mujer. ¡Si eso no es un hombre! No sé cómo hubo quien se casó con semejante cosa. Por supuesto, que no se casó con él, sino con el título. ¡A mí me había de hacer una mujer lo que a ese desdichado le hace la suya...!

Julia se quedó mirando a su marido y, de pronto, sin darse apenas cuenta de lo que decía exclamó:

—¿Y si te hiciese? ¿Si te saliese tu mujer como a él le ha salido la suya?

Tonterías —y Alejandro se echó a reír—. Te empeñas en sazonar nuestra vida con sal de libros. Y si es que quieres probarme dándome celos, te equivocas. ¡Yo no soy de esos! ¿A mí con esas? ¿A mí? Diviértete en embromar al majadero de Bordaviella.

«¿Pero será cierto que este hombre no siente celos? —se decía Julia—. ¿Será cierto que le tiene sin cuidado que el conde venga y me ronde y me corteje como me está rondando y cortejando? ¿Es seguridad en mi fidelidad y cariño? ¿Es seguridad en su poder sobre mí? ¿Es indiferencia? ¿Me quiere o no me quiere?» Y empezaba a exasperarse. Su amo y señor marido le estaba torturando el corazón.

La pobre mujer se obstinaba en provocar celos en su marido, como piedra de toque de su querer, mas no lo conseguía.

—¿Quieres venir conmigo a casa del conde?

—¿A qué?

—¡Al té!

—¿Al té? No me duelen las tripas. Porque en mis tiempos y entre los míos no se tomaba esa agua sucia más que cuando le dolían a uno las tripas. ¡Buen provecho te haga! Y consuélale un poco al pobre conde. Allí estará también la condesa con su último amigo, el de turno. ¡Vaya una sociedad! ¡Pero, en fin, eso viste!

*

En tanto, el conde proseguía el cerco de Julia. Fingía estar acongojado por sus desventuras domésticas para así excitar la compasión de su amiga, y por la compasión llevarla al amor, y al amor culpable, a la vez que procuraba darla a entender que conocía algo también de las interioridades del hogar de ella.

—Sí, Julia, es verdad; mi casa es un infierno, un verdadero infierno, y hace usted bien en compadecerme como me compadece. ¡Ah, si nos hubiésemos conocido antes! ¡Antes de yo haberme uncido a mi desdicha! Y usted...

—Yo a la mía, ¿no es eso?

—¡No, no; no quería decir eso..., no!

—¿Pues qué es lo que usted quería decir, conde?

—Antes de haberse usted entregado a ese otro hombre, a su marido...

—¿Y usted sabe que me habría entregado entonces a usted?

—¡Oh, sin duda, sin duda...!

—¡Qué petulantes son ustedes los hombres!

—¿Petulantes?

—Sí, petulantes. Ya se supone usted irresistible.

—¡Yo..., no!

—¿Pues quién?

—¿Me permite que se lo diga, Julia?

—¡Diga lo que quiera!

—¡Pues bien se lo diré! ¡Lo irresistible habría sido, no yo, sino mi amor! ¡Sí, mi amor!

—¿Pero es una declaración en regla, señor conde? Y no olvide que soy una mujer casada, honrada, enamorada de su marido...

—Eso...

—¿Y se permite usted dudarlo? Enamorada, sí, como me lo oye, sinceramente enamorada de mi marido.

—Pues lo que es él...

—¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Quién le ha dicho a usted que él no me quiere?

—¡Usted misma!

—¿Yo? ¿Cuándo le he dicho yo a usted que Alejandro no me quiere? ¿Cuándo?

—Me lo ha dicho con los ojos, con el gesto, con el porte...

—¡Ahora me va a salir con que he sido yo quien le he estado provocando a que me haga el amor...! ¡Mire usted, señor conde, ésta va a ser la última vez que venga a mi casa!

—¡Por Dios, Julia!

—¡La última vez, he dicho!

—¡Por Dios, déjeme venir a verla, en silencio, a contemplarla, a enjugarme, viéndola, las lágrimas que lloro hacia dentro!...

—¡Qué bonito!

—Y lo que le dije, que tanto pareció ofenderla...

—¿Pareció? ¡Me ofendió!

—¿Es que puedo yo ofenderla?

—¡Señor conde...!

—Lo que la dije, y que tanto la ofendió, fue tan sólo que, si nos hubiésemos conocido antes de haberme yo entregado a mi mujer y usted a su marido, yo la habría querido con la misma locura que hoy la quiero... ¡Déjeme desnudarme el corazón! Yo la habría querido con la misma locura con que hoy la quiero y habría conquistado su amor con el mío. No con mi valor, no; no con mi mérito, sino sólo a fuerza de cariño. Que no soy yo, Julia, de esos hombres que creen domeñar y conquistar a la mujer por su própio mérito, por ser quienes son; no soy de esos que exigen se los quiera, sin dar, en cambio, su cariño. En mí, pobre noble venido a menos no cabe tal orgullo.

Julia absorbía lentamente y gota a gota el veneno.

—Porque hay hombres —prosiguió el conde— incapaces de querer; pero que exigen que se los quiera, y creen tener derecho al amor y a la fidelidad incondicionales de la pobre mujer que se les rinde. Hay quienes toman una mujer hermosa y famosa por su hermosura para envanecerse de ello, de llevarla al lado como podrían llevar una leona domesticada, y decir: «Mi leona; ¿veis cómo me está rendida?» ¿Y por eso querría a su leona?

—Señor conde..., señor conde, que está usted entrando en un terreno...

Entonces el de Bordaviella se le acercó aún más, y casi al oído, haciéndola sentir en la oreja, hermosísima rosada concha de carne entre zarcillos de pelo castaño refulgente, el cosquilleo de su aliento entrecortado, le susurró:

—Donde estoy entrando es en tu conciencia, Julia.

El *tu* arreboló la oreja culpable.

El pecho de Julia ondeaba como el mar al acercarse la galerna.

—Sí, Julia, estoy entrando en tu conciencia.

—¡Déjeme, por Dios, señor conde, déjeme! ¡Si entrase él ahora...!

—No, él no entrará. A él no le importa nada de ti. Él nos deja así, solos, porque no te quiere... ¡No, no te quiere! ¡No te quiere, Julia, no te quiere!

—Es que tiene absoluta confianza en mí...

—¡En ti, no! En sí mismo. ¡Tiene absoluta confianza, ciego, en sí mismo! Cree que a él, por ser él, él, Alejandro Gómez, el que ha fraguado una fortuna..., no quiero saber cómo..., cree que a él no es posible que le falte mujer alguna. A mí me desprecia, lo sé...

—Sí, le desprecia a usted...

—¡Lo sabía! Pero tanto como a mí te desprecia a ti...

—¡Por Dios, señor conde, por Dios, cállese, que me está matando!

—¡Quien te matará es él, él, tu marido, y no serás la primera!

—¡Eso es una infamia, señor conde; eso es una infamia! ¡Mi marido no mató a su mujer! ¡Y váyase, váyase; váyase y no vuelva!

—Me voy; pero... volveré. Me llamarás tú.

Y se fue, dejándola malherida en el alma. «¿Tendrá razón este hombre? —se decía—. ¿Será así? Porque él me ha revelado lo que yo no quería decirme ni a mí misma. ¿Será verdad que me desprecia? ¿Será verdad que no me quiere?»

*

Empezó a ser pasto de los cotarros de maledicencia de la corte lo de las relaciones entre Julia y el conde de

Bordaviella. Y Alejandro, o no se enteraba de ello, o hacía como si no se enterase. A algún amigo que empezó a hacerle veladas insinuaciones le atajó diciéndole: «Ya sé lo que me va usted a decir; pero déjelo. Esas no son más que habladurías de la gente. ¿A mí? ¿A mí con esas? ¡Hay que dejar que las mujeres románticas se hagan las interesantes!» ¿Sería un...? ¿Sería un cobarde?

Pero una vez en el Casino se permitió uno, delante de él, una broma de ambiguo sentido respecto a cuernos, cogió una botella y se la orrojó a la cabeza, descalabrándole. El escándalo fue formidable.

—¿A mí? ¿A mí con bromitas de esas? —decía con su voz y su tono más contenidos—. Como si no le entendiese... Como si no supiera las necedades que corren por ahí, entre los majaderos, a propósito de los caprichos novelescos de mi pobre mujer... Y estoy dispuesto a cortar de raíz esas hablillas...

—Pero no así, don Alejandro —se atrevió a decirle uno.

—¿Pues cómo? ¡Dígame cómo!

—¡Cortando la raíz y motivo de las tales hablillas!

—¡Ah, ya! ¿Qué prohíba la entrada del conde en mi casa?

—Sería lo mejor.

—Eso sería dar la razón a los maldicientes. Y yo no soy un tirano. Si a mi pobre mujer le divierte el conde ese, que es un perfecto y absoluto mentecato, se lo juro a usted, es un mentecato, inofensivo, que se las echa de tenorio...; si a mi pobre mujer le divierte ese fantoche, ¿voy a quitarle la diversión porque los demás mentecatos den en decir esto o lo otro? ¡Pues no faltaba más...! Pero, ¿pegármela a mí? ¿A mí? ¡Ustedes no me conocen!

—Pero, don Alejandro, las apariencias...

—¡Yo no vivo de apariencias, sino de realidades!

Al día siguiente se presentaron en casa de Alejandro dos caballeros, muy graves, a pedirle una satisfacción en nombre del ofendido.

—Díganle ustedes —les contestó— que me pase la cuenta del médico o cirujano que le asista y que la pagaré, así como los daños y perjuicios a que haya lugar.

—Pero don Alejandro...

—¿Pues qué es lo que ustedes quieren?

—¡Nosotros, no! El ofendido exige una reparación..., una satisfacción..., una explicación honrosa...

—No les entiendo a ustedes..., ¡o no quiero entenderles!

—¡Y si no, un duelo!

—¡Muy bien! Cuando quiera. Díganle que cuando quiera. Pero para eso no es menester que ustedes se molesten. No hacen falta padrinos. Díganle que en cuanto se cure de la cabeza, quiero decir, del botellazo..., que me avise, que iremos donde él quiera, nos encerraremos y la emprenderemos uno con otro a trompada y a patada limpias. No admito otras armas. Y ya verá quién es Alejandro Gómez.

—¡Pero, don Alejandro, usted se está burlando de nosotros! —exclamó uno de los padrinos.

—¡Nada de eso! Ustedes son de un mundo y yo de otro. Ustedes vienen de padres ilustres, de familias linajudas... Yo, se puede decir que no he tenido padres ni tengo otra familia que la que yo me he hecho. Yo vengo de la nada, y no quiero entender esas andróminas del Código del honor. ¡Conque ya lo saben ustedes!

Levantáronse los padrinos, y uno de ellos, poniéndose muy solemne, con cierta energía, mas no sin respeto

—que al cabo se trataba de un poderoso millonario y hombre de misteriosa procedencia—, exclamó:

—Entonces, señor don Alejandro Gómez permítame que se lo diga...

—Diga usted todo lo que quiera; pero midiendo sus palabras, que ahí tengo a la mano otra botella.

—¡Entonces —y levantó más la voz—, señor don Alejandro Gómez, usted no es un caballero!

—¡Y claro que no lo soy, hombre, claro que no lo soy! ¡Caballero yo! ¿Cuándo? ¿De dónde? Yo me crié burrero y no caballero, hombre. Y ni un burro siquiera solía ir a llevar la merienda al que decían que era mi padre, sino a pie, a pie y andando. ¡Claro que no soy un caballero! ¿Caballerías? ¿Caballerías a mí? ¿A mí? Vamos..., vamos...

—Vámonos, sí —dijo un padrino al otro—, que aquí no hacemos ya nada. Usted, señor don Alejandro, sufrirá las consecuencias de esta, su incalificable conducta.

—Entendido, y a ella me atengo. Y en cuanto a ese..., a ese caballero de lengua desenfrenada a quien descalabré la cabeza, díganle, se lo repito, que me pase la cuenta del médico, y que tenga en adelante cuenta con lo que dice. Y ustedes, si alguna vez —que todo pudiera ser— necesitaran algo de este descalificado, de este millonario salvaje, sin sentido del honor caballeresco, pueden acudir a mí, que los serviré, como he servido y sirvo a otros caballeros.

—¡Esto no se puede tolerar, vámonos! —exclamó uno de los padrinos.

Y se fueron.

*

Aquella noche contaba Alejandro a su mujer la escena de la entrevista con los padrinos, después de haberle contado lo del botellazo, y se regodeaba en el relato de su hazaña. Ella le oía despavorida.

—¿Caballero yo? ¿Yo caballero? —exclamaba él—. ¿Yo? ¿Alejandro Gómez? ¡Nunca! ¡Yo no soy más que un hombre, pero todo un hombre, nada menos que todo un hombre!

—¿Y yo? —dijo ella, por decir algo.

—¿Tú? ¡Toda una mujer! Y una mujer que lee novelas. ¡Y él, el condesito ese del ajedrez, un nadie, nada más que un nadie! ¿Por qué te he de privar el que te diviertas con él como te divertirías con un perro faldero? Porque compres un perrito de esos de lanas, o un gatito de Angora, o un tití, y le acaricies y hasta le besuquees, ¿voy a coger el perrito, o el michino, o el tití y voy a echarlos por el balcón a la calle? ¡Pues estaría bueno! Mayormente, que podían caerle encima a uno que pasase. Pues lo mismo es el condesito ese, otro gozquecillo, o michino, o tití. ¡Diviértete con él cuando te plazca!

—Pero, Alejandro, tienen razón en lo que te dicen... tienes que negarle la entrada a ese hombre...

—¿Hombre?

—Bueno. Tienes que negarle la entrada al conde de Bordaviella.

—¡Niégaselá tú! Cuando no se la niegas es que maldito lo que ha conseguido ganar tu corazón. Porque si hubieras llegado a empezar a interesarte por él, ya le habrías despachado para defenderte del peligro.

—¿Y si estuviese interesada...?

—¡Bueno, bueno...! ¡Ya salió aquello! ¡Ya salió lo

de querer darme celos! ¿A mí? ¿Pero cuando te convencerás, mujer, de que yo no soy como los demás?

*

Cada vez comprendía menos Julia a su marido; pero cada vez se encontraba más subyugada a él y más ansiosa de asegurarse de si le quería o no. Alejandro, por su parte, aunque seguro de la fidelidad de su mujer, o mejor de que a él, a Alejandro —¡Nada menos que todo un hombre!—, no podía faltarle su mujer, —¡la suya!— diciéndose: «A esta pobre mujer le está trastornando la vida de la corte y la lectura de novelas», decidió llevarla al campo. Y se fueron a una de sus dehesas.

—Una temporadita de campo te vendrá muy bien —le dijo—. Eso templa los nervios. Por supuesto, si es que piensas aburrirte sin tu michino, puedes invitarle al condezuelo ese a que nos acompañe. Porque ya sabes que yo no tengo celos y estoy seguro de ti, de mi mujer.

Allí, en el campo, las cavilaciones de la pobre Julia se exacerbaron, Aburríase grandemente. Su marido no la dejaba leer.

—Te he traído para eso, para apartarte de los libros y cortar de raíz tu neurastenia, antes de que se vuelva cosa peor.

—¿Mi neurastenia?

—¡Pues claro! Todo lo tuyo no es más que eso. La culpa de todo ello la tienen los libros.

—¡Pues no volveré a leer más!

—No, yo no exijo tanto... Yo no te exijo nada. ¿Soy acaso algún tirano yo? ¿Te he exigido nunca nada?

—No. ¡Ni siquiera exiges que te quiera!

—¡Naturalmente, como que eso no se puede exigir!

Y, además, como sé que me quieres y no puedes querer a otro... Después de haberme conocido y de saber, gracias a mí, lo que es un hombre, no puedes ya querer a otro, aunque te lo propusieras. Te lo aseguro yo... Pero no hablemos de cosas de libros. Ya te he dicho que no me gustan novelerías. Esas son bobadas para hablar con condesitos al tomar el té.

Vino a aumentar la congoja de la pobre Julia el que llegó a descubrir que su marido andaba en torpes enredos con una criada zafia y nada bonita. Y una noche, después de cenar, encontrándose los dos solos, la mujer dijo de pronto:

—No creas, Alejandro, que no me he percatado del lío que traes con la Simona...

—Ni yo lo he ocultado mucho. Pero eso no tiene importancia. Siempre gallina, amarga la cocina.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres demasiado hermosa para diario.

La mujer tembló. Era la primera vez que su marido la llamaba así, a boca llena: hermosa. Pero, ¿la querría de veras?

—¡Pero con ese pingo!... —dijo Julia por decir algo.

—Por lo mismo. Hasta su mismo desaseo me hace gracia. No olvides que yo casi me crié en un estercolero, y tengo algo de lo que un amigo mío llama la voluptuosidad del pringue. Y ahora, después de este entremés rústico, apreciaré mejor tu hermosura, tu elegancia y tu pulcritud.

—No sé si me estás adulando o insultando.

—¡Bueno! ¡La neurastenia! ¡Y yo que te creía en camino de curación!...

—Por supuesto, vosotros los hombres podéis hacer lo que se os antoje, y faltarnos...

—¿Quién te ha faltado?

—¡Tú!

—¿A eso llamas faltarte? ¡Bah, bah! ¡Los libros, los libros! Ni a mí se me da un pitoche de la Simona, ni...

—¡Claro! ¡Ella es para ti como una perrita, o una gatita, o una mona!

—¡Una mona, exacto; nada más que una mona! Es a lo que más se parece. ¡Tú lo has dicho: una mona! ¿Pero he dejado por eso de ser tu marido?

—Querrás decir que no he dejado yo por eso de ser tu mujer...

—Veo, Julia, que vas tomando talento...

—¡Claro, todo se pega!

— ¿Pero de mí, por supuesto, y no del michino?

—¡Claro que de ti!

—Pues bueno; no creo que este incidente rústico te ponga celosa... ¿Celos tú? ¿Tú? ¿Mi mujer? ¿Y de esa mona? Y en cuanto a ella, ¡la doto, y encantada!

—Claro, en teniendo dinero...

—Y con esa dote se casa volando, y le aporta ya al marido, con la dote, un hijo. Y si el hijo sale a su padre, que es nada menos que todo un hombre, pues el novio sale con doble ganancia.

—¡Calla, calla, calla!

La pobre Julia se echó a llorar.

—Yo creí —concluyó Alejandro— que el campo te había curado la neurastenia. ¡Cuidado con empeorar!

A los dos días de esto volvíanse a la corte.

*

Y Julia volvió a sus congojas, y el conde de Bordaviella a sus visitas, aunque con más cautela. Y ya fue ella,

Julia, la que, exasperada, empezó a prestar oídos a las venenosas insinuaciones del amigo, pero sobre todo a hacer ostentación de la amistad ante su marido, que alguna vez se limitaba a decir: «Habrá que volver al campo y someterte a tratamiento.»

Un día en el colmo de la exasperación, asaltó Julia a su marido, diciéndole:

—¡Tú no eres un hombre, Alejandro, no, no eres un hombre!

—¿Quién, yo? ¿Y por qué?

—¡No, no eres un hombre, no lo eres!

—Explícate.

—Ya sé que no me quieres que no te importa de mí nada; que no soy para ti ni la madre de tu hijo; que no te casaste conmigo nada más que por vanidad, por jactancia, por exhibirme, por envanecerte con mi hermosura, por...

—¡Bueno, bueno; ésas son novelerías! ¿Por qué no soy hombre?

—Ya sé que no me quieres...

—Ya te he dicho cien veces que eso de querer y no querer, y amor, y todas esas andróminas, son conversaciones de té condal o danzante.

—Ya sé que no me quieres...

—Bueno, ¿y qué más?...

—Pero eso de que consientas que el conde, el michino, como tú le llamas, entre aquí a todas horas...

—¡Quien lo consiente eres tú!

—¿Pues no he de consentirlo, si es mi amante? Ya lo has oído, mi amante. ¡El michino es mi amante!

Alejandro permanecía impasible mirando a su mujer. Y ésta, que esperaba un estallido del hombre, exaltándose aún más, gritó:

—¿Y qué? ¿No me matas ahora como a la otra?

—Ni es verdad que maté a la otra, ni es verdad que el michino sea tu amante. Estás mintiendo para provocarme. Quieres convertirme en un Otelo. Y mi casa no es teatro. Y si sigues así, va a acabar todo ello en volverte loca y en que tengamos que encerrarte.

—¿Loca? ¿Loca yo?

—¡De remate! ¡Llegarse a creer que tiene un amante! ¡Es decir, querer hacérmelo creer! ¡Como si mi mujer pudiese faltarme a mí! ¡A mí! Alejandro Gómez no es ningún michino; ¡es nada menos que todo un hombre! Y no, no conseguirás lo que buscas, no conseguirás que yo te regale los oídos con palabras de novelas y de tes danzantes o condales. Mi casa no es un teatro.

—¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! —gritó ya Julia, fuera de sí—. ¡Cobarde!

—Aquí va a haber que tomar medidas —dijo el marido.

Y se fue.

*

A los dos días de esta escena, y después de haberla tenido encerrada a su mujer durante ellos, Alejandro la llamó a su despacho. La pobre Julia iba aterrada. En el despacho la esperaban, con su marido, el conde de Bordaviella y otros dos señores.

—Mira, Julia —le dijo con terrible calma su marido—. Estos dos señores son dos médicos alienistas, que vienen, a petición mía, a informar sobre tu estado para que podamos ponerte en cura. Tú no estás bien de la cabeza, y en tus ratos lúcidos debes comprenderlo así.

—¿Y qué haces tú aquí, Juan? —preguntó Julia al conde, sin hacer caso a su marido.

—¿Lo ven ustedes? —dijo éste dirigiéndose a los médicos—. Persiste en su alucinación; se empeña en que este señor es...

—¡Sí, es mi amante! —le interrumpió ella—. Y si no que lo diga él.

El conde miraba al suelo.

—Ya ve usted, señor conde —dijo Alejandro al de Bordaviella—, cómo persiste en su locura. Porque usted no ha tenido, no ha podido tener, ningún género de esas relaciones con mi mujer...

—¡Claro que no! —exclamó el conde.

—¿Lo ven ustedes? —añadió Alejandro volviéndose a los médicos.

—Pero cómo —gritó Julia—, ¿te atreves tú, tú, Juan, tú, mi michino, a negar que he sido tuya?

El conde temblaba bajo la mirada fría de Alejandro, y dijo:

—Repórtese, señora, y vuelva en sí. Usted sabe que nada de eso es verdad. Usted sabe que si yo frecuentaba esta casa era como amigo de ella, tanto de su marido como de usted misma, señora, y que yo, un conde de Bordaviella, jamás afrentaría así a un amigo como...

—Como yo —le interrumpió Alejandro—. ¿A mí? ¿A mí? ¿A Alejandro Gómez? Ningún conde puede afrentarme, ni puede mi mujer faltarme. Ya ven ustedes, señores, que la pobre está loca...

—¿Pero también tú, Juan? ¿También tú, michino? —gritó ella—. ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Cobarde! ¡Mi marido te ha amenazado, y por miedo, por miedo, cobarde, cobarde, cobarde, no te atreves a decir la verdad y te prestas a esta farsa infame para declararme loca! ¡Cobarde, cobarde, villano! Y tú también, como mi marido...

—¿Lo ven ustedes, señores? —dijo Alejandro a los médicos.

La pobre Julia sufrió un ataque, y quedó como deshecha.

—Bueno; ahora, señor mío —dijo Alejandro dirigiéndose al conde—, nosotros nos vamos, y dejemos que estos dos señores facultativos, a solas con mi pobre mujer, completen su reconocimiento.

El conde le siguió. Ya fuera de la estancia, le dijo Alejandro:

—Con que ya lo sabe usted, señor conde: o mi mujer resulta loca, o les levanto a usted y a ella las tapas de los sesos. Usted escogerá.

—Lo que tengo que hacer es pagarle lo que le debo, para no tener más cuentas con usted.

—No; lo que debe hacer es guardar la lengua. Conque quedamos en que mi mujer está loca de remate y usted es un tonto de capirote. ¡Y ojo con ésta! —y le enseñó una pistola.

Cuando, algo después, salían los médicos del despacho de Alejandro, decíanse:

—Ésta es una tremenda tragedia. ¿Y qué hacemos?

—¿Qué vamos a hacer sino declararla loca? Porque, de otro modo, ese hombre la mata a ella y le mata a ese desdichado conde.

—Pero ¿y la conciencia profesional?

—La conciencia consiste aquí en evitar un crimen mayor.

—¿No sería mejor declararle loco a él, a don Alejandro?

—No, él no es loco: es otra cosa.

—Nada menos que todo un hombre, como dice él.

—¡Pobre mujer! ¡Daba pena oírle! Lo que yo me temo es que acabe por volverse de veras loca.

—Pues con declararla tal, acaso la salvamos. Por lo menos se la apartaría de esta casa.

Y, en efecto, la declararon loca. Y con esa declaración fue encerrada por su marido en un manicomio.

*

Toda una noche espesa, tenebrosa y fría, sin estrellas, cayó sobre el alma de la pobre Julia al verse encerrada en el manicomio. El único consuelo que le dejaban es el de que le llevaran casi a diario a su hijito para que lo viera. Tomábalo en brazos y le bañaba la carita con sus lágrimas. Y el pobrecito niño lloraba sin saber por qué.

—¡Ay, hijo mío, hijo mío! —le decía—. ¡Si pudiese sacarte toda la sangre de tu padre!... ¡Porque es tu padre!

Y a solas se decía la pobre mujer, sintiéndose al borde de la locura: «¿Pero no acabaré por volverme de veras loca en esta casa, y creer que no fue sino un sueño y alucinación lo de mi trato con ese infame conde? ¡Cobarde, sí, cobarde, villano! ¡Abandonarme así! ¡Dejar que me encerraran aquí! ¡El michino, sí, el michino! Tiene razón mi marido. Y él, Alejandro, ¿por qué no nos mató? ¡Ah, no! ¡Ésta es más terrible venganza! ¡Matarle a ese villano michino...! No, humillarle, hacerle mentir y abandonarme. ¡Temblaba ante mi marido, sí, temblaba ante él! ¡Ah, es que mi marido es un hombre! ¿Y por qué no me mató? ¡Otelo me habría matado! Pero Alejandro no es Otelo, no es tan bruto como Otelo. Otelo era un moro impetuoso, pero poco inteligente. Y

Alejandro... Alejandro tiene una poderosa inteligencia al servicio de su infernal soberbia plebeya. No, ese hombre no necesitó matar a su primera mujer; la hizo morir. Se murió ella de miedo ante él. ¿Y a mí me quiere?»

Y allí, en el manicomio, dio otra vez en trillar su corazón y su mente con el triturador dilema: «¿Me quiere, o no me quiere?» Y se decía luego: «¡Yo sí que le quiero! ¡Y ciegamente!»

Y por temor a enloquecer de veras, se fingió curada, asegurando que habían sido alucinaciones lo de su trato con el de Bordaviella. Avisáronselo al marido.

Un día llamaron a Julia adonde su marido la esperaba, en un locutorio. Entró él, y se arrojó a sus pies sollozando:

—¡Perdóname, Alejandro, perdóname!

—Levántate, mujer —y la levantó.

—¡Perdóname!

—¿Perdonarte? ¿Pero de qué? Si me habían dicho que estabas ya curada..., que se te habían quitado las alucinaciones...

Julia miró a la mirada fría y penetrante de su marido con terror. Con terror y con un loco cariño. Era un amor ciego, fundido con un terror no menos ciego.

—Sí, tienes razón, Alejandro, tienes razón; he estado loca, loca de remate. Y por darte celos, nada más que por darte celos, inventé aquellas cosas. Todo fue mentira. ¿Cómo iba a faltarte yo? ¿Yo? ¿A ti? ¿A ti? ¿Me crees ahora?

—Una vez, Julia —le dijo con voz de hielo su marido—, me preguntaste si era o no verdad que yo maté a mi primera mujer, y, por contestación, te pregunté yo a mi vez que si podías creerlo. ¿Y qué me dijiste?

—¡Que no lo creía, que no podía creerlo!

—Pues ahora yo te digo que no creí nunca, que no pude creer que tú te hubieses entregado al michino ese. ¿Te basta?

Julia temblaba, sintiéndose al borde de la locura; de la locura del terror y de amor fundidos.

—Y ahora —añadió la pobre mujer abrazando a su marido y hablándole al oído—; ahora, Alejandro, dime, ¿me quieres?

Y entonces vio en Alejandro, su pobre mujer, por vez primera, algo que nunca antes en él viera; le descubrió un fondo del alma terrible y hermética que el hombre de la fortuna guardaba celosamente sellado. Fue como si un relámpago de luz tempestuosa alumbrase por un momento el lago negro, tenebroso de aquella alma, haciendo relucir su sobrehaz. Y fue que vio asomar dos lágrimas en los ojos fríos y cortantes como navajas de aquel hombre. Y estalló:

—¡Pues no he de quererte, hija mía, pues no he de quererte! ¡Con toda el alma, y con toda la sangre, y con todas las entrañas; más que a mí mismo! Al principio, cuando nos casamos, no. ¿Pero ahora? ¡Ahora, sí! Ciegamente, locamente. Soy yo tuyo más que tú mía.

Y besándola con una furia animal, febril, encendido, como loco, balbuceaba: «¡Julia! ¡Julia! ¡Mi diosa! ¡Mi todo!»

Ella creyó volverse loca al ver desnuda el alma de su marido.

—Ahora quisiera morirme, Alejandro —le murmuró al oído, reclinando la cabeza sobre su hombro.

A estas palabras, el hombre pareció despertar y volver en sí como de un sueño; y como si se hubiese tragado con los ojos, ahora otra vez fríos y cortantes, aquellas dos lágrimas, dijo:

—Esto no ha pasado, ¿eh, Julia? Ya lo sabes; pero yo no he dicho lo que he dicho... ¡Olvídalo!

—¿Olvidarlo?

—¡Bueno, guárdatelo, y como si no lo hubieses oído!

—Lo callaré...

—¡Cállatelo a ti misma!

—Me lo callaré; pero...

—¡Basta!

—Pero, por Dios, Alejandro, déjame un momento, un momento siquiera... ¿Me quieres por mí, por mí, y aunque fuese de otro, o por ser yo cosa tuya?

—Ya te he dicho que lo debes olvidar. Y no me insistas, porque si insistes, te dejo aquí. He venido a sacarte; pero has de salir curada.

—¡Y curada estoy! —afirmó la mujer con brío.

Y Alejandro se llevó su mujer a su casa.

*

Pocos días después de haber vuelto Julia del manicomio, recibía el conde de Bordaviella, no una invitación, sino un mandato de Alejandro para ir a comer a su casa.

«Como ya sabrá usted, señor conde —le decía en una carta—, mi mujer ha salido del manicomio completamente curada; y como la pobre, en la época de su delirio, le ofendió a usted gravemente, aunque sin intención ofensiva, suponiéndole capaz de infamias de que es usted, un perfecto caballero, absolutamente incapaz, le ruego, por mi conducto, que venga pasado mañana, jueves, a acompañarme a comer, para darle las satisfacciones que a un caballero, como es usted, se le deben.

Mi mujer se lo ruega y yo se lo ordeno. Porque si usted no viene ese día a recibir esas satisfacciones y explicaciones, sufrirá las consecuencias de ello. Y usted sabe bien de lo que es capaz

Alejandro Gómez.»

El conde de Bordaviella llegó a la cita pálido, tembloroso y desencajado. La comida transcurrió en la más lóbrega de las conversaciones. Se habló de todas las mayores frivolidades —los criados delante—, entre las bromas más espesas y feroces de Alejandro. Julia le acompañaba. Después de los postres, Alejandro, dirigiéndose al criado, le dijo: «Trae el té.»

—¿Té? —se le escapó al conde.

—Sí, señor conde —le dijo el señor de la casa—. Y no es que me duelan las tripas, no; es para estar más a tono. El té va muy bien con las satisfacciones entre caballeros.

Y volviéndose al criado: «¡Retírate!»

Quedáronse los tres solos. El conde temblaba. No se atrevía a probar el té.

—Sírveme a mí primero, Julia —dijo el marido—. Y yo lo tomaré antes para que vea usted, señor conde, que en mi casa se puede tomar todo con confianza.

—Pero si yo...

—No, señor conde; aunque yo no sea un caballero, ni mucho menos, no he llegado aún a eso. Y ahora mi mujer quiere darle a usted unas explicaciones.

Alejandro miró a Julia, y ésta, lentamente, con voz fantasmática, empezó a hablar. Estaba espléndidamente hermosa. Los ojos le relucían con un brillo como de relámpago. Sus palabras fluían frías y lentas, pero se adivinaba que por debajo de ellas ardía un fuego consumidor.

—He hecho que mi marido le llame, señor conde —dijo Julia—, porque tengo que darle una satisfacción por haberle ofendido gravemente.

—¿A mí, Julia?

—¡No me llame usted Julia! Sí, a usted. Cuando me puse loca, loca de amor por mi marido, buscando a toda costa asegurarme de si me quería o no, quise tomarle a usted de instrumento para excitar sus celos, y en mi locura llegué a acusarle a usted de haberme seducido. Y esto fue un embuste, y habría sido una infamia de mi parte si yo no hubiese estado, como estaba, loca. ¿No es así, señor conde?

—Sí, así es, doña Julia...

—Señora de Gómez —corrigió Alejandro.

—Lo que le atribuí a usted, cuando le llamábamos mi marido y yo el michino—, ¡perdónenoslo usted!

—¡Por perdonado!

—Lo que le atribuí entonces fue una acción villana e infame, indigna de un caballero como usted...

—¡Muy bien —agregó Alejandro—, muy bien¡ Acción villana e infame, indigna de un caballero; ¡muy bien!

—Y aunque, como le repito, se me puede y debe excusar en atención a mi estado de entonces, yo quiero, sin embargo, que usted me perdone. ¿Me perdona?

—Sí, sí; le perdono a usted todo; les perdono a ustedes todo —suspiró el conde más muerto que vivo y ansioso de escapar cuanto antes de aquella casa.

—¿A ustedes? —le interrumpió Alejandro—. A mí no me tiene usted nada que perdonar.

—¡Es verdad, es verdad!

—Vamos, cálmese —continuó el marido—, que le veo a usted agitado. Tome otra taza de té. Vamos, Julia

sírvele otra taza al señor conde. ¿Quiere usted tila en ella?

—No..., no ...

—Pues bueno, ya que mi mujer le dijo lo que tenía que decirle, y usted le ha perdonado su locura, a mí no me queda sino rogarle que siga usted honrando nuestra casa con sus visitas. Después de lo pasado, usted comprenderá que sería de muy mal efecto que interrumpiéramos nuestras relaciones. Y ahora que mi mujer está ya gracias a mí, completamente curada, no corre usted ya peligro alguno con venir acá. Y en prueba de mi confianza en la total curación de mi mujer, ahí les dejo a ustedes dos solos, por si ella quiere decirle algo que no se atreve a decírselo delante de mí, o que yo, por delicadeza, no deba oír.

Y se salió Alejandro, dejándolos cara a cara y a cuál de los dos más sorprendidos de aquella conducta. «¡Qué hombre!», pensaba él, el conde, y Julia: «¡Éste es un hombre!»

Siguióse un abrumador silencio. Julia y el conde no se atrevían a mirarse. El de Bordaviella miraba a la puerta por donde saliera el marido.

—No —le dijo Julia—, no mire usted así; no conoce usted a mi marido, a Alejandro. No está detrás de la puerta espiando lo que digamos.

—¡Qué sé yo...! Hasta es capaz de traer testigos...

—¿Por qué dice usted eso, señor conde?

—¿Es que no me acuerdo de cuando trajo a los dos médicos en aquella horrible escena en que me humilló cuanto más se puede y cometió la infamia de hacer que la declarasen a usted loca?

—Y así era la verdad, porque si no hubiese estado yo

entonces loca, no habría dicho, como dije, que era usted mi amante...

—Pero...

—¿Pero qué, señor conde?

—¿Es que quieren ustedes declararme a mí loco o volverme tal? ¿Es que va usted a negarme, Julia...?

—¡Doña Julia o señora de Gómez!

—¿Es que va usted a negarme, señora de Gómez que, fuese por lo que fuera, acabó usted, no ya sólo aceptando mis galanteos...; no, galanteos, no; mi amor...?

—¡Señor conde...!

—¿Que acabó, no sólo aceptándolos, sino que era usted la que provocaba y que aquello iba...?

—Ya le he dicho a usted, señor conde, que estaba entonces loca, y no necesito repetírselo.

—¿Va usted a negarme que empezaba yo a ser su amante?

—Vuelvo a repetirle que estaba loca.

—No se puede estar ni un momento más en esta casa. ¡Adiós!

El conde tendió la mano a Julia, temiendo que se la rechazaría. Pero ella se la tomó y le dijo:

—Conque ya sabe usted lo que le ha dicho mi marido. Usted puede venir acá cuando quiera, y ahora que estoy yo, gracias a Dios y a Alejandro, completamente curada, curada del todo, señor conde, sería de mal efecto que usted suspendiera sus visitas.

—Pero, Julia...

—¿Qué? ¿Vuelve usted a las andadas? ¿No le he dicho que estaba entonces loca?

—A quien le van a volver ustedes loco, entre su marido y usted, es a mí...

—¿A usted? ¿Loco a usted? No me parece fácil...

—¡Claro! ¡El michino!

Julia se echó a reír. Y el conde, corrido y abochornado, salió de aquella casa decidido a no volver más a ella.

*

Todas estas tormentas de su espíritu quebrantaron la vida de la pobre Julia, y se puso gravemente enferma, enferma de la mente. Ahora sí que parecía de veras que iba a enloquecer. Caía con frecuencia en delirios, en los que llamaba a su marido con las más ardientes y apasionadas palabras. Y el hombre se entregaba a los transportes dolorosos de su mujer procurando calmarla. «¡Tuyo, tuyo, tuyo, sólo tuyo y nada más que tuyo!» le decía al oído, mientras ella, abrazada a su cuello, se lo apretaba casi a punto de ahogarlo.

La llevó a la dehesa a ver si el campo la curaba. Pero el mal la iba matando. Algo terrible le andaba por las entrañas.

Cuando el hombre de fortuna vio que la muerte le iba a arrebatar su mujer, entró en un furor frío y persistente. Llamó a los mejores médicos. «Todo era inútil», le decían.

—¡Sálvemela usted! —le decía al médico.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Sálvemela usted, sea como sea! ¡Toda mi fortuna, todos mis millones por ella, por su vida!

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¡Mi vida, mi vida por la suya! ¿No sabe usted hacer eso de la transfusión de la sangre? Sáqueme toda la mía y désela a ella. Vamos, sáquemela.

—¡Imposible, don Alejandro, imposible!

—¿Cómo imposible? ¡Mi sangre, toda mi sangre por ella!

—¡Sólo Dios puede salvarla!

—¡Dios! ¿Dónde está Dios? Nunca pensé en Él.

Y luego a Julia, su mujer, pálida, pero cada vez más hermosa, hermosa con la hermosura de la inminente muerte, le decía:

—¿Dónde está Dios, Julia?

Y ella, señalándoselo con la mirada hacia arriba, poniéndosele con ello los grandes ojos casi blancos, le dijo con una hebra de voz :

—¡Ahí le tienes!

Alejandro miró al crucifijo, que estaba a la cabecera de la cama de su mujer, lo cogió y, apretándolo en el puño, le decía «Sálvamela, sálvamela y pídeme todo, todo, todo; mi fortuna toda, mi sangre toda, yo todo... todo yo.»

Julia sonreía. Aquel furor ciego de su marido le estaba llenando de una luz dulcísima el alma. ¡Qué feliz era al cabo! ¿Y dudó nunca de que aquel hombre la quisiese?

Y la pobre mujer iba perdiendo la vida gota a gota. Estaba marmórea y fría. Y entonces el marido se acostó con ella y la abrazó fuertemente, y quería darle todo su calor, el calor que se le escapaba a la pobre. Y le quiso dar su aliento. Estaba como loco. Y ella sonreía.

—Me muero, Alejandro, me muero.

—¡No, no te mueres —le decía él—, no puedes morirte!

—¿Es que no puede morirse tu mujer?

—No; mi mujer no puede morirse. Antes me moriré yo. A ver, que venga la muerte, que venga. ¡A mí! ¡A mí la muerte! ¡Que venga!

—¡Ay, Alejandro, ahora lo doy todo por bien padecido...! ¡Y yo que dudé de que me quisieras...!

—¡Y no, no te quería, no! Eso de querer, te lo he dicho mil veces, Julia, son tonterías de libros. ¡No te quería, no! ¡Amor..., amor! Y esos miserables cobardes, que hablan de amor, dejan que se les mueran sus mujeres. No, no es querer... No te quiero...

—¿Pues qué? —Preguntó Julia con la más delgada hebra de su voz, volviendo a ser presa de su vieja congoja.

—No, no te quiero... ¡Te... te... te..., no hay palabra! —estalló en secos sollozos, en sollozos que parecían un estertor, un estertor de pena y de amor salvaje.

—¡Alejandro!

Y en esta débil llamada había todo el triste júbilo del triunfo.

—¡Y no, no te morirás; no te puedes morir; no quiero que te mueras! ¡Mátame, Julia, y vive! ¡Vamos, mátame, mátame!

—Sí, me muero...

—¡Y yo contigo!

—¿Y el niño, Alejandro?

—Que se muera también. ¿Para qué le quiero sin ti?

—Por Dios, por Dios, Alejandro, que estás loco...

—Sí, yo, yo soy el loco, yo el que estuve siempre loco..., loco de ti, Julia, loco por ti... Yo, yo el loco. ¡Y mátame, llévame contigo!

—Si pudiera...

—Pero no, mátame y vive, y sé tuya...

—¿Y tú?

—¿Yo? ¡Si no puedo ser tuyo, de la muerte!

Y la apretaba más y más, queriendo retenerla.

—Bueno, y al fin, dime, ¿quién eres, Alejandro? —le preguntó al oído Julia.

—¿Yo? ¡Nada más que tu hombre..., el que tú me has hecho!

Este nombre sonó como un susurro de ultramuerte, como desde la ribera de la vida, cuando la barca parte por el lago tenebroso.

Poco después sintió Alejandro que no tenía entre sus brazos de atleta más que un despojo. En su alma era noche cerrada y arrecida. Se levantó y quedóse mirando a la yerta y exánime hermosura. Nunca la vio tan espléndida. Parecía bañada por la luz del alba eterna de después de la última noche. Y por encima de aquel recuerdo en carne ya fría sintió pasar, como una nube de hielo, su vida toda, aquella vida que ocultó a todos hasta sí mismo. Y llegó a su niñez terrible y a cómo se estremecía bajo los despiadados golpes del que pasaba por su padre, y cómo maldecía de él, y cómo una tarde, exasperado, cerró el puño, blandiéndolo, delante de un Cristo de la iglesia de su pueblo.

Salió al fin del cuarto, cerrando tras sí la puerta. Y buscó al hijo. El pequeñuelo tenía poco más de tres años. Lo cogió el padre y se encerró con él. Empezó a besarlo con frenesí. Y el niño, que no estaba hecho a los besos de su padre, que nunca recibiera uno de él, y que acaso adivinó la salvaje pasión que los llenaba, se echó a llorar.

—¡Calla, hijo mío, calla! ¿Me perdonas lo que voy a hacer? ¿Me perdonas?

El niño callaba, mirando despavorido al padre, que buscaba en sus ojos, en su boca, en su pelo, los ojos, la boca, el pelo de Julia.

—¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

Se encerró un rato en arreglar su última voluntad.

Luego se encerró de nuevo con su mujer, con lo que fue su mujer.

—Mi sangre por la tuya —le dijo, como si le oyera, Alejandro—. La muerte te llevó. ¡Voy a buscarte!

Creyó un momento ver sonreír a su mujer y que movía los ojos. Empezó a besarla frenéticamente por si así la resucitaba, a llamarla, a decirle ternezas terribles al oído. Estaba fría.

Cuando más tarde tuvieron que forzar la puerta de la alcoba mortuoria, encontráronlo abrazado a su mujer y blanco del frío último, desangrado y ensangrentado.

Salamanca, abril de 1916.

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA

COLECCIÓN AUSTRAL

COLECCIÓN AUSTRAL

VOLÚMENES PUBLICADOS
HASTA EL NÚMERO 1576

ABENTOFÁIL, Abuchófer
1195.—El filósofo autodidacto.

ABOUT, Edmond
723.—El rey de las montañas. *
1408.—Casamientos parisienses. *
1418.—El hombre de la oreja rota.

ABRANTES, Duquesa de
495.—Portugal a principios del siglo XIX.

ABREU GÓMEZ, Ermilo
1003.—Las leyendas del Popol Vuh.

ABSHAGEN, Karl Heinz
1303.—El almirante Canaris. *

ADLER, Alfred.
775.—Conocimiento del hombre. *

AFANASIEV, Alejandro N.
859.—Cuentos populares rusos.

AGUIRRE, Juan Francisco
709.—Discurso histórico. *

AGUSTÍ, Ignacio
1563.—Los surcos. El cubilete del diablo. *

AIMARD, Gustavo
276.—Los tramperos del Arkansas. *

AKSAKOV, S. T.
849.—Recuerdos de la vida de estudiante.

ALARCÓN, Pedro Antonio de
37.—El capitán Veneno. El sombrero de tres picos.
428.—El escándalo. *
473.—El final de Norma.
1072.—Historietas nacionales. *

ALCALÁ GALIANO, Antonio
1046.—Recuerdos de un anciano. *

ALCEO y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

ALFONSO, Enrique
964.— Y llegó la vida. *

ALIGHIERI, Dante
875.—El convivio. *
1056.—La Divina Comedia. *

ALONSO, Dámaso
595.—Hijos de la ira.
1290.—Oscura noticia. Hombre y Dios.

ALONSO DEL REAL, Carlos
1396.—Realidad y leyenda de las amazonas. *
1497.—Superstición y supersticiones. *
1512.—Esperando a los bárbaros. *

ALSINA FUERTES, F., y PRÉLAT, Carlos E.
1037.—El mundo de la mecánica.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel
108.—El Zarco.

ALTOLAGUIRRE, Manuel
1219.—Antología de la poesía romántica española. *

ÁLVAREZ, Gustavo
1157.—Mazo Alemán.

ÁLVAREZ QUINTERO, Serafín y Joaquín
124.—Puebla de las Mujeres. El genio alegre.
321.—Malvaloca. Doña Clarines.
1457.—Tambor y Cascabel. Los Galeotes.

AMADOR DE LOS RÍOS, José
693.—Vida del marqués de Santillana.

AMOR, Guadalupe
1277.—Antología poética.

ANACREONTE y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

ANDREIEV, Leónidas
996.—Sachka Yegulev. *
1046.—Los espectros.
1159.—Las tinieblas y otros cuentos.
1226.—El misterio y otros cuentos.

ANÓNIMO
5.—Poema del Cid. *
59.—Cuentos y leyendas de la vieja Rusia.
156.—Lazarillo de Tormes. (Prólogo de Gregorio Marañón.)
337.—La historia de los nobles caballeros Oliveros de Castilla y Artús Dalgarbe.
359.—Libro del esforzado caballero don Tristán de Leonís. *
374.—La historia del rey Canamor y del infante Turián, su hijo. La destrucción de Jerusalem.
396.—La vida de Estebanillo González. *
416.—El conde Partinuplas. Roberto el Diablo. Clamades y Clarmonda.
622.—Cuentos populares y leyendas de Irlanda.
668.—Viaje a través de los mitos irlandeses.
712.—Nala y Damayanti. (Episodio del Mahabharata.)
892.—Cuentos del Cáucaso.
1197.—Poema de Fernán González.
1264.—Hitopadesa o Provechosa enseñanza.
1294.—El cantar de Roldán.
1341.—Cuentos populares lituanos. *

ANÓNIMO, y KELLER, Gottfried
1372.—Leyendas y cuentos del folklore suizo. Siete leyendas.

ANZOÁTEGUI, Ignacio B.
1124.—Antología poética.

ARAGO, François
476.—Grandes astrónomos anteriores a Newton.
543.—Grandes astrónomos. (De Newton a Laplace.)
556.—Historia de mi juventud. (Viaje por España, 1806-1809.)

ARCIPRESTE DE HITA
98.—Libro de buen amor.

ARÈNE, Paul
205.—La cabra de oro.

ARISTÓFANES
1429.—Las ranas. Las nubes. Las avispas.

ARISTÓTELES
239.—La política. *
296.—Moral. (La gran moral. Moral a Eudemo.) *
318.—Moral, a Nicómaco. *
399.—Metafísica. *
803.—El arte poética.

ARNICHES, Carlos
1193.—El santo de la Isidra. Es mi hombre.
1223.—El amigo Melquiades. La señorita de Trevélez.

ARNOLD, Matthew
989.—Poesía y poetas ingleses.

ARNOULD, Luis
1237.—Almas prisioneras. *

ARQUÍLOCO y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

ARRIETA, Rafael Alberto
291.—Antología poética.
406.—Centurria porteña.

ARTECHE, José de
1504.—Elcano. *

ASSOLLANT, Alfredo
386.—Aventuras del capitán Corcorán. *

AUB, Max
1527.—Deseada. Espejo de avaricia. *

AUNÓS, Eduardo
275.—Estampas de ciudades. *

AUSTEN, Jane
823.—Persuasión. *
1039.—La abadía de Northanger. *
1066.—Orgullo y prejuicio. *

AUTY, P., LAFFAN, R. G. D., CLISSOLD, S., DARBY, H. C., SETON-WATSON, R. W.
1458.—Breve historia de Yugoslavia. *

AVELLANEDA, Alonso F. de
603.—El Quijote. *

AVERCHENKO, Arcadio
1349.—Memorias de un simple. Los niños.

AZARA, Félix de
1402.—Viajes por la América Meridional. *

AZORÍN
36.—Lecturas españolas.
47.—Trasuntos de España.
67.—Españoles en París.
153.—Don Juan.

164.—El paisaje de España visto por los españoles.
226.—Visión de España
248.—Tomás Rueda
261.—El escritor
380.—Capricho.
420.—Los dos Luises y otros ensayos.
461.—Blanco en azul. (Cuentos.)
475.—De Granada a Castelar.
491.—Las confesiones de un pequeño filósofo.
525.—María Fontán. (Novela rosa.)
551.—Los clásicos redivivos. Los clásicos futuros.
568.—El político.
611.—Un pueblecito: Riofrío de Ávila
674.—Rivas y Larra.
747.—Con Cervantes. *
801.—Una hora de España
830.—El caballero inactual
910.—Pueblo.
951.—La cabeza de Castilla
1160.—Salvadora de Olbena.
1202.—España
1257.—Andando y pensando. (Notas de un transeúnte.)
1288.—De un transeúnte
1314.—Historia y vida. *

BABINI, José
847.—Arquímedes.
1007.—Historia sucinta de la ciencia. *
1142.—Historia sucinta de la matemática.

BAILLY, Auguste
1433.—Richelieu *
1444.—Mazarino. *

BALMES, Jaime
35.—Cartas a un escéptico en materia de religión. *
71.—El criterio. *

BALZAC, Honorato de
77.—Los pequeños burgueses.
793.—Eugenia Grandet. *
1488.—Los chuanes. *
1543.—Papá Goriot. *
1574.—La prima Bela. *

BALLANTYNE, Roberto M.
259.—La isla de coral *
517.—Los marcadores de pieles. *

BALLESTEROS BERETTA, Antonio
677.—Figuras imperiales. Alfonso VII el Emperador. Colón. Fernando el Católico. Carlos V. Felipe II

BANG, Herman
1466.—Tina.

BAQUÍLIDES y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

BARBEY D'AUREVILLY, Jules
968.—El caballero Des Touches

BARNOUW, A. J.
1050.—Breve historia de Holanda *

BAROJA, Pío
177.—La leyenda de Jaun de Alzate
206.—Las inquietudes de Shanti Andía *
230.—Fantasías vascas
256.—El gran torbellino del mundo *
288.—Las veleidades de la fortuna
320.—Los amores tardíos
331.—El mundo es así.
346.—Zalacaín el aventurero.
365.—La casa de Aizgorri.
377.—El mayorazgo de Labraz.
398.—La feria de los discretos. *
445.—Los últimos románticos.
471.—Las tragedias grotescas.
605.—El laberinto de las Sirenas. *
620.—Paradox, rey. *
720.—Aviraneta o La vida de un conspirador. *
1100.—Las noches del Buen Retiro. *
1174.—Aventuras, inventos y mixtificaciones de Silvestre Paradox. *
1203.—La obra de Pello Yarza, y algunas otras cosas. *
1241.—Los pilotos de altura. *
1253.—La estrella del capitán Chimista. *
1401.—Juan Van Halen, el oficial aventurero. *

BARRIOS, Eduardo
1120.—Gran señor y rajadiablos. *

BARÓN FERNÁNDEZ, José
1528.—Historia de la circulación de la sangre. *

BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE, Agustín
1289.—Filosofía del Quijote. *
1336.—Filosofía del hombre. *
1391.—Visión de Andalucía

BASHKIRTSEFF, María
165.—Diario de mi vida.

BAUDELAIRE, C.
885.—Pequeños poemas en prosa. Críticas de arte.

BAYO, Ciro
544.—Lazarillo español. *

BEAUMARCHAIS, P. A. Caron de
728.—El casamiento de Figaro.
1362.—El barbero de Sevilla.

BÉCQUER, Gustavo Adolfo
3.—Rimas y leyendas
768.—Desde mi celda. (Cartas literarias.)

BENAVENTE, Jacinto
34.—Los intereses creados. Señora ama
84.—La Malquerida. La noche del sábado
94.—Cartas de mujeres.
305.—La fuerza bruta. Lo cursi.
387.—Al fin, mujer. La honradez de la cerradura.
450.—La comida de las fieras. Al natural
550.—Rosas de otoño. Pepa Doncel.
701.—Titania. La infanzona
1283.—Campo de armiño. La ciudad alegre y confiada. *

BENET, Stephen Vincent
1250.—Historia sucinta de los Estados Unidos.

BENEYTO, Juan
971.—España y el problema de Europa. *

BENITO, José de
1295.—Estampas de España e Indias. *

BENOIT, Pierre
1113.—La señorita de la Fertá. *
1258.—La castellana del Líbano. *

BERCEO, Gonzalo de
344.—Vida de Sancto Domingo de Silos. Vida de Sancta Oria, virgen.
716.—Milagros de Nuestra Señora.

BERDIAEFF, Nicolás
26.—El cristianismo y el problema del comunismo
61.—El cristianismo y la lucha de clases.

BERGERAC, Cyrano de
287.—Viaje a la Luna. Historia cómica de los Estados e Imperios del Sol. *

BERGSON, Henri
1519.—La evolución creadora *
1534.—La risa.

BERKELEY, George
1108.—Tres diálogos entre Hilas y Filonús.

BERLIOZ, Héctor
992.—Beethoven

BERNÁRDEZ, Francisco Luis
610.—Antología poética. *

BJOERNSON, Bjoernstjerne
796.—Synnoeve Solbakken

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente
341.—Sangre y arena *
351.—La barraca.
361.—Arroz y tartana. *
390.—Cuentos valencianos.
410.—Cañas y barro. *
508.—Entre naranjos. *
581.—La condenada y otros cuentos

BOECIO, Severino
394.—La consolación de la filosofía

BORDEAUX, Henri
809.—Yamilé

BOSSUET, J. B.
564.—Oraciones fúnebres *

BOSWELL, James
899.—La vida del doctor Samuel Johnson. *

BOUGAINVILLE, Luis A. de
349.—Viaje alrededor del mundo. *

BREWSTER, Ralph H.
690.—Los seis mil barbas de Athos.

BRINTON, Crane
1384.—Las vidas de Talleyrand. *

BRONTÉ, Charlotte
1182.—Jane Eyre. *

BRUNETIÈRE, Fernando
783.—El carácter esencial de la literatura francesa

BUCK, Pearl S.
1263.—Mujeres sin cielo *

BUERO VALLEJO, Antonio
1486.—El tragaluz. El sueño de la razón *
1510.—En la ardiente oscuridad. Un soñador para un pueblo *
1569.—El concierto de San Ovidio. La fundación *

BUNIN, Iván
1359.—Sujodol. El maestro
1572.—El primer amor. En el campo.

BURNS, Walter Noble
1483.—Los agangsters de Chicago *

ÍNDICE DE AUTORES

BURTON, Robert
669.—Anatomía de la melancolía.

BUSCH, Francis X.
1229.—Tres procesos célebres. *

BUTLER, Samuel
285.—Erewhon. *

BYRON, Lord
111.—El corsario. Lara. El sitio de Corinto. Mazeppa

CABEZAS, Juan Antonio
1183.—Rubén Darío. *
1313.—«Clarín», el provinciano universal. *

CADALSO, José
1078.—Cartas marruecas

CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro
39.—El alcalde de Zalamea. La vida es sueño. *
289.—El mágico prodigioso. Casa con dos puertas, mala es de guardar.
384.—La devoción de la cruz. El gran teatro del mundo.
406.—El mayor monstruo del mundo. El príncipe constante.
593.—No hay burlas con el amor. El médico de su honra. *
659.—A secreto agravio, secreta venganza. La dama duende.
1422.—Guárdate del agua mansa. Amar después de la muerte. *

CALVO SOTELO, Joaquín
1238.—La visita que no tocó el timbre. Nuestros ángeles.

CAMACHO Y DE CIRIA, Manuel
1281.—Desistimiento español de la empresa imperial.

CAMBA, Julio
22.—Londres.
269.—La ciudad automática.
295.—Aventuras de una peseta.
343.—La casa de Lúculo.
654.—Sobre casi todo
688.—Sobre casi nada
714.—Un año en el otro mundo.
740.—Playas, ciudades y montañas.
754.—La rana viajera
759.—Alemania *
1282.—Millones al horno

CAMOENS, Luis de
1068.—Los Lusiadas *

CAMON AZNAR, José
1389.—El arte desde su esencia
1421.—Dios en San Pablo
1480.—El Pastor Quijotiz
1494.—Hilver Arnaldo Lutero
1511.—El Papa-Luna. Nerón. El Tigre.
1516.—Filosofía del arte *

CAMPOAMOR, Ramón de
238.—Doloras. Cantares. Los pequeños poemas

CANCELA, Arturo
423.—Tres relatos porteños. Tres cuentos de la ciudad
1340.—Campanarios y rascacielos

CANÉ, Miguel
265.—Juvenilia y otras páginas argentinas

CANILLEROS, Conde de
1166.—Tres testigos de la conquista del Perú

CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio
988.—La campana de Huesca. *

CAPDEVILA, Arturo
97.—Córdoba del recuerdo
222.—Las invasiones inglesas
352.—Primera antología de mis versos. *
506.—Tierra mía.
607.—Rubén Darío, sun Bardo Reix.
810.—El padre Castañeda. *
905.—La dulce patria.
970.—El hombre de Guayaquil.

CARLYLE, Tomás
472.—Los primitivos reyes de Noruega
906.—Recuerdos. *
1009.—Los héroes. *
1079.—Vida de Schiller.

CARRÈRE, Emilio
891.—Antología poética.

CASARES, Julio
469.—Crítica profana. (Valle-Inclán. Azorín. Ricardo León.) *
1305.—Cosas del lenguaje. (Etimología. Lexicología. Semántica.) *
1317.—Crítica efímera. *

CASONA, Alejandro
1358.—El caballero de las espuelas de oro. Retablo jovial. *

CASTELAR, Emilio
794.—Ernesto. *

CASTELO BRANCO, Camilo
582.—Amor de perdición. *

CASTIGLIONE, Baltasar
549.—El cortesano. *

CASTILLO SOLORZANO, Alonso de
1249.—La Garduña de Sevilla y Anzuelo de las Bolsas. *

CASTRO, Guillén de
583.—Las mocedades del Cid. *

CASTRO, Miguel de
924.—Vida del soldado español Miguel de Castro. *

CASTRO, Rosalía
243.—Obra poética.

CASTROVIEJO, José María, y CUNQUEIRO, Álvaro
1318.—Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. (Caza y cocina gallegas.)

CATALINA, Severo
1239.—La mujer. *

CEBES, TEOFRASTO, y EPICTETO
733.—La tabla de Cebes. Caracteres morales. Enquirridión o máximas

CELA, Camilo José
1141.—Viaje a la Alcarria.
1552.—Balada del vagabundo sin suerte y otros papeles volanderos

CERVANTES, Miguel de
29.—Novelas ejemplares. *
150.—Don Quijote de la Mancha *
567.—Novelas ejemplares *
686.—Entremeses.
774.—El cerco de Numancia. El gallardo español.
1065.—Los trabajos de Persiles y Sigismunda. *

CÉSAR, Julio
121.—Comentarios de la guerra de las Galias. *

CICERÓN, Marco Tulio
339.—Los oficios.
1485.—Cuestiones académicas.

CIEZA DE LEÓN, Pedro de
507.—La crónica del Perú. *

«CLARÍN», Leopoldo Alas
444.—¡Adios, «Corderas!. y otros cuentos.
1547.—El gallo de Sócrates y otros cuentos.

CLERMONT, Emilio
816.—Laura. *

CLISSOLD, S., DARBY, H. C., SETON-WATSON, R. W., AUTY, P., LAFFAN, R. G. D.
1458.—Breve historia de Yugoslavia. *

COELHO, Trindade
1483.—Mis amores

COLOMA, P. Luis
413.—Pequeñeces. *
421.—Jeromín. *
435.—La reina mártir *

COLÓN, Cristóbal
633.—Los cuatro viajes del Almirante y su testamento. *

CONCOLORCORVO
609.—El lazarillo de ciegos caminantes. *

CONSTANT, Benjamín
938.—Adolfo.

COOPER, Fenimore
1386.—El cazador de ciervos. *
1409.—El último mohicano. *

CORNEILLE, Pierre
813.—El Cid. Nicomedes

CORRELL, A. Boyd., y MAC DONALD, Philip
1057.—La rueda oscura. *

CORTÉS, Hernán
547.—Cartas de relación de la conquista de México. *

COSSÍO, Francisco de
937.—Aurora y los hombres.

COSSÍO, José María de
490.—Los toros en la poesía
762.—Romances de tradición oral.
1138.—Poesía española (Notas de ayer de hoy.)

COSSÍO, Manuel Bartolomé
500.—El Greco. *

COURTELINE, Jorge
1357.—Los señores chupatintas

COUSIN, Víctor
696.—Necesidad de la filosofía

CRAWLEY, C. W., WOODHOUSE, C. M., HEURTLEY, W. A. y DARBY, H. C.
1417.—Breve historia de Grecia. *

CROCE, Benedetto
41.—Breviario de estética

CROWTHER, J. G.
497.—Humphry Davy. Michael Faraday. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.)
509.—J. Prescott Joule. W. Thompson. J. Clerk Maxwell. (Hombres de ciencia británicos del siglo XIX.) *
518.—T. Alva Edison. J. Henry. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX.)

INDICE DE AUTORES

540 —B. Franklin. J. Willard Gibbs. (Hombres de ciencia norteamericanos del siglo XIX) *

CRUZ, Sor Juana Inés de la
12.—Obras escogidas.

CUEVA, Juan de la
895.—El infamador. Los siete Infantes de Lara.

CUI, César
758.—La música en Rusia

CUNQUEIRO, Álvaro, y CASTROVIEJO, José María
1318.—Viaje por los montes y chimeneas de Galicia. (Caza y cocina gallegas)

CURIE, Eva *
451.—La vida heroica de María Curie, descubridora del radio, contada por su hija. *

CHAMISSO, Adalberto de
852.—El hombre que vendió su sombra

CHAMIZO, Luis
1269.—El miajón de los castúos.

CHATEAUBRIAND, Vizconde de
50.—Atala. René. El último Abencerraje.
1369.—Vida de Rancé.

CHÉJOV, Antón P
245.—El jardín de los cerezos
279.—La cerilla sueca
348 —Historia de mi vida.
418.—Historia de una anguila y otras historias.
753.—Los campesinos y otros cuentos
838.—La señora del perro y otros cuentos
923 —La sala número seis y otros cuentos.

CHERBULIEZ, Víctor
1042 —El conde Kostia. *

CHESTERTON, Gilbert K.
20 —Santo Tomás de Aquino.
125.—La esfera y la cruz. *
170.—Las paradojas de mister Pond
523 —Charlas. *
625 —Alarmas y digresiones

CHIRIKOV, E.
1426.—El payaso rojo.
1462 —Palabra de honor *

CHMELEV, Iván
95.—El camarero

CHOCANO, José Santos
751 —Antología poética. *

CHRÉTIEN DE TROYES
1308 —Perceval o El cuento del grial *

DANA, R. E
404.—Prosas profanas
516.—El canto errante.
860 —Poemas en prosa.
871.—Canto a la Argentina. Oda a Mitre. Canto épico a las glorias de Chile
880 —Cuentos
1119 —Los raros *

DAUDET, Alfonso
738.—Cartas desde mi molino
755.—Tartarín de Tarascón
972.—Recuerdos de un hombre de letras.
1347.—Cuentos del lunes *
1416 —Fulanito. *

DÁVALOS, Juan Carlos
617.—Cuentos y relatos del Norte argentino.

DAVID-NEEL, Alexandra
1404.—Místicos y magos del Tíbet. *

DEFOE, Daniel
1292.—Aventuras de Robinsón Crusoe. *
1298 —Nuevas aventuras de Robinsón Crusoe *

DELEDDA, Grazia
571 —Cósima

DELFINO, Augusto Mario
463.—Fin de siglo

DELGADO, José María
563 —Juan María. *

DEMAISON, André
262 —El libro de los animales llamados salvajes.

DEMÓSTENES
1392. Antología de discursos

DESCARTES, René
6 —Discurso del método Meditaciones metafísicas

DIAZ-CAÑABATE, Antonio
711.—Historia de una taberna. *

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
1274 —Historia verdadera de la conquista de la Nueva España *

DÍAZ DE GUZMÁN, Ruy
519 —La Argentina. *

DIAZ-PLAJA, Guillermo
287 —Hacia un concepto de la literatura española
1147 —Introducción al estudio del romanticismo español. *
1221.—Federico García Lorca *

DICKENS, Carlos
13.—El grillo del hogar
658.—El reloj del señor Humphrey
717 —Cuentos de Navidad *
772 —Cuentos de Boz
1324.—Grandeza y servidumbre de Sancio. *

DINIZ, Julio
732.—La mayorazguita de Los Cerverales. *

DONOSO, Armando
376.—Algunos cuentos chilenos. (Antología de cuentistas chilenos

DONOSO CORTÉS, Juan
864 —Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo. *

D'ORS, Eugenio
465 —El valle de Josafat

DOSTOYEVSKI, Fedor
187 —Stepantchikovo
267.—El jugador
322 —Noches blancas El diario de Raskólnikov.
1059.—El ladrón honrado
1093 —Nietochka Nezvanova
1254 —Una historia molesta Corazón débil
1262 —Diario de un escritor. *

DROZ, Gustavo
979 —Tristezas y sonrisas

DUHAMEL, Georges
928.—Confesión de medianoche

DUMAS, Alejandro
882 —Tres maestros. Miguel Ángel Tiziano, Rafael

DUMAS, Alejandro (hijo)
1455 —La dama de las camelias. *

DUNCAN, David
887 —La hora en la sombra

DUPUY, Micheline
1546.—El Príncipe Negro. (Eduardo señor de Aquitania) *

EÇA DE QUEIROZ, J. M.
209.—La ilustre casa de Ramires. *

ECKERMANN, J. P.
973 —Conversaciones con Goethe

ECHAGÜE, Juan Pablo
453 —Tradiciones, leyendas y cuentos argentinos
1005 —La tierra del hambre

EHINGER, H. H.
1092 —Clásicos de la música *

EICHENDORFF, José de
926 —Episodios de una vida tunante

ELIOT, George
949 —Silas Marner *

ELVAS, Fidalgo de
1099 —Expedición de Hernando de Soto a Florida

EMERSON, R. W.

429 —Dos años al pie del mástil.

DARBY, H. C., CRAWLEY, C. W., WOODHOUSE, C. M., y HEURTLEY, W. A.

1417 —Breve historia de Grecia *

DARBY, H. C., SETON-WATSON, R. W., AUTY, P., LAFFAN, R. G. D., CLISSOLD, S.

1458.—Breve historia de Yugoslavia. *

DARÍO, Rubén

19 —Azul

118 —Cantos de vida y esperanza

282 —Poema del otoño y otros poemas

DICKINSON, G. Lowes

685 —Un «banquete» moderno

DICKSON, C.

757 —Murió como una dama *

DIDEROT, D.

1112 —Vida de Séneca *

DIEGO, Gerardo

219 —Primera antología de sus versos (1918 1941)

1394 —Segunda antología de sus versos (1941 1967) *

DIEHL, Carlos

1308 —Una república de patricios Venecia *

1032 —Ensayos escogidos

ENCINA, Juan de la

1266 —Van Gogh *

1371 —Goya en zig-zag

1450 —*Retablo de la pintura moder De Goya a Manet. *

1464 —**Retablo de la pintura mod na. De Manet a Picasso *

EPICTETO, CEBES, y TEOFRASTO

733 —Enquiridión o máximas La ta de Cebes Caracteres moral

ERASMO DE ROTTERDAM, Desider

682 —Coloquios *

1179 —Elogio de la locura

INDICE DE AUTORES

ERCILLA, Alonso de
722.—La Araucana. *

ERCKMANN-CHATRIAN
486.—Cuentos de orillas del Rin.
912.—Historia de un quinto de 1813.
845.—Waterloo. *
1413.—El amigo Fritz.
1473.—La invasión o El loco Yégof.

ERLANGER, Philippe
1556.—Rodolfo II de Habsburgo. *

ESPINA, Antonio
174.—Luis Candelas, el bandido de Madrid.
290.—Genivet: El hombre y la obra.

ESPINA, Concha
1131.—La niña de Luzmela.
1158.—La rosa de los vientos. *
1195.—Altar mayor. *
1230.—La esfinge maragata. *

ESPINEL, Vicente
1486.—Vida de Marcos de Obregón. *

ESPINOSA, Aurelio M.
585.—Cuentos populares de España. *

ESPINOSA (hijo), Aurelio M.
645.—Cuentos populares de Castilla.

ESPRONCEDA, José de
817.—Poesías líricas. El estudiante de Salamanca.

ESQUILO
224.—La Orestiada. Prometeo encadenado.

ESTEBANEZ CALDERÓN, Serafín
188.—Escenas andaluzas.

EURIPIDES
432.—Alcestis. Las bacantes. El cíclope.
673.—Electra. Ifigenia en Táuride. Las troyanas.
653.—Jóvenes. Medea. Andrómaca.

EYZAGUIRRE, Jaime
641.—Ventura de Pedro de Valdivia.

FAKINOS, Aris
1523.—Los últimos bárbaros. *

FALLA, Manuel de
950.—Escritos sobre música y músicos.

FARMER, Laurence, y HEXTER, George J.
1137.—¿Cuál es su alergia?

FAULKNER, William
493.—Santuario. *

FAY, Bernard
1559.—Beaumarchais o Las travesuras de Figaro. *

FERNAN CABALLERO
56.—La familia de Alvareda.
364.—La gaviota. *

FERNÁNDEZ CASTRO, José
1511.—La tierra lo esperaba. *

FERNÁNDEZ FLÓREZ, Wenceslao
145.—Las gafas del diablo.
225.—La novela número 13. *
263.—Las siete columnas *
284.—El secreto de Barba Azul. *
325.—El hombre que compró un automóvil.
1342.—Impresiones de un hombre de buena fe. (1914-1919.) *
1343.—**Impresiones de un hombre de buena fe. (1920-1936.) *
1356.—El bosque animado. *
1363.—El malvado Carabel *

FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero
204.—Antología (1915-1947.) *

FERNÁNDEZ DE VELASCO Y PIMENTEL, B.
662.—Delente de la discreción. Fácil escuela de la agudeza.

FEYDEAU, Ernest
1459.—La condesa de Chalis o Las costumbres del día *

FIGUEIREDO, Fidelino de
692.—La lucha por la expresión.
741.—Bajo las cenizas del tedio y otras novelas.
850.—*Historia literaria de Portugal. (siglos XII-XX.)
861.—**Historia literaria de Portugal. (Era clásica, 1502-1825.) *
878.—***Historia literaria de Portugal. (Era romántica: 1825-actualidad.) *

FLAUBERT, Gustave
1439.—Después de Eça de Queiroz.
1448.—Pirene. (Introducción a la historia comparada de las literaturas portuguesa y española.) *
1259.—Tres cuentos.
1449.—Madame Bovary *

FLORO, Lucio Anneo
1115.—Gestas romanas.

FORNER, Juan Pablo
1122.—Exequias de la lengua castellana.

FÓSCOLO, Hugo
898.—Últimas cartas de Jacobo Ortiz.

FOUILLÉE, Alfredo
846.—Aristóteles y su polémica contra Platón.

FOURNIER D'ALBE, E. E., y JONES, T. W.
663.—Festos Quo Vadimus Hermes.

FRANKLIN, Benjamín
171.—El libro del hombre de bien.

FRASER, Jaime Baillie
1062.—Viaje a Persia.

FRAY MOCHO
1103.—Tierra de matreros.

FROMENTIN, Eugenio
1234.—Dominqo. *

FÚLOP-MILLER, René
548.—Tres episodios de una vida.
840.—Teresa de Ávila, la santa del éxtasis.
930.—Francisco, el santo del amor.
1041.—¡Canta, muchacha, canta!
1265.—Agustín, el santo del intelecto. Ignacio, el santo de la voluntad de poder.
1373.—El Gran Oso. *
1412.—Antonio, el santo de la renunciación.

GABRIEL Y GALÁN, José María
808.—Castellanas. Nuevas castellanas. Extremeñas *

GAIBROIS DE BALLESTEROS, Mercedes
1411.—María de Molina, tres veces reina. *

GÁLVEZ, Manuel
355.—El gaucho de los Cerrillos.
433.—El mal metafísico. *
1010.—Tiempo de odio y angustia (1839-1840.) *
1064.—Han tocado a degüello (1840-1842.) *
1144.—Bajo la garra anglofrancesa (1843-1846.) *
1205.—Y así cayó don Juan Manuel... (1850-1852.) *

GALLEGOS, Rómulo
168.—Doña Bárbara. *
192.—Cantaclaro *
213.—Canaima *
244.—Reinaldo Solar. *
307.—Pobre negro. *
338.—La trepadora. *
425.—Sobre la misma tierra. *
851.—La rebelión y otros cuentos.
902.—Cuentos venezolanos
1101.—El forastero *

GANIVET, Angel
126.—Cartas finlandesas. Hombres del Norte. *
139.—Idearium español. El porvenir de España.

GARCÍA Y BELLIDO, Antonio
515.—España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon. *
744.—La España del siglo I de nuestra Era, según P. Mela y C. Plinio. *
1375.—Veinticinco estampas de la España antigua. *

GARCÍA GÓMEZ, Emilio
162.—Poemas arabigoandaluces
513.—Cinco poetas musulmanes *
1220.—Silta del Moro. Nuevas escenas andaluzas.

GARCÍA DE LA HUERTA, Vicente
684.—Raquel. Agamenón vengado

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín
1106.—Fray Juan de Zumárraga. *

GARCÍA LORCA, Federico
1451.—Libro de poemas. *
1467.—Mariana Pineda. Doña Rosita la soltera. El lenguaje de las flores *
1490.—Bodas de sangre. Yerma. *
1499.—Romancero gitano. Poema del cante jondo. *
1506.—Poeta en Nueva York. Llanto por Ignacio Sánchez Mejías. Diván del Tamarit *
1520.—La casa de Bernarda Alba. La zapatera prodigiosa *
1531.—Canciones. Poemas sueltos. Varia *

GARCÍA MERCADAL, José
1180.—Estudiantes, sopistas y picaros. *

GARCÍA MORENTE, Manuel
1302.—Idea de la Hispanidad. *
1495.—La filosofía de Henri Bergson
1571.—Escritos pedagógicos *

GARCÍA PAVÓN, Francisco
1558.—La Cueva de Montesinos y otros relatos (Antología I

INDICE DE AUTORES

GARCIA SERRANO, Rafael
1516.—Cuando los dioses nacían en Extremadura. *
1557.—La ventana daba al río.
GARCIASOL, Ramón de
1430.—Apelación al tiempo
1481.—Cielves de España. Cervantes y el «Quijote». *
1526.—Correo para la muerte. *
GARIN, Nicolás
708.—La primavera de la vida.
719.—Los colegiales.
749.—Los estudiantes
883.—Los ingenieros. *
GASKELL, Isabel C.
935.—Mi prima Filis
1053—María Barton *
1086.—Cranford. *
GAUTIER, Teófilo
1425.—La novela de una momia.
GAYA NUÑO, Juan Antonio
1377.—El santero de San Saturio
GELIO, Aulo
1128—Noches áticas (Selección.)
GÉRARD, Julio
267.—El matador de leones.
GIACOMO, Salvatore di
1538.—Cuentos napolitanos.
GIBBON, Edward
915.—Autobiografía
GIL, Martín
447.—Una novena en la sierra.
GIRAUDOUX, Jean
1267.—La escuela de los indiferentes.
1395.—Simón el patético
GOBINEAU, Conde de
893.—La danzarina de Shamakha y otras novelas asiáticas
1036.—El Renacimiento. *
1476.—La vida de viaje y otras novelas asiáticas
GOETHE, J. W.
60.—Las afinidades electivas *
449.—Las cuitas de Werther
608.—Fausto.
752.—Egmont
1023.—Hermann y Dorotea
1038.—Memorias de mi niñez *
1055.—Memorias de la Universidad *
1076.—Memorias del joven escritor *
1096.—Campaña de Francia y Cerco de Maguncia *
GOGOL, Nicolás
173.—Tarás Bulba. Nochebuena
746.—Cuentos ucranios
907.—El retrato y otros cuentos
1469.—El capote y otros cuentos
GOLDONI, Carlos
1025.—La posadera
GOLDSMITH, Oliverio
669.—El vicario de Wakefield *
GOMES DE BRITO, Bernardo
825.—Historia trágico-marítima *
GÓMEZ DE AVELLANEDA, Gertrudis
498.—Antología (Poesías y cartas amorosas.)
GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón
14.—La mujer de ámbar
143.—Greguerías (Selección 1910 1960.)
308.—Los muertos y las muertas. *
427.—Don Ramón María del Valle-Inclán. *
920.—Goya. *
1171.—Quevedo. *
1212.—Lope viviente.
1299.—Pipo bajo
1310.—Cartas a las golondrinas. Cartas a mí mismo. *
1321.—Caprichos. *
1330.—El hombre perdido *
1380.—Nostalgias de Madrid. *
1400.—El circo. *
1441.—El torero Caracho
1524.—El novelista *
1555.—¡Rebeca! *
GOMPERTZ, Mauricio, y MASSINGHAM, H. J.
529.—La panera de Egipto. La Edad de Oro.
GONCOURT, Edmundo de
873.—Los hermanos Zémganno. *
GONCOURT, E., y J. de
853.—Renata Mauperín. *
916.—Germinia Lacerteux *
GONGORA, Luis de
75.—Antología
GONZÁLEZ DE CLAVIJO, Ruy
1104.—Relación de la embajada de Enrique III al Gran Tamerlán. *
GONZÁLEZ MARTÍNEZ, Enrique
333.—Antología poética
GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro, y PÉREZ DE AYALA, Martín
689.—El Concilio de Trento
GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis
494.—México viejo y anecdótico.
GONZÁLEZ RUANO, César
1285.—Baudelaire *
GORKI, Máximo
1364.—Varenka Olesova. Malva y otros cuentos *
GOSS, Madeleine
587.—Sinfonía inconclusa. (La historia de Franz Schubert.) *
GOSS, Madeleine, y SCHAUFFLER, Robert Haven
670.—Brahms, un maestro en la música *
GOSSE, Philip
795.—Los corsarios berberiscos. Los piratas del Norte (Historia de la piratería.)
814.—Los piratas del Oeste. Los piratas de Oriente (Historia de la piratería.) *
GRACIÁN, Baltasar
49.—El héroe. El discreto
258.—Agudeza y arte de ingenio *
400.—El Criticón *
GRANADA, Fray Luis de
642.—Introducción del símbolo de la fe *
1139.—Vida del venerable maestro Juan de Ávila.
GUÉRARD, Albert
1040.—Breve historia de Francia *
GUERRA JUNQUEIRO, A.
1213.—Los simples
GUERTSEN, A. I.
1378.—¿Quién es culpable? *
GUEVARA, Fray Antonio de
242.—Epístolas familiares
759.—Menosprecio de corte y alabanza de aldea
GUICCIARDINI, Francisco
786.—De la vida política y civil.
GUINNARD, A.
191.—Tres años de esclavitud entre los patagones.
GUNTHER, John
1030.—Muerte, no te enorgullezcas *
GUY, Alain
1427.—Ortega y Gasset, crítico de Arte (Ensayo.)
HALCÓN, Manuel
1503.—Monólogo de una mujer fría. *
1522.—Ir a más. *
1535.—Desnudo pudor *
HARDY, Thomas
25.—La bien amada
1432.—Lejos del mundanal ruido *
HARTE, Francisco Bret
963.—Cuentos del Oeste *
1126.—Maruja.
1156.—Una noche en vagón-cama
HATCH, Alden, y WALSHE, Seamus
1335.—Corona de gloria (Vida de papa Pío XII.) *
HAWTHORNE, Nathaniel
819.—Cuentos de la Nueva Holanda
1082.—La letra roja. *
HEARDER, H., y WALEY, D. P.
1393.—Breve historia de Italia *
HEARN, Lafcadio
217.—Kwaidan
1029.—El romance de la Vía Láctea
HEBBEL, C. F.
569.—Los Nibelungos
HEBREO, León
704.—Diálogos de amor. *
HEGEL, G. W. F.
594.—De lo bello y sus formas. *
726.—Sistema de las artes (Arquitectura, escultura pintura y música.)
773.—Poética *
HEINE, Enrique
184.—Noches florentinas
952.—Cuadros de viaje *
HENNINGSEN, C. F.
730.—Zumalacárregui *
HERCZEG, Ferenc
66.—La familia Gyurkovics *
HERNÁNDEZ, José
8.—Martín Fierro
HERNÁNDEZ, Miguel
908.—El rayo que no cesa
HERNANDEZ NAVARRO, Antonio José
1447.—Ida y vuelta *
HESSE, Hermann
925.—Gertrudis
1151.—A una hora de medianoche
HESSEN, J.
107.—Teoría del conocimiento
HEURTLEY, W. A., DARBY, H. C., CRAWLEY., C. W., y WOODHOUSE, C. M.
1417.—Breve historia de Grecia *

INDICE DE AUTORES

HEXTER, George J., y FARMER, Laurence
1137 —¿Cuál es su alergia?

HEYSE, Paul
982 —El camino de la felicidad

HILL, A. V., STARK, L. M., PRICE, G. A., y otros
944 —Ciencia y civilización. *

HOFFMANN
863 —Cuentos *

HOMERO
1004 —Odisea. *
1207 —La Ilíada. *

HORACIO
643 —Odas Epodos

HORIA, Vintila
1424 —Dios ha nacido en el exilio *

HOWIE, Edith
1164.—El regreso de Nola.
1366 —La casa de piedra

HUARTE, Juan
599 —Examen de ingenios para las ciencias *

HUDSON, G. E.
182.—El ombú y otros cuentos rioplatenses

HUGO, Víctor
619 —Hernani. El rey se divierte.
652.—Literatura y filosofía.
673.—Cromwell. *
1374 —Bug-Jargal. *

HUMBOLDT, Guillermo de
1012 —Cuatro ensayos sobre España y América *

HURET, Jules
1075.—La Argentina.

IBARBOUROU, Juana de
265 —Poemas

IBSEN, Henrik
193 —Casa de muñecas. Juan Gabriel Borkman

ICAZA, Carmen de
1233 —Yo, la reina. *

INSÚA, Alberto
82 —Un corazón burlado
216 —El negro que tenía el alma blanca. *
328 —La sombra de Peter Wald *

IRIARTE, Tomás de
1247 —Fábulas literarias

IRIBARREN, Manuel
1027 —El príncipe de Viana. *

IRVING, Washington
186 —Cuentos de la Alhambra. *
476 —La vida de Mahoma *
765 —Cuentos del antiguo Nueva York.

ISAACS, Jorge
913 —María *

ISÓCRATES
412 —Discursos histórico-políticos.

JACOT, Luis
1167.—El Universo y la Tierra.
1189 —Materia y vida. *
1216.—El mundo del pensamiento

JAMESON, Egon
93 —De la nada a millonarios

JAMMES, Francis
3 —Rosario al Sol
894 —Los Robinsones vascos

JANINA, Condesa Olga («Robert Franz»)
782 —Los recuerdos de una cosaca

JARDIEL PONCELA, Enrique
1533.—Angelina o El honor de un brigadier. Un marido de ida y vuelta. *
1573.—Eloisa está debajo de un almendro. Las cinco advertencias de Satanás *

JARNÉS, Benjamín
1431 —Castelar, hombre del Sinaí. *
1497.—Sor Patrocinio, la monja de las llagas *
1511 —Zumalacárregui, el caudillo romántico. *
1521 —Doble agonía de Bécquer. *

JENOFONTE
79.—La expedición de los diez mil (Anábasis)

JIJENA SÁNCHEZ, Lidia R. de
1114.—Poesía popular y tradicional americana. *

JIMÉNEZ, Juan Ramón
1460.—Segunda antología poética (1898-1918.) *

JOKAI, Mauricio
919.—La rosa amarilla

JOLY, Henri
812 —Obras clásicas de la filosofía. *

JONES, T. W., y FOURNIER D'ALBE, E. E.
663 —Hermes. Efestos. Quo Vadimus

JORDÁ, Enrique
1474.—El director de orquesta ante la partitura.

JOVELLANOS, Gaspar Melchor de
1367 —Espectáculos y diversiones públicas. El castillo de Bellver.

JUAN ARBÓ, Sebastián
1507 —Martín de Caretas en el pueblo.
1508 —Martín de Caretas en el campo *
1509 —Martín de Caretas en la ciudad *

JUAN MANUEL, Don
676.—El conde Lucanor.

JUNCO, Alfonso
159.—Sangre de Hispania.

JUVENAL
1344.—Sátiras.

KANT, Emanuel
612.—Lo bello y lo sublime. La paz perpetua
648 —Fundamentación de la metafísica de las costumbres

KARR, Alfonso
942 —La Penélope normanda

KELLER, Gottfried
383 —Los tres honrados peineros y otras novelas

KELLER, Gottfried, y ANÓNIMO
1372.—Siete leyendas. Leyendas y cuentos del folklore suizo

KEYSERLING, Conde de
92.—La vida íntima.
1351 —La angustia del mundo.

KIERKEGAARD, Soren
158 —El concepto de la angustia
1132 —Diario de un seductor

KINGSTON, W. H. G.
375.—A lo largo del Amazonas. *
474 —Salvado del mar. *

KIPLING, Rudyard
821 —Capitanes valientes *

KIRKPATRICK, F. A.
130.—Los conquistadores españoles. *

KITCHEN, Fred
831.—A la par de nuestro hermano el buey. *

KLEIST, Heinrich von
865 —Michael Kohlhaas.

KOEHLER, R. Portner
734 —Cadáver en el viento. *

KOESSLER ILG, Bertha
1208 —Cuentan los araucanos.

KOROLENKO, Vladimiro
1133 —El día del juicio y otras novelas

KOTZEBUE, Augusto de
572 —De Berlín a París en 1804. *

KSCHEMISVARA, y LI HSING-TAO
215 —La ira de Caúsica. El círculo de tiza.

KUPRIN, Alejandro
1389.—El brazalete de rubíes y otras novelas y cuentos. *

LABIN, Eduardo
575.—La liberación de la energía atómica.

LACARRA, José María
1435.—Aragón en el pasado. *

LA CONDAMINE, Carlos María de
268.—Viaje a la América meridional.

LACRETELLE, Jaques y Pierre de
1553.—Racine. *

LAERCIO, Diógenes
879.—*Vidas de los filósofos más ilustres. (Libros I a III.)
936.—**Vidas de los filósofos más ilustres. (Libros IV a VII.)
978.—***Vidas de los filósofos más ilustres. (Libros VIII a X.)

LA FAYETTE, Madame de
976.—La princesa de Clèves

LAFFAN, R. G. D., CLISSOLD, S., DARBY, H. C., SETON-WATSON, R. W., AUTY, P.
1458.—Breve historia de Yugoslavia. *

LAÍN ENTRALGO, Pedro
784.—La generación del noventa y ocho *
911 —Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal.
1077.—Menéndez Pelayo. *
1279 —La aventura de leer. *
1452.—A qué llamamos España.
1470 —Gregorio Marañón: Vida, obra y persona. *

LAMARTINE, Alfonso de
858 —Graziella
922 —Rafael
983.—Jocelyn. *
1073.—Las confidencias *

LAMB, Carlos
675 —Cuentos basados en el teatro de Shakespeare. *

LAPLACE, Pierre S.
688.—Breve historia de la astronomía

LARBAUD, Valéry
40 —Fermina Márquez

LA ROCHEFOUCAULD, F. de
929 —Memorias. *

ÍNDICE DE AUTORES

LARRA, Mariano José de
306.—Artículos de costumbres.
LARRAZ, José
1436.—¡Don Quijancho, maestro! *
LARRETA, Enrique
74.—La gloria de don Ramiro. *
85.—«Zogoibi».
247.—Sta. María del Buen Aire. Tiempos iluminados
382.—La calle de la Vida y de la Muerte
411.—Tenía que suceder. Las dos fundaciones de Buenos Aires
438.—El linyera. Pasión de Roma
510.—La que buscaba Don Juan. Artemis. Discursos
560.—Jerónimo y su almohada. Notas diversas
700.—La naranja
921.—Orillas del Ebro *
1210.—Tres films
1270.—Clamor
1276.—El Gerardo *
LATORRE, Mariano
680.—Chile, país de rincones. *
LATTIMORE, Owen y Eleanor
994.—Breve historia de China. *
LEÓN, Fray Luis de
51.—La perfecta casada
522.—De los nombres de Cristo. *
LEÓN, Ricardo
370.—Jauja.
391.—¡Desperta, ferro!
481.—Caste de hidalgos. *
521.—El amor de los amores. *
561.—Las siete vidas de Tomás Portolés
590.—El hombre nuevo. *
1291.—Alcalá de los Zegríes. *
LEOPARDI, Giacomo
81.—Diálogos.
LÉRMONTOF, M. I.
148.—Un héroe de nuestro tiempo
LEROUX, Gastón
293.—La esposa del Sol. *
378.—La muñeca sangrienta.
392.—La máquina de asesinar
LEUMANN, Carlos Alberto
72.—La vida victoriosa.
LEVENE, Ricardo
303.—La cultura histórica y el sentimiento de la nacionalidad. *
702.—Historia de las ideas sociales argentinas. *
1060.—Las Indias no eran colonias
LEVILLIER, Roberto
81.—Estampas virreinales americanas
419.—Nuevas estampas virreinales. Amor con dolor se paga
LÉVI-PROVENÇAL, E.
1161.—La civilización árabe en España
LI HSING-TAO, y KSCHEMISVARA
215.—El círculo de tiza. La ira de Causica
LINKLATER, Eric
631.—María Estuardo
LISZT, Franz
576.—Chopin
LISZT, Franz, y WAGNER, Ricardo
763.—Correspondencia
LOEBEL, José
997.—Salvadores de vidas
LONDON, Jack
766.—Colmillo blanco *
LONG, Amelia Reynolds
718.—La sinfonía del crimen
977.—Crimen en tres tiempos.
1187.—El manuscrito de Poe
1353.—Una vez absuelto *
LÓPEZ IBOR, Juan José
1034.—La agonía del psicoanálisis
LO TA KANG
787.—Antología de cuentistas chinos.
LOTI, Pierre
1198.—Ramuncho. *
LOZANO, Cristóbal
1228.—Historias y leyendas
LUCIANO
1175.—Diálogos de los dioses. Diálogos de los muertos.
LUCRECIO CARO, Tito
1403.—De la naturaleza de las cosas. *
LUGONES, Leopoldo
200.—Antología poética. *
232.—Romancero.
LUIS XIV
705.—Memorias sobre el arte de gobernar
LULIO, Raimundo
889.—Libro del Orden de Caballería. Príncipes y juglares
LUMMIS, Carlos F.
514.—Los exploradores españoles del siglo XVI. *
LYTTON, Bulwer
136.—Los últimos días de Pompeya. *
MA CE HWANG
805.—Cuentos chinos de tradición antigua
1214.—Cuentos humorísticos orientales.
MAC DONALD, Philip, y CORREL, A. Boyd
1057.—La rueda oscura. *
MACHADO, Antonio
149.—Poesías completas *
1530.—Juan de Mairena *
MACHADO, Manuel
131.—Antología
MACHADO, Manuel y Antonio
260.—La duquesa de Benamejí. La prima Fernanda. Juan de Mañara. *
706.—Las adelfas. El hombre que murió en la guerra
1011.—La Lola se va a los puertos. Desdichas de la fortuna o Julianillo Valcárcel *
MACHADO Y ÁLVAREZ, Antonio
745.—Cantes flamencos
MACHADO DE ASSÍS, José María
1246.—Don Casmurro *
MADARIAGA, Salvador de
1500.—Mujeres españolas. *
1538.—Arcevel y los ingleses *
MAETERLINCK, Maurice
385.—La vida de los termes
557.—La vida de las hormigas
606.—La vida de las abejas. *
MAEZTU, María de
330.—Antología. Siglo XX. Prosistas españoles. *
MAEZTU, Ramiro de
31.—Don Quijote, Don Juan y La Celestina.
777.—España y Europa.
MAGDALENO, Mauricio
844.—La tierra grande. *
931.—El resplandor *
MAISTRE, Javier de
962.—Viaje alrededor de mi cuarto. La joven siberiana.
1423.—Expedición nocturna alrededor de mi cuarto. El leproso de la ciudad de Aosta. Los prisioneros del Cáucaso
MAISTRE, José de
345.—Las veladas de San Petersburgo. *
MALLEA, Eduardo
102.—Historia de una pasión argentina
202.—Cuentos para una inglesa desesperada
402.—Rodeada está de sueño.
502.—Todo verdor perecerá
602.—El retorno
MANACORDA, Telmo
613.—Fructuoso Rivera, el perpetuo defensor de la República Oriental
MANRIQUE, Gómez
665.—Regimiento de príncipes y otras obras
MANRIQUE, Jorge
135.—Obra completa
MANSILLA, Lucio V.
113.—Una excursión a los indios ranqueles *
MANTOVANI, Juan
967.—Adolescencia. Formación y cultura
MANZONI, Alejandro
943.—El conde de Carmagnola.
MAÑACH, Jorge
252.—Martí, el apóstol. *
MAQUIAVELO, Nicolás
69.—El Príncipe. (Comentado por Napoleón Bonaparte.)
MARAGALL, Juan
998.—Elogios
MARAÑÓN, Gregorio
62.—El conde-duque de Olivares. *
129.—Don Juan.
140.—Tiempo viejo y tiempo nuevo
185.—Vida e historia
196.—Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo
360.—El «Empecinado» visto por un inglés
408.—Amiel. *
600.—Ensayos liberales
661.—Vocación y ética y otros ensayos
710.—Españoles fuera de España
1111.—Raíz y decoro de España
1201.—La medicina y nuestro tiempo
MARCO AURELIO
758.—Soliloquios o reflexiones morales. *

INDICE DE AUTORES

MARCOY, Paul
163.—Viaje por los valles de la quina. *

MARCU, Valeriu
530.—Maquiavelo, la escuela del Poder. *

MARECHAL, Leopoldo
941.—Antología poética.

MARÍAS, Julián
804.—Filosofía española actual.
991.—Miguel de Unamuno. *
1071.—El tema del hombre. *
1206.—Aquí y ahora.
1410.—El oficio del pensamiento. *
1438.—El intelectual y su mundo.

MARICHALAR, Antonio
78.—Riesgo y ventura del duque de Osuna.

MARIN, Juan
1090.—Lao-Tzze o El universismo mágico.
1165.—Confucio o El humanismo didactizante.
1189.—Buda o La negación del mundo *

MARMIER, Javier
592.—A través de los trópicos. *

MÁRMOL, José
1018.—Amalia. *

MARQUINA, Eduardo
1140.—En Flandes se ha puesto el sol. Las hijas del Cid. *

MARRYAT, Federico
956.—Los cautivos del bosque *

MARTI, José
1169.—Páginas escogidas. *

MARTINEZ SIERRA, Gregorio
1190.—Canción de cuna.
1231.—Tú eres la paz. *
1245.—El amor catedrático.

MARTINEZ MARTÍN, Leonor
1518.—Antología de poesía árabe con temporánea. *

MASSINGHAM, H. J., y GOMPERTZ, Mauricio
529.—La Edad de Oro. La panera de Egipto.

MAURA, Antonio
231.—Discursos conmemorativos. *

MAURA GAMAZO, Gabriel, duque de Maura
240.—Rincones de la historia. (Siglos VIII al XII) *

MAUROIS, André
2.—Disraeli. *
750.—Lincoln (Estados Unidos 1946)
1204.—Siempre ocurre lo inesperado
1255.—En busca de Marcel Proust. *
1261.—La comida bajo los castaños. *

MAYORAL, Francisco
897.—Historia del sargento Mayoral.

MEDIO, Dolores
154.—Farsa de verano *

MEDRANO, Samuel W.
960.—El libertador José de San Martín *

MELEAGRO y otros
131.—Poetas líricos griegos

MELVILLE, Herman
830.—Typee (una narración de los mares del Sur) *

MÉNDEZ PEREIRA, Octavio
166.—Núñez de Balboa (El tesoro del Dabaibe.)

MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino
251.—San Isidoro, Cervantes y otros estudios
350.—Poetas de la corte de Don Juan II. *
597.—El abate Marchena
691.—La Celestina. *
715.—Historia de la poesía argentina
820.—Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana. *

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón
28.—Estudios literarios. *
55.—Los romances de América y otros estudios.
100.—Flor nueva de romances viejos. *
110.—Antología de prosistas españoles. *
120.—De Cervantes y Lope de Vega
172.—Idea imperial de Carlos V
190.—Poesía árabe y poesía europea. *
250.—El idioma español en sus primeros tiempos
280.—La lengua de Cristóbal Colón
300.—Poesía juglaresca y juglares. *
501.—Castilla: la tradición, el idioma. *
800.—Tres poetas primitivos. (Elena y María «Roncesvalles» Historia troyana polimétrica.)
1000.—El Cid Campeador. *
1051.—De primitiva lírica española y antigua épica.
1110.—Miscelánea histórico literaria
1260.—Los españoles en la historia. *
1268.—Los Reyes Católicos y otros estudios.
1271.—Los españoles en la literatura.
1275.—Los godos y la epopeya española. *
1280.—España, estaban entre la Cristiandad y el Islam.
1286.—El P. Las Casas y Vitoria, con otros temas de los siglos XVI y XVII
1301.—En torno a la lengua vasca.
1312.—Estudios de lingüística
1561.—La epopeya castellana a través de la literatura española. *

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón y otros
1297.—Seis temas peruanos

MERA, Juan León
1035.—Cumandá o Un drama entre salvajes *

MEREJKOVSKY, Dimitri
30.—Vida de Napoleón. *
737.—El misterio de Alejandro I. *
764.—El fin de Alejandro I. *
884.—Compañeros eternos. *

MÉRIMÉE, Próspero
152.—Mateo Falcone y otros cuentos.
986.—La Venus de Ille.
1063.—Crónica del reinado de Carlos IX. *
1143.—Carmen. Doble error
1472.—Colomba

MESA, Enrique de
223.—Antología poética

MESONERO ROMANOS, Ramón de
283.—Escenas matritenses.

MEUMANN, E.
578.—Introducción a la estética actual.
778.—Sistema de estética

MIELI, Aldo
431.—Lavoisier y la formación de la teoría química moderna
485.—Volta y el desarrollo de la electricidad
1017.—Breve historia de la biología.

MIHURA, Miguel
1537.—Tres sombreros de copa. Maribel y la extraña familia. *
1570.—Melocotón en almíbar. Ninette y un señor de Murcia *

MILTON, John
1013.—El paraíso perdido. *

MILL, John Stuart
83.—Autobiografía.

MILLAU, Francisco
707.—Descripción de la provincia del Río de la Plata (1772.)

MIQUELARENA, Jacinto
854.—Don Adolfo, el libertino

MIRLAS, León
1227.—Helen Keller (Historia de una voluntad.)

MIRÓ, Gabriel
1102.—Glosas de Sigüenza.

MISTRAL, Federico
806.—Mireya

MISTRAL, Gabriela
503.—Ternura
1002.—Desolación. *

MOLIÈRE
106.—El ricachón en la corte. El enfermo de aprensión
948.—Tartufo. Don Juan o El convidado de piedra.

MOLINA, Tirso de
73.—El vergonzoso en Palacio. El burlador de Sevilla. *
369.—La prudencia en la mujer. El condenado por desconfiado.
442.—La gallega Mari-Hernández. La firmeza en la hermosura
1405.—Cigarrales de Toledo. *
1475.—El bandolero *

MONCADA, Francisco de
405.—Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos

MONTAIGNE, Miguel de
903.—Ensayos escogidos

MONTERDE, Francisco
870.—Moctezuma II, señor del Anáhuac.

MONTESQUIEU, Barón de
253.—Grandeza y decadencia de los romanos
862.—Ensayo sobre el gusto

MOORE, Tomás
1015.—El epicúreo

MORALES PADRÓN, Francisco
1565.—Los Conquistadores de América.

MORAND, Paul
16.—Nueva York.

MORATÍN, Leandro Fernández de
335.—La comedia nueva o El café. El sí de las niñas

INDICE DE AUTORES

MORETO, Agustín
119.—El lindo don Diego. No puede ser el guardar una mujer.

MOURE-MARIÑO, Luis
1306.—Fantasías reales. (Almas de un protocolo.) *

MUÑOZ, Rafael F.
178.—Se llevaron el cañón para Bachimba.
896.—¡Vámonos con Pancho Villa! *

MURGER, Enrique
1482.—El zueco rojo. *

MURRAY, Gilbert
1185.—Esquilo. *

MUSSET, Alfredo de
492.—Cuentos. (Mimí Pinsón. El lunar. Croisilles. Pedro y Camila.)

NAPOLEÓN III
798.—Ideas napoleónicas.

NAVARRO Y LEDESMA, Francisco
401.—El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra. *

NERUDA, Jan
397.—Cuentos de la Malá Strana.

NERVAL, Gerardo de
927.—Silvia. La mano encantada. Noches de octubre

NERVO, Amado
32.—La amada inmóvil.
175.—Plenitud
211.—Serenidad
311.—Elevación
373.—Poemas
434.—El arquero divino.
458.—Perlas negras. Místicas.

NEWTON, Isaac
334.—Selección.

NIETZSCHE, Federico
356.—El origen de la tragedia.

NODIER, Charles
933.—Recuerdos de juventud.
1437.—El Hada de las Migajas. *

NOEL, Eugenio
1327.—España nervio a nervio. *

NOVALIS
1008.—Enrique de Ofterdingen.

NOVÁS CALVO, Lino
194.—Pedro Blanco, el Negrero. *
573.—Cayo Canas

NOVO, Salvador
797.—Nueva grandeza mexicana

NÚÑEZ CABEZA DE VACA, Álvar
304.—Naufragios y comentarios. *

OBLIGADO, Carlos
257.—Los poemas de Edgar Poe.
848.—Patria. Ausencia

OBLIGADO, Pedro Miguel
1176.—Antología poética

OBLIGADO, Rafael
197.—Poesías. *

OBREGÓN, Antonio de
1194.—Villón, poeta del viejo París. *

O'HENRY
1184.—Cuentos de Nueva York
1256.—El alegre mes de mayo y otros cuentos *

OPPENHEIMER, J. R., y otros
987.—Hombre y ciencia (Un desafío al mundo.) *

ORDOÑEZ DE CEBALLOS, Pedro
695.—Viaje del mundo. *

ORTEGA Y GASSET, José
1.—La rebelión de las masas. *
11.—El tema de nuestro tiempo.
45.—Notas.
101.—El libro de las misiones.
151.—Ideas y creencias. *
181.—Tríptico: Mirabeau o el político. Kant. Goethe desde dentro.
201.—Mocedades
1322.—Velázquez. *
1328.—La caza y los toros.
1333.—Goya.
1338.—Estudios sobre el amor. *
1345.—España invertebrada
1350.—Meditaciones del Quijote. Ideas sobre la novela. *
1354.—Meditación del pueblo joven.
1360.—Meditación de la técnica.
1365.—En torno a Galileo. *
1370.—Espíritu de la letra. *
1381.—El espectador, tomo I. *
1390.—El espectador, tomo II.
1407.—El espectador, tomos III y IV. *
1414.—El espectador, tomos V y VI. *
1420.—El espectador, tomos VII y VIII. *
1440.—Historia como sistema.
1501.—El hombre y la gente. *
1551.—¿Qué es filosofía? *

OSORIO LIZARAZO, José A.
947.—El hombre bajo la tierra. *

OVIDIO NASÓN, Publio
995.—Las heroidas. *
1326.—Las metamorfosis. *

OZANAM, Antonio F.
868.—Los poetas franciscanos de Italia en el siglo XIII.
939.—Una peregrinación al país del Cid y otros escritos.

PACAUT, Marcel
1492.—Federico Barbarroja. *

PALACIO VALDÉS, Armando
76.—La hermana San Sulpicio. *
133.—Marta y María. *
155.—Los majos de Cádiz. *
189.—Riverita. *
218.—Maximina. *
266.—La novela de un novalista. *
277.—José.
298.—La alegría del capitán Ribot.
368.—La aldea perdida. *
588.—Años de juventud del doctor Angélico *

PALMA, Ricardo
52.—Tradiciones peruanas (1.ª selección.)
132.—Tradiciones peruanas (2.ª selección.)
309.—Tradiciones peruanas (3.ª selección.)

PAPP, Desiderio
443.—Más allá del Sol. (La estructura del Universo.)
980.—El problema del origen de los mundos

PARDO BAZÁN, Condesa de
780.—La sirena negra
1243.—Insolación
1368.—El saludo de las brujas. *

PARRY, William E.
537.—Tercer viaje para el descubrimiento de un paso por el Noroeste

PASCAL
96.—Pensamientos

PEERS, E. Allison
671.—El misticismo español. *

PELLICO, Silvio
144.—Mis prisiones.

PEMÁN, José María
234.—Noche de Levante en calma. Julieta y Romeo.
1240.—Antología de poesía lírica.

PEPYS, Samuel
1242.—Diario. *

PEREDA, José María de
58.—Don Gonzalo González de la Gonzalera. *
414.—Peñas arriba. *
436.—Sotileza. *
454.—El sabor de la tierruca. *
487.—De tal palo, tal astilla. *
528.—Pedro Sánchez. *
559.—El buey suelto... *

PEREYRA, Carlos
236.—Hernán Cortés. *

PÉREZ DE AYALA, Martín, y GONZÁLEZ DE MENDOZA, Pedro
689.—El Concilio de Trento.

PÉREZ DE AYALA, Ramón
147.—Las máscaras. *
183.—La pata de la raposa. *
198.—Tigre Juan.
210.—El curandero de su honra.
249.—Poesías completas. *

PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán
725.—Generaciones y semblanzas.

PÉREZ FERRERO, Miguel
1135.—Vida de Antonio Machado y Manuel. *

PÉREZ MARTÍNEZ, Héctor
531.—Juárez, el Imposible.
807.—Cuauhtemoc. (Vida y muerte de una cultura.) *

PERNOUD, Régine
1464.—Leonor de Aquitania. *
1548.—Eloísa y Abelardo. *

PFANDL, Ludwig
17.—Juana la Loca

PIGAFETTA, Antonio
207.—Primer viaje en torno del globo.

PLA, Cortés
315.—Galileo Galilei
533.—Isaac Newton *

PLATÓN
44.—Diálogos *
220.—La República o el Estado. *
639.—Apología de Sócrates. Critón o El deber del ciudadano

PLAUTO
1388.—Anfitrión. La comedia de la olla

PLOTINO
985.—El alma, la belleza y la contemplación

PLUTARCO
228.—Vidas paralelas: Alejandro-Julio César
458.—Vidas paralelas: Demóstenes-Cicerón. Demetrio-Antonio

INDICE DE AUTORES

818.—Vidas paralelas: Teseo-Rómulo. Licurgo-Numa.
843.—Vidas paralelas: Solón-Publícola. Temistocles-Camilo
868.—Vidas paralelas: Pericles-Fabio Máximo Alcibiades-Coriolano.
918.—Vidas paralelas: Aristides-Marco Catón. Filopemen-Tito Quincio Flaminino.
946.—Vidas paralelas: Pirro-Cayo Mario. Lisandro-Sila.
969.—Vidas paralelas: Cimón-Lúculo Nicias-Marco Craso
993.—Vidas paralelas: Sertorio-Eumenes. Focción-Catón el Menor
1043.—Vidas paralelas: Dión-Bruto.
1019.—Vidas paralelas: Agis-Cleomenes. Tiberio-Cayo Graco.
1095.—Vidas paralelas: Timoleón-Paulo Emilio. Pelópidas-Marcelo.
1123.—Vidas paralelas: Agesilao-Pompeyo
1148.—Vidas paralelas: Artojerjes-Arato. Galba Otón.

POE, Edgard Allan
735.—Aventuras de Arturo Gordon Pym. *

POINCARÉ, Henri
379.—La ciencia y la hipótesis. *
409.—Ciencia y método. *
579.—Ultimos pensamientos.
628.—El valor de la ciencia

POLO, Marco
1052.—Viajes. *

PRAVIEL, Armando
21.—La vida trágica de la emperatriz Carlota

PRÉLAT, Carlos E., y ALSINA FUERTES, F.
1037.—El mundo de la mecánica.

PRÉVOST, Abate
89.—Manon Lescaut

PRÉVOST, Marcel
761.—El arte de aprender.

PRICE, G. A., STARK, L. M., HILL, A. V., y otros
944.—Ciencia y civilización. *

PRIETO, Jenaro
137.—El socio

PROCTOR, Dennis
1568.—La expedición de Aníbal en la historia. *

PUIG, S. I. Ignacio
456.—¿Qué es la física cósmica? *
980.—La edad de la Tierra.

PULGAR Fernando del
832.—Claros varones de Castilla

PUSHKIN, Alejandro S.
123.—La hija del capitán. La nevasca.
1125.—La dama de los tres naipes y otros cuentos.
1136.—Dubrovsky. La campesina señorita

QUEVEDO, Francisco de
24.—Historia de la vida del Buscón
36.—Antología poética
536.—Los sueños. *
676.—Política de Dios y gobierno de Cristo. *
957.—Vida de Marco Bruto.

QUILES, S. I., Ismael
467.—Aristóteles: Vida, escritos y doctrina
527.—San Isidoro de Sevilla. (Biografía. Escritos. Doctrina.)
874.—Filosofía de la religión.
1107.—Sartre y su existencialismo.

QUINCEY, Tomás de
1169.—Confesiones de un comedor de opio inglés *
1355.—El asesinato, considerado como una de las bellas artes. El coche correo inglés.

QUINTANA, Manuel José
388.—Vida de Francisco Pizarro.
826.—Vidas de españoles célebres. El Cid. Guzmán el Bueno Roger de Lauria.
1352.—Vidas de españoles célebres. El príncipe de Viana. El Gran Capitán.

RACINE, Juan
839.—Athalia Andrómaca.

RADA Y DELGADO, Juan de Dios de la
281.—Mujeres célebres de España y Portugal (Primera selección.)
292.—Mujeres célebres de España y Portugal. (Segunda selección.)

RAINIER, Peter W.
724.—África del recuerdo. *

RAMÍREZ CABAÑAS, Joaquín
358.—Antología de cuentos mexicanos. (1875-1910)

RAMÓN Y CAJAL, Santiago
90.—Mi infancia y juventud. *
167.—Charlas de café. *
214.—El mundo visto a los ochenta años. *
227.—Los tónicos de la voluntad. *
241.—Cuentos de vacaciones. *
1200.—La psicología de los artistas

RAMOS, Graciliano
1564.—Vidas secas

RAMOS, Samuel
974.—Filosofía de la vida artística.
1080.—El perfil del hombre y la cultura en México.

RANDOLPH, Marion
817.—La mujer que amaba las lilas.
837.—El buscador de su muerte. *

RAVAGE, M. E.
489.—Cinco hombres de Francfort. *

REGA MOLINA, Horacio
1186.—Antología poética.

REID, Thomas Mayne
317.—Los tiradores de rifle. *
1539.—Los cazadores de plantas *

REISNER, Mary
664.—La casa de telarañas. *

RENARD, Jules
1083.—Diario

RENOUVIER, Charles
932.—Descartes

REY PASTOR, Julio
301.—La ciencia y la técnica en el descubrimiento de América

REYES, Alfonso
901.—Tertulia de Madrid
954.—Cuatro ingenios
1020.—Trazos de historia literaria.
1054.—Medallones.

REYLES, Carlos
86.—El gaucho Florido.
208.—El embrujo de Sevilla

RIBADENEYRA, Pedro de
634.—Vida de Ignacio de Loyola. *

RICKERT, H.
347.—Ciencia cultural y ciencia natural. *

RILKE, Rainer María
1446.—Antología poética. *

RIQUER, Martín de
1397.—Caballeros andantes españoles.

RIVAS, Duque de
46.—Romances. *
656.—Sublevación de Nápoles capitaneada por Masaniello. *
1016.—Don Alvaro o La fuerza del sino

RODENBACH, Jorge
829.—Brujas, la muerta

RODEZNO, Conde de
841.—Carlos VII, duque de Madrid

RODÓ, José Enrique
866.—Ariel.

ROJAS, Fernando de
195.—La Celestina.

ROJAS, Francisco de
104.—Del rey abajo, ninguno. Entre bobos anda el juego

ROMAINS, Jules
1484.—Marco Aurelio o el emperador de buena voluntad.

ROMANONES, Conde de
770.—Doña María Cristina de Habsburgo y Lorena
1316.—Salamanca, conquistador de riqueza, gran señor.
1348.—Amadeo de Saboya, el Rey efímero. *

ROMERO, Francisco
940.—El hombre y la cultura.

ROMERO, José Luis
1117.—De Herodoto a Polibio

ROSENKRANTZ, Palle
534.—Los gentileshombres de Lindenborg. *

ROSTAND, Edmundo
1116.—Cyrano de Bergerac. *

ROUSSEAU, Juan Jacobo
1445.—Contrato social

ROUSSELET, Luis
327.—Viaje a la India de los maharajahs

ROUSSELOT, Xavier
965.—San Alberto. Santo Tomás y San Buenaventura

ROUX, Georges
1498.—La guerra napoleónica de España. *

RUEDA, Lope de
479.—Eufemia Armelina. El deleitoso

RUIZ DE ALARCÓN, Juan
68.—La verdad sospechosa. Los pechos privilegiados

RUIZ GUIÑAZU, Enrique
1155.—La tradición de América. *

RUNCIMAN, Steven
1525.—La caída de Constantinopla. *

INDICE DE AUTORES

RUSKIN, John
958.—Sésamo y lirios. (Ensayos sociales.)

RUSSELL, Bertrand
23.—La conquista de la felicidad.
1387.—Ensayos sobre educación. *

SÁENZ HAYES, Ricardo
329.—De la amistad en la vida y en los libros

SAFO y otros
1332.—Poetas líricos griegos

SAIO ARMESTO, Víctor
562.—La leyenda de Don Juan. *

SAINT-PIERRE, Bernardino de
393.—Pablo y Virginia.

SAINTE-BEUVE, Charles A.
1045.—Retratos contemporáneos
1069.—Voluptuosidad. *
1109.—Retratos de mujeres.

SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos
114.—El «otro» Lope de Vega.
1334.—Fabulario español.
1489.—Breve historia de Madrid. *

SALAZAR, Adolfo
1514.—*La música de España (Desde las cuevas prehistóricas hasta el siglo XVI.) *
1515.—**La música de España (Desde el siglo XVI a Manuel de Falla.)

SALINAS, Pedro
1154.—Poemas escogidos

SALOM, Jaime
1529.—La casa de las chivas. El baúl de los disfraces *
1540.—La noche de los cien pájaros. Los delfines

SALOMÓN
464.—El Cantar de los Cantares (Versión de Fray Luis de León.)

SALTEN, Félix
363.—Los hijos de Bambi
371.—Bambi (Historia de una vida del bosque.)
395.—Renni, «el salvador» *

SALUSTIO, Cayo
366.—La conjuración de Catilina. La guerra de Jugurta

SAMANIEGO, Félix María
632.—Fábulas

SAN AGUSTÍN
559.—Ideario. *
1199.—Confesiones. *

SAN FRANCISCO DE ASIS
468.—Las florecillas. El cántico del Sol *

SAN FRANCISCO DE CAPUA
678.—Vida de Santa Catalina de Siena. *

SAN JUAN DE LA CRUZ
326.—Obras escogidas

SÁNCHEZ, Francisco
1463.—Que nada se sabe

SÁNCHEZ-SAEZ, Braulio
596.—Primera antología de cuentos brasileños. *

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio
1502.—Ben Ammar de Sevilla
1560.—El Islam de España y el Occidente *

SÁNCHEZ-SILVA, José María
1491.—Marcelino Pan y Vino. La burrita «Niño»

SAND, George
959.—Juan de la Roca *

SANDEAU, Jules
1485.—La señorita de la Seiglière.

SANDERS, George
657.—Crimen en mis manos *

SANTA CRUZ DE DUEÑAS, Melchor de
672.—Floresta española

SANTA MARINA, Luys
157.—Cisneros.

SANTA TERESA DE JESÚS
86.—Las Moradas
372.—Su vida. *
636.—Camino de perfección
999.—Libro de las fundaciones *

SANTILLANA, Marqués de
552.—Obras *

SANTO TOMÁS DE AQUINO
310.—Suma teológica (Selección.)

SANTO TOMÁS MORO
1153.—Utopía

SANZ EGAÑA, Cesáreo
1283.—Historia y bravura del toro de lidia *

SARMIENTO, Domingo F.
1058.—Facundo *

SCOTT, Walter
466.—El pirata. *
877.—El anticuario *
1232.—Diario

SCHAUFFLER, Robert Haven y GOSS, Madeleine
670.—Brahms, un maestro en la música. *

SCHIAPARELLI, Juan V.
526.—La astronomía en el Antiguo Testamento

SCHILLER, J. C. F.
237.—La educación estética del hombre

SCHLESINGER, E. C.
955.—La zarza ardiente. *

SCHMIDL, Ulrico
424.—Derrotero y viaje a España y las Indias

SCHULTEN, Adolf
1329.—Los cántabros y astures y su guerra con Roma. *
1471.—Tartessos *

SEIFERT, Adela
1379.—Sombras en la noche. *

SÉNECA
389.—Tratados morales

SETON-WATSON, R. W., AUTY, P., LAFFAN, R. G. D., CLISSOLD, S., DARBY, H. C.
1458.—Breve historia de Yugoslavia. *

SHAKESPEARE, William
27.—Hamlet
54.—El rey Lear
87.—Otelo, el moro de Venecia. La tragedia de Romeo y Julieta
109.—El mercader de Venecia. La tragedia de Macbeth
116.—La tempestad. La doma de la brava
127.—Antonio y Cleopatra.
452.—Las alegres comadres de Windsor. La comedia de las equivocaciones
488.—Los dos hidalgos de Verona. Sueño de una noche de San Juan
635.—A buen fin no hay mal principio. Trabajos de amor perdidos *
736.—Coriolano
769.—El cuento de invierno
792.—Cimbelino
828.—Julio César. Pequeños poemas.
872.—A vuestro gusto
1385.—El rey Ricardo II. La vida y la muerte del rey Juan *
1398.—La tragedia de Ricardo III. Enrique VIII o Todo es verdad *
1406.—La primera parte del rey Enrique IV. La segunda parte del rey Enrique IV. *
1419.—La vida del rey Enrique V. Pericles, príncipe de Tiro. *
1442.—Enrique VI. *
1453.—Noche de Epifanía. Tito Andrónico. *
1468.—Mucho ruido y pocas nueces. Timón de Atenas *
1479.—Troilo y Crésida.
1576.—Venus y Adonis. Medida por medida

SHAW, Bernard
615.—El carro de las manzanas.
630.—Héroes. Cándida
640.—Matrimonio desigual. *

SHEEN, Monseñor Fulton J.
1304.—El comunismo y la conciencia occidental *

SHELLEY, Percy B.
1224.—Adonais y otros poemas breves.

SIBIRIAK, Mamin
739.—Los millones *

SIENKIEWICZ, Enrique
767.—Narraciones *
845.—En vano
886.—Hania. Oso. El manantial

SIGUENZA Y GÓNGORA, Carlos de
1033.—Infortunios de Alonso Ramírez

SILIO, César
64.—Don Alvaro de Luna y su tiempo. *

SILVA, José Asunción
827.—Poesías

SILVA VALDÉS, Fernán
538.—Cuentos del Uruguay *

SIMMEL, Georg
38.—Cultura femenina y otros ensayos.

SIMÓNIDES DE CEOS y otros
1332.—Poetas líricos griegos

SLOCUM, Joshua
512.—A bordo del «Spray» *

SÓFOCLES
835.—Ayante. Electra. Las Traquinianas

SOFOVICH, Luisa
1182.—Biografía de la Gioconda

SOLALINDE, Antonio G.
154.—Cien romances escogidos
169.—Antología de Alfonso X el Sabio. *

INDICE DE AUTORES

SOLIS, Antonio de
699.—Historia de la conquista de México. *

SOLOGUB, Fedor
1428.—El trasgo. *

SOPEÑA, Federico
1217.—Vida y obra de Franz Liszt.

SOREL, Cécile
1192.—Las bellas horas de mi vida. *

SOUBRIER, Jacques
867.—Monjes y bandidos. *

SOUVIRÓN, José María
1178.—La luz no está lejos. *

SPENGLER, Oswald
721.—El hombre y la técnica y otros ensayos
1323.—Años decisivos. *

SPINELLI, Marcos
834.—Misión sin gloria. *

SPRANGER, Eduardo
824.—*Cultura y educación. (Parte histórica.)
876.—**Cultura y educación (Parte temática.)

STAËL, Madame de
616.—Reflexiones sobre la paz.
655.—Alemania
742.—Diez años de destierro. *

STARK, L. M., PRICE, G. A., HILL, A. V., y otros
944.—Ciencia y civilización. *

STARKIE, Walter
1362.—Aventuras de un irlandés en España *

STENDHAL
10.—Armancia
789.—Victoria Accoramboni, duquesa de Bracciano.
815.—*Historia de la pintura en Italia. (Introducción. Escuela florentina. Renacimiento. De Giotto a Leonardo de Vinci. Vida de Leonardo de Vinci.)
855.—**Historia de la pintura en Italia. (De la belleza ideal en la antigüedad. Del bello ideal moderno. Vida de Miguel Ángel.) *
909.—Vida de Rossini
1152.—Vida de Napoleón. (Fragmentos.) *
1248.—Diario

STERNE, Laurence
332.—Viaje sentimental.

STEVENSON, Robert L.
7.—La isla del tesoro.
342.—Aventuras de David Balfour. *
566.—La flecha negra. *
627.—Cuentos de los mares del Sur
666.—A través de las praderas, con otras memorias y ensayos
776.—El extraño caso del doctor Jekyll y míster Hyde. Olalla.
1118.—El príncipe Otón. *
1146.—El muerto vivo. *
1222.—El tesoro de Franchard. Las desventuras de John Nicholson

STOKOWSKI, Leopold
591.—Música para todos nosotros *

STONE, Isolla Purnell de
1235.—Luther Burbank, el mago de las plantas.

STORM, Theodor
856.—El lago de Immen.

STORNI, Alfonsina
142.—Antología poética.

STRINDBERG, Augusto
161.—El viaje de Pedro el Afortunado.

SUÁREZ, S. I., Francisco
381.—Introducción a la metafísica. *
1209.—Investigaciones metafísicas. *
1273.—Guerra. Intervención. Paz internacional. *

SWIFT, Jonatán
235.—Viajes de Gulliver. *

SYLVESTER, E.
483.—Sobre la índole del hombre.
934.—Yo, tú y el mundo.

TÁCITO
446.—Los Anales: Augusto-Tiberio. *
462.—Historias. *
1085.—Los Anales. Claudio-Nerón. *

TAINE, Hipólito A.
115.—*Filosofía del arte. (Naturaleza y producción de la obra de arte. La pintura en el Renacimiento italiano.)
448.—Viaje a los Pirineos *
505.—**Filosofía del arte. (La pintura en los Países Bajos. La escultura en Grecia. Del ideal en el arte.) *
1177.—Notas sobre París. *

TALBOT, Hake
690.—Al borde del abismo. *

TAMAYO Y BAUS, Manuel
545.—La locura de amor. Un drama nuevo. *

TASSO, Torcuato
966.—Noches.

TEJA ZABRE, Alfonso
553.—Morelos. *

TELEKI, José
1026.—La corte de Luis XV. (Diario de viaje.)

TEÓCRITO y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

TEOFRASTO, EPICTETO, y CEBES
733.—Caracteres morales. Enquiridión o máximas. La tabla de Cebes

TERENCIO AFER, Publio
729.—La Andriana. La suegra. El atormentador de sí mismo
743.—Los hermanos. El eunuco. Formión

TERTULIANO, Quinto Septimio F.
768.—Apología contra los gentiles.

THACKERAY, W. M.
542.—Catalina.
1098.—El viudo Lovel
1218.—Compañeras del hombre. *

THIEL, Rudolf
1477.—Contra la muerte y el demonio. (De la vida de los grandes médicos.) *

THIERRY, Agustín
589.—Relatos de los tiempos merovingios. *

THOREAU, Henry D.
904.—Walden o Mi vida entre bosques y lagunas. *

TICKNOR, Jorge
1089.—Diario.

TIEGHEM, Paul van
1047.—Compendio de historia literaria de Europa. *

TILLIER, Claude
1456.—Mi tío Benjamín. *

TIMONEDA, Juan
1129.—El patrañuelo.

TIRTEO y otros
1332.—Poetas líricos griegos.

TOEPFFER, R.
778.—La biblioteca de mi tío.

TOLSTOI, León
554.—Los cosacos.
586.—Sebastopol

TORRES BODET, Jaime
1235.—Poesías escogidas.

TORRES VILLARROEL, Diego de
822.—Vida. *

TOVAR, Antonio
1272.—Un libro sobre Platón.

TURGUENIEV, Iván
117.—Relatos de un cazador
134.—Anuchka. Fausto
482.—Lluvia de primavera. Remanso de paz. *
1567.—Humo. *

TWAIN, Mark
212.—Las aventuras de Tom Sawyer.
649.—El hombre que corrompió a una ciudad y otros cuentos.
679.—Fragmentos del diario de Adán. Diario de Eva.
698.—Un reportaje sensacional y otros cuentos
713.—Nuevos cuentos
1049.—Tom Sawyer, detective. Tom Sawyer, en el extranjero.

UNAMUNO, Miguel de
4.—Del sentimiento trágico de la vida. *
33.—Vida de Don Quijote y Sancho. *
70.—Tres novelas ejemplares y un prólogo
99.—Niebla
112.—Abel Sánchez.
122.—La tía Tula.
141.—Amor y pedagogía.
160.—Andanzas y visiones españolas. *
179.—Paz en la guerra *
199.—El espejo de la muerte
221.—Por tierras de Portugal y de España
233.—Contra esto y aquello
254.—San Manuel Bueno, mártir, y tres historias más
286.—Soliloquios y conversaciones.
299.—Mi religión y otros ensayos breves
312.—La agonía del cristianismo
323.—Recuerdos de niñez y de mocedad
336.—De mi país.
403.—En torno al casticismo.
417.—El caballero de la Triste Figura.
440.—La dignidad humana

INDICE DE AUTORES

478.—Viejos y jóvenes.
499.—Almas de jóvenes.
570.—Soledad
601.—Antología poética.
647.—El otro. El hermano Juan
703.—Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana.
781.—El Cristo de Velázquez.
900.—Visiones y comentarios.
1505.—Monodiálogos. *
1513.—Libros y autores españoles contemporáneos. *
1532.—Ver con los ojos y otros relatos novelescos.
1541.—El porvenir de España y los españoles. *
1550.—De esto y de aquello.
1566.—La raza vasca y el vascuence. En torno a la lengua española *
1575.—Inquietudes y meditaciones.

UP DE GRAFF, F. W.
146.—Cazadores de cabezas del Amazonas. *

URABAYEN, Félix
1361.—Bajo los robles navarros.

URIBE PIEDRAHITA, César
314.—Toá

VALDEAVELLANO, Luis G. de
1461.—Orígenes de la burguesía en la España medieval. *

VALDÉS, Juan de
216.—Diálogo de la lengua.

VALLE, Rafael Heliodoro
477.—Imaginación de México.

VALLE-ARIZPE, Artemio de
53.—Cuentos del México antiguo.
340.—Leyendas mexicanas
881.—En México y en otros siglos.
1087.—Fray Servando. *
1278.—De la Nueva España.

VALLE-INCLÁN, Ramón del
105.—Tirano Banderas.
271.—Corte de amor.
302.—Flor de santidad. La media noche
415.—Voces de gesta. Cuento de abril.
430.—Sonata de primavera. Sonata de estío.
441.—Sonata de otoño. Sonata de invierno
460.—Los cruzados de la Causa
480.—El resplandor de la hoguera.
520.—Gerifaltes de antaño
555.—Jardín umbrío
621.—Claves líricas.
551.—Cara de Plata
667.—Águila de blasón.
681.—Romance de lobos
811.—La lámpara maravillosa.
1296.—La corte de los milagros. *
1300.—Viva mi dueño *
1307.—Luces de bohemia
1311.—Baza de espadas. Fin de un revolucionario. *
1315.—Tablado de marionetas *
1320.—Divinas palabras
1325.—Retablo de la avaricia, la lujuria y la muerte *
1331.—La marquesa Rosalinda. El marqués de Bradomín. *
1337.—Martes de Carnaval. *

VALLERY-RADOT, René
470.—Madame Pasteur.

VAN DINE, S. S.
176.—La serie sangrienta.

VARIOS
319.—Frases
1166.—Relatos diversos de cartas de jesuitas. (1634-1648)

VASCONCELOS, José
802.—La raza cósmica. *
961.—La sonata mágica.
1091.—Filosofía estética.

VÁZQUEZ, Francisco
512.—Jornada de Omagua y Dorado (Historia de Lope de Aguirre, sus crímenes y locuras.)

VEGA, El inca Garcilaso de la
324.—Comentarios reales (Selección.)

VEGA, Garcilaso de la
63.—Obras.

VEGA, Lope de
43.—Peribáñez y el Comendador de Ocaña. La Estrella de Sevilla. *
274.—Poesías líricas. (Selección.)
294.—El mejor alcalde, el rey. Fuente Ovejuna.
354.—El perro del hortelano. El arenal de Sevilla
422.—La Dorotea. *
574.—La dama boba. La niña de plata. *
638.—El caballero de Olmedo. El amor enamorado.
842.—Arte nuevo de hacer comedias. La discreta enamorada
1225.—Los melindres de Belisa. El villano en su rincón. *
1415.—El sembrar en buena tierra. Quien todo lo quiere *
1434.—El castigo sin venganza. La moza de cántaro *

VEGA, Ventura de la
484.—El hombre de mundo. La muerte de César. *

VELA, Fernando
984.—El grano de pimienta.

VÉLEZ DE GUEVARA, Luis
975.—El Diablo Cojuelo.

VERDAGUER, Jacinto
1549.—Antología de su lírica. *

VERGA, Giovanni
1244.—Los Malavoglia. *

VERLAINE, Paul
1088.—Fiestas galantes. Romanzas sin palabras. Sensatez

VERNE, Julio
1545.—Cinco semanas en globo *

VICO, Giambattista
836.—Autobiografía

VIGNY, Alfredo de
278.—Servidumbre y grandeza militar
748.—Cinq-Mars o Una conjuración en tiempo de Luis XIII. *
1173.—Stello *
1443.—Daphnis Chatterton *

VILLALÓN, Cristóbal de
246.—Viaje de Turquía. *
264.—El crótalon. *

VILLA-URRUTIA, Marqués de
57.—Cristina de Suecia.

VILLEBOEUF, André
1284.—Serenatas sin guitarra. *

VILLIERS DE L'ISLE-ADAM, Conde de
833.—Cuentos crueles. *

VINCI, Leonardo de
353.—Aforismos.
650.—Tratado de la pintura. *

VIRGILIO MARÓN, Publio
203.—Églogas. Geórgicas.
1022.—La Eneida. *

VITORIA, Francisco de
618.—Relaciones sobre los indios y el derecho de guerra.

VIVES, Amadeo
1478.—Julia (Ensayos literarios.) *
1544.—Sofía. *

VIVES, Juan Luis
128.—Diálogos
138.—Instrucción de la mujer cristiana.
272.—Tratado del alma. *

VOSSLER, Karl
270.—Algunos caracteres de la cultura española.
455.—Formas literarias en los pueblos románicos
511.—Introducción a la literatura española del Siglo de Oro.
565.—Fray Luis de León.
624.—Estampas del mundo románico.
644.—Jean Racine
694.—La Fontaine y sus fábulas.
771.—Escritores y poetas de España.

WAGNER, Ricardo
785.—Epistolario a Matilde Wasendonk
1145.—La poesía y la música en el drama del futuro.

WAGNER, Ricardo, y LISZT, Franz
763.—Correspondencia.

WAKATSUKI, Fukuyiro
103.—Tradiciones japonesas

WALEY, D. P., y HEARDER, H.
1393.—Breve historia de Italia *

WALSH, William Thomas
504.—Isabel la Cruzada *

WALSHE, Seamus, y HATCH, Alden
1335.—Corona de gloria (Vida del Papa Pío XII.) *

WALLACE, A. de Russell
313.—Viaje al archipiélago malayo.

WALLON, Henri
539.—Juana de Arco. *

WASSERMANN, Jacob
1378.—¡Háblame del Dolor Lamel. Faustina

WASSILIEW, A. T.
229.—Ochrana (Memorias del último director de la policía rusa) *

WAST, Hugo
80.—El camino de las llamas

WATT, R. A. Watson
657.—A través de la casa del tiempo e El viento, la lluvia y sesenta millas más arriba

WECHSBERG, Joseph
697.—Buscando un pájaro azul. *

WELLS, H. G.
407.—La lucha por la vida *

ÍNDICE DE AUTORES

WHITNEY, Phyllis A.
584.—El rojo es para el asesinato. *

WILDE, José Antonio
457.—Buenos Aires desde setenta años atrás.

WILDE, Óscar
18.—El ruiseñor y la rosa y otros cuentos. Poemas en prosa.
65.—El abanico de lady Windermere. La importancia de llamarse Ernesto.
604.—Una mujer sin importancia. Un marido ideal. *
629.—El crítico como artista. Ensayos. *
646.—Balada de la cárcel de Reading y otros poemas.
663.—El fantasma de Canterville. El crimen de lord Arturo Savile.

WILSON, Mona
790.—La reina Isabel.

WILSON, Sloan
780.—Viaje a alguna parte. *

WISEMAN, Cardenal
1028.—Fabiola. *

WOODHOUSE, C. M., HEURTLEY, W. A., DARBY, H. C., y CRAWLEY, C. W.
1417.—Breve historia de Grecia. *

WYNDHAM LEWIS, D. B.
42.—Carlos de Europa, emperador de Occidente. *

WYSS, Juan Rodolfo
437.—El Robinsón suizo. *

YÁÑEZ, Agustín
577.—Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas.

YEBES, Condesa de
727.—Spínola el de las lanzas y otros retratos históricos. (Ana de Austria. Luisa Sigea. Rosmithal.)

ZAMORA VICENTE, Alonso
1061.—Presencia de los clásicos.
1287.—Voz de la letra.

ZORRILLA, José
180.—Don Juan Tenorio. El puñal del godo.
439.—Leyendas y tradiciones.
614.—Antología de poesías líricas. *
1339.—El zapatero y el rey. *
1346.—Traidor, inconfeso y mártir. La calenturа.

ZUNZUNEGUI, Juan Antonio de
914.—El barco de la muerte. *
981.—La úlcera. *
1084.—*Las novelas de la quiebra: Ramón o La vida baldía. *
1097.—**Las novelas de la quiebra: Beatriz o La vida apasionada. *
1319.—El chiplichandle. (Acción picaresca.) *

ZUROV, Leonid
1383.—El cadete.

ZWEIG, Stefan
273.—Brasil, país del futuro. *
541.—Una partida de ajedrez. Una carta.
1149.—La curación por el espíritu: Introducción. Mesmer.
1172.—Nuevos momentos estelares de la humanidad.
1181.—La curación por el espíritu: Mary Baker Eddy S. Freud. *

COLECCIÓN AUSTRAL

Los libros de que se habla. Los libros de éxito permanente. Los libros que usted deseaba leer. Los libros que aún no había leído porque eran caros o circulaban en ediciones sin garantía. Los libros de cuyo conocimiento ninguna persona culta puede prescindir. Los libros que marcan una fecha capital en la historia de la literatura y del pensamiento. Los libros clásicos —de ayer, de hoy y de siempre—. COLECCIÓN AUSTRAL ofrece ediciones íntegras autorizadas, bellamente presentadas, muy económicas. COLECCIÓN AUSTRAL publica libros para todos los lectores y un libro para el gusto de cada lector

---

SERIES QUE COMPRENDE

AZUL: Novelas y cuentos en general.
VERDE: Ensayos y Filosofía.
ANARANJADA: Biografías y vidas novelescas.
NEGRA: Viajes y reportajes.
AMARILLA: Libros políticos y documentos de la época.
VIOLETA: Teatro y poesía.
GRIS: Clásicos.
ROJA: Novelas policiacas, de aventuras y femeninas.
MARRÓN: Ciencia y técnica. Clásicos de la ciencia.

ÚLTIMOS VOLÚMENES PUBLICADOS

1596. (Az) **María Teresa León.**—Rosa-Fría, patinadora de la Luna.
1597. (Az) **Eugenio Noel.**—El «allegretto» de la Sinfonía VII. La reina no ama al rey. La Melenitas. Amapola entre espigas.
1598. (Vi) **Jaime Salom.**—La playa vacía. Tiempo de espadas.
1599. (V) **Miguel de Unamuno.**—En torno a las artes.
1600. (An) **José Plá.**—Vida de Manolo. *
1601. (Vi) **Alejandro Casona.**—La sirena varada. Los árboles mueren de pie.
1602. (Az) **Camilo José Cela.**—Esas nubes que pasan.
1603. (V) **Alfred Adler.**—El niño difícil. *
1604. (V) **Fichte.**—El destino del hombre.
1605. (Az) **Dostoyevski.**—Humillados y ofendidos. *
1606. (An) **Desiderio Papp.**—Einstein. *

COLECCIÓN AUSTR

S0-GBO-126